



UNIVERSIDAD DE CHILE
INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

CHILE-PERÚ:
CÓMO LA IDEA DE NACIÓN Y LOS IMAGINARIOS
CONDICIONAN LA RELACIÓN VECINAL
1883-1980
Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Internacionales

Candidato: Emilio Ugarte Díaz.
Profesor guía: Gilberto Aranda Bustamante.

Santiago de Chile

Noviembre de 2011

ÍNDICE DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	5
Capítulo I: Nacionalismo e Identidad. Un acercamiento teórico	13
1.1 Nacionalismo	13
1.2 La identidad	26
1.3 El mito	33
1.4 Constructivismo en las Relaciones Internacionales	34
Capítulo 2: Perú y la construcción de la nación: una obra inconclusa	37
2.1 Del caudillismo a la Guerra	37
2.2 La Guerra del Pacífico: los orígenes del Perú moderno. Chile como referente y rival	43
2.3 De la irrupción indigenista a “cholificación”	63
2.4 La nacionalidad, según los militares	72
2.5 Epílogo sobre etnocacerismo: Chile otra vez	76
Capítulo 3: La Nación chilena: una creación estatal	81
3.1 Un proyecto de la élite	81
3.2 Elementos constructores de la nación	92
3.3 El Perú y la Guerra del Pacífico	101
3.4 Consecuencias y condicionamientos en la relación chileno-peruana	113
3.5 El roto chileno	117
3.6 De la “raza” chilena a la identidad empresarial	124

Conclusión	135
Bibliografía	145

INTRODUCCIÓN

La Guerra del Pacífico terminó en 1883 con la victoria de las fuerzas chilenas y la derrota del Perú y Bolivia. El conflicto tuvo como principal consecuencia la anexión a perpetuidad de Tarapacá y Antofagasta por parte de Chile, que incluyó Tacna hasta 1929. Bolivia perdió su litoral, y el Perú debió soportar una humillante ocupación militar por tres años. A partir de entonces las percepciones entre chilenos y peruanos se verían condicionadas, no sólo por el conflicto bélico, sino por la situación creada por el intento de “chilenización” de Tacna y Arica. La situación consagró la desconfianza y resquemor como elementos centrales de la relación, una situación que permanece hasta hoy.

La visión que en el Perú tienen de Chile no es muy halagüeña, algo que desde nuestro país no es muy distinto con relación a nuestros vecinos. En Perú hay mucha desconfianza ante Chile, y desde Chile hay desconfianza hacia el Perú. Durante el mes de junio de 2010, aparecieron los resultados de una encuesta realizada en conjunto por el Instituto de Opinión Pública de la Pontificia Universidad Católica del Perú (IOP) y el Instituto de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales e Historia de la Universidad Diego Portales (ICSO), la cual analizó las visiones que chilenos y peruanos tienen de sí mismos y del país vecino.¹

La encuesta mostró algunos resultados muy interesantes. En primer lugar, que los chilenos tenían una alta confianza en su propio país, instalándolo como uno de los líderes regionales incluso por sobre el país que aparece como referente natural de la región a los ojos del mundo, Brasil. Un 42,3% de los chilenos encuestados sostuvo que Chile era un país importante en la región, y un 31,4% lo puso por sobre el gigante brasileño. Para los peruanos, sorprendentemente, Chile también es visto como uno de los países más importantes de la zona, superado sólo por Brasil. Lo cual demuestra, para el investigador peruano Farid Kahhat, partícipe del estudio, que Chile es un país de gran importancia para el Perú. El académico del IOP argumentó en el informe final que la rivalidad histórica, el propio diferendo limítrofe, el mayor gasto en defensa de Chile y la asimetría en la

¹ Ver el sondeo en <http://e.peru21.pe/102/doc/0/0/2/4/1/241385.pdf>

interdependencia económica, favorable a nuestro país, es percibido por un sector de la sociedad peruana como un riesgo de seguridad.

Sin embargo, al mismo tiempo la encuesta consultó al público respecto a qué pensaba respecto al país vecino en el sentido de si acataría o no el fallo de la Corte Internacional de Justicia de La Haya sobre la demanda marítima del Perú. Mientras en Chile un 48,1% de los consultados sostuvo que el Perú acatará el dictamen de La Haya, un 60,7% de los peruanos sostuvo lo contrario. Según Claudio Fuentes, investigador del ICSO, esto refleja la permanente desconfianza que condiciona la relación bilateral. Aún más, el mismo estudio reveló que una relativa minoría en Chile (36%) y una gran mayoría en el Perú (60,4%) perciben que las autoridades del otro país no acatarán el fallo internacional. Finalmente, un 8% de los chilenos y un 20% de los peruanos creen posible un conflicto armado.

Otra encuesta realizada por Grupo Apoyo y publicada en el suplemento de Reportajes del diario La Tercera, el 30 de abril de 2006, nos presenta como resultados que en Lima un 57% de los consultados asumía a Chile como “enemigo natural” y deudor histórico con el Perú (71%), que los chilenos cobijan sentimientos de superioridad ante el Perú (75%) y que pretenden despojarlo de sus riquezas (59%). A mayor abundamiento podríamos considerar que el pueblo peruano no siente mucha simpatía por el chileno (72%), asumiendo que lo mismo se siente desde Chile (78%).

Está claro entonces que entre Chile y el Perú hay desconfianzas, recelos y una rivalidad histórica incuestionable. Incluso, el académico e intelectual peruano José Miguel Flórez habla en un artículo de la existencia de un “problema chileno”, en que la dinámica de la relación iría más allá del rol de los Estados, “*pues elementos como la ‘identidad cultural’ o la ‘oportunidad política’ jugarían un papel más claro en la dinámica del problema*”.² El autor asegura que en la formación de esta mala relación juega un importante papel la percepción del hombre de a pie y la opinión pública. Repasa así algunos eventos recientes que han sido sintomáticos para corroborar lo especial de la relación. Entre ellos cabe mencionar los *grafitis* hechos por un par de jóvenes chilenos en Cusco; un video

² -Florez, José Miguel: “El viaje interior. La dinámica social peruana y el ‘problema chileno’”. En *Nuestros vecinos*. Milet, Paz, Artaza, Mario editores. Ril editores, Santiago, 2007. p. 401.

promocional de LAN en donde dejaba mal parado al Perú; la compra de armas supuestamente exagerada por parte de Chile; la venta de armamentos a Ecuador durante el conflicto de ese país con el Perú en 1995; el proceso de Alberto Fujimori en Chile; la “guerra” del pisco, la papa o el ‘suspiro limeño’; la “invasión” de capitales chilenos en Perú y sus actividades en áreas estratégicas peruanas, etc.³

Flórez argumenta que en el Perú existiría un imaginario en donde la percepción de Chile sería de un elemento hostil y agresivo, el cual *“es útil, sociológicamente, para articular un sentido y una identidad nacional, por lo general precaria y dispersa en el caso peruano”*.⁴ José Miguel Flórez apunta a que el asunto Chile o, como él denomina, el “problema chileno” *“es uno de los pocos elementos que aglutina a amplios sectores de la sociedad en un solo frente. Dentro de una sociedad dispersa y fragmentada, cuyos referentes de identidad son precarios, la oposición a un tercer actor, el otro, permite un más fácil reconocimiento del nosotros”*.⁵ De ahí el interés de ciertos políticos, como el actual presidente Ollanta Humala, de utilizar el “tema” Chile para captar votos. Flórez completó su argumentación señalando que *“a pesar de la milenaria historia y la riqueza cultural, los elementos homogeneizadores de la identidad peruana son precarios o aún están en construcción. Frente a ello, la existencia de referentes, que aglutinen la dispersión de patrones y valores nacionales a partir de elementos externos, resultaría verosímil para el caso del sentido que el imaginario peruano otorga a Chile y a los chilenos”*.⁶

En consecuencia, Chile y Perú, chilenos y peruanos, hemos vivido bajo una lógica de rivalidades, desconfianzas, resquemores, resentimientos y, sobre todas las cosas, desconocimiento mutuo. Este fenómeno es el resultado de un largo camino recorrido por ambos países a lo largo de la historia, y ha terminado por condicionar la relación bilateral, haciéndola un juego de suma-cero, en donde el éxito del uno es el fracaso del otro, y la debilidad propia ha mutado en fortaleza ajena. Ambos países, ambas sociedades, están permanentemente mirándose con recelo, sin ser capaces de superar sus antagonismos y desarrollar una visión de las relaciones en base a la colaboración y el futuro.

³ *Ibíd.* p. 402.

⁴ *Ibíd.* p. 406.

⁵ *Ibíd.* p. 411.

⁶ *Ibíd.* p. 413.

Lo que proponemos en este trabajo es buscar el cómo se ha construido este choque de imaginarios y percepciones, comprobando que han sido capaces de condicionar la relación bilateral entre Chile y el Perú. Y lo haremos dentro de un proceso más global: dentro de la construcción de la nación en Chile y el Perú. Para nosotros es fundamental comprender que la rivalidad chileno-peruana forma parte de un proceso mayor en el que se enmarca, y que no es otro que la búsqueda de una autoafirmación, una identidad propia. En fin, una idea de nación.

Chile y Perú, al igual que los demás países de América Latina, nacieron a la vida independiente sin ser naciones, sin constituir nacionalidades. Esto en el sentido moderno del término, de la idea de nación y de Estado-nación proveniente del siglo XIX, ya que como algunos autores sostienen, el caso peruano se construiría sobre las bases de una civilización (el Imperio Inca) compuesta por un Estado centralizado, burocratizado y altamente organizado. *“La nacionalidad chilena ha sido formada por un Estado que ha antecedido a ella, a semejanza, en esto, de la Argentina; y a diferencia de México y el Perú, donde grandes culturas autóctonas prefiguraron los Virreinos y las Repúblicas”*.⁷ Las élites que conquistaron la Independencia se abocaron a la tarea de construir Estados que llevaran a cabo la edificación de sociedades con un sentido en común, con intereses en común, con historias, visiones y lazos comunes que permitieran conseguir lo que Benedict Anderson llamó la “comunidad imaginada”, es decir, la nación.

Dentro de la autoafirmación de ese ‘nosotros’ está, por cierto, la diferenciación frente a un ‘otro’, que puede ser la antigua metrópoli, los indígenas que habitaban los nuevos Estados y también algún país vecino. Nuestra hipótesis es que en el caso de la construcción de la nación chilena y peruana creemos que el factor del ‘otro’ ha sido importante, y ha determinado no sólo el modo en que la nación o la nacionalidad ha sido construida, sino que aún más ha llegado a condicionar la vida cotidiana entre ambas naciones. El resultado ha sido una desconfianza y rivalidad crónica, que se puede apreciar en todos los ámbitos: cultural, político, económico o deportivo. El último episodio de esta tirante relación lo constituye la demanda por los límites marítimos que el Estado peruano ha

⁷Góngora, Mario: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria. Santiago, 2010. p. 71.

entablado contra Chile en la Corte Internacional de Justicia de La Haya, la cual al momento de escribirse estas líneas no ha emitido su fallo.

El periodo que estudiamos va entre 1883 (año en que termina la Guerra del Pacífico) y 1980, momento en que los militares abandonan el poder en el Perú y se aprueba la actual constitución política en Chile. Para lograr nuestro objetivo hemos dividido nuestro estudio en tres capítulos. En el primero analizamos al nacionalismo como referente teórico principal. Nos hemos propuesto la meta de explicar teóricamente lo que es la idea de la nación, tomando como líneas argumentales las de Eric Hobsbawm, Ernest Gellner, Anthony Smith y, sobre todo, la clásica “comunidad imaginada” de Benedict Anderson. Además de eso, esbozamos algunas teorizaciones sobre el concepto de identidad, ya que creemos que una de las características de la nación es su carácter sociológico, al llegar a ser un concepto social, unificador y de autopercepción para el ser humano. Finalmente, el capítulo dedicado a la teoría termina con una importante mención a la idea del constructivismo en las Relaciones Internacionales, que nos permitirá comprender mejor la importancia que tienen los imaginarios en la construcción de la nación y en la autoimagen e identidad de los países, además de aclarar razonablemente muchas de las razones de por qué las relaciones entre Chile y el Perú han terminado atrapadas y condicionadas por estas construcciones que son, al mismo tiempo, políticas, ideológicas e identitarias.

El segundo capítulo narra la forma en cómo se ha construido la nación en el Perú, haciendo un recorrido histórico con énfasis en el periodo que sucede a la Guerra del Pacífico. Poniendo destacar cuatro momentos en a nuestro juicio el Estado peruano ha intentado constituir una idea única de nación para todo el conjunto social: luego de la Independencia; después de la Guerra del Pacífico; con la integración del indio a la vida urbana; y durante los gobiernos militares de los años '60-'70.

Nosotros ponemos especial atención al episodio de la Guerra del Pacífico, conflicto que a nuestro juicio ha sido el momento más álgido en la relación, llegando a convertirse en un referente para el Perú a todo nivel. Por supuesto esto ha derivado en una especial imagen y visión sobre Chile, país que desde entonces se ha convertido en un importante factor para el pueblo peruano. Nos hemos propuesto evaluar en qué consiste esa importancia, qué es Chile para el Perú, de qué modo contribuye a su autoimagen de nación y cuáles han sido las

consecuencias hasta nuestros días. El capítulo termina con un pequeño epílogo sobre el etnocacerismo.

En el tercer capítulo abordamos la histórica formación de la nación y la nacionalidad en Chile, poniendo énfasis en que en nuestro caso la nacionalidad quedó tempranamente conformada. Para nosotros la formación de la nacionalidad chilena ha sido un proceso construido en dos etapas: la primera, luego de la Independencia y con la formación de la educación estatal. La segunda, en un proceso más vasto y complejo que comenzó con el fin de la Guerra del Pacífico y terminó hacia 1920, con la integración de los sectores populares como actores relevantes de la nación, la que desde entonces se ha caracterizado por una autopercepción con un fuerte cariz racial. Sostenemos que desde entonces se formó una particular visión de la nación chilena y del concepto de soberanía nacional, el cual se ha mantenido hasta hoy sin grandes cambios, sólo con pequeños matices y actualizaciones dependiendo del momento histórico, y que a nuestro juicio ha quedado un tanto añejo, anacrónico, siendo responsable de gran parte de los celos entre ambas naciones.

La Guerra del Pacífico, al igual que en el caso peruano, ha sido especialmente tratada. Este momento histórico supuso a nuestro entender un momento clave en la autodefinición y autopercepción chilena. Además, intentamos aclarar el rol que ha jugado el Perú para la construcción de la nación en Chile y lo que ha llegado a ser hasta nuestros días. Por último nos centramos en constatar de qué manera estos procesos han terminado por condicionar la relación bilateral, llamando la atención sobre lo poderosas que suelen ser las imágenes, percepciones e identidades en las Relaciones Internacionales. Básicamente, la relación chileno-peruana no ha variado en lo sustancial, manteniéndose a grandes rasgos en el mismo terreno de desconfianzas y resquemores que existían hace un siglo atrás.

Finalmente, presentamos nuestras conclusiones en donde evaluamos nuestro trabajo y hacemos un análisis del cómo se ha llevado a cabo la construcción de la nación en Chile y Perú, el rol jugado por el 'otro' en este tema, la importancia de la Guerra del Pacífico como momento cumbre y las consecuencias que este proceso ha tenido para ambos países en sus relaciones.

Para llevar a cabo este trabajo he acudido a fuentes primarias y secundarias. Entre las primeras debo mencionar las entrevistas realizadas en Lima, Santiago y Valparaíso a importantes académicos e intelectuales chilenos y peruanos que me han entregado sus conocimientos, opiniones y visiones sobre los temas tratados. Por el lado del Perú vaya mi reconocimiento a don Julio Cotler (antropólogo, doctor en sociología y politólogo, investigador del Instituto de Estudios Peruanos, IEP, profesor de la Universidad de San Marcos y uno de los pensadores más célebres del Perú); Joseph Dager (doctor en Historia y director del Archivo Histórico de Lima); Cristóbal Aljovín de Losada (doctor en Historia U. de Chicago); Eduardo Toche Medrano (académico e investigador del Centro de Estudios Promoción y Desarrollo DESCO); Alberto Adrianzén Merino (sociólogo, ex asesor internacional del presidente Ollanta Humala y ex colaborador del ex presidente Valentín Paniagua); el ex capitán de fragata ® Jorge Ortiz Sotelo, graduado en Historia en la Pontificia Universidad Católica del Perú y doctorado en Historia Marítima de la Universidad de Saint Andrews, Escocia; y el ex militar de ejército, abogado, analista en seguridad y defensa José Robles Montoya, del Instituto de Defensa Legal (IDL) y quien me apadrinó en el mes y medio en que residí en Lima haciendo esta investigación.

Para la parte concerniente a Chile debo mencionar a don Jorge Larraín, sociólogo y vicerrector académico de la Universidad Alberto Hurtado, gran conocedor de la temática de las identidades; Bernardo Subercaseaux, licenciado en Literatura, doctor en Lenguas y Literatura romance, especialista en temas de identidad; el historiador y Premio Nacional de Historia 2008, Eduardo Cavieres, quien ha trabajado la temática chileno-peruana; y al abogado, periodista, diplomático y gran conocedor del Perú, José Rodríguez Elizondo. A todos ellos mis más sinceros agradecimientos por tan valiosa ayuda.

En segundo lugar las fuentes secundarias, como bibliografía sobre Chile y el Perú, ya sea sobre la relación entre ambos países, historia, y análisis concerniente a la identidad nacional y a la construcción de la nación en ambas naciones. Los textos que consulté en la mayoría pertenecen a la Biblioteca Nacional de Lima, la biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos, la biblioteca del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, la biblioteca José María Arguedas de Santiago y la Biblioteca Nacional de Santiago, además de algunos textos particulares sobre el tema. También

mencionar la consulta de algunos diarios y revistas como El Comercio, La Razón, La República, Hildebrandt en sus Trece, Revista Caretas, La Tercera, El Mercurio, TheClinic y las páginas de internet de Radio Programas de Perú, Radio Capital de Perú, Radio Cooperativa de Chile y ADN Radio Chile.

Capítulo 1: Nacionalismo e Identidad. Un acercamiento teórico

El tema de las naciones y el nacionalismo representa un desafío intelectual muy interesante en nuestros tiempos. Para comprender la dinámica de las relaciones entre chilenos y peruanos, el rol jugado por cada uno en la construcción de nación de sus países y el papel del nacionalismo y la idea de nación en general hemos tomado a algunos autores que han abordado el tema. Eric Hobsbawm, Anthony Smith, Benedict Anderson y Ernest Gellner nos acercarán a un conocimiento previo de esta ideología política y social, antes de pasar a la materia que nos convoca.

También haremos una exposición sobre los conceptos de identidad y mito, asociados al de nación y nacionalismo. Por último, haremos un repaso al constructivismo en las relaciones internacionales, que nos permitirá aterrizar en esta óptica la relación entre chilenos y peruanos y las consecuencias de la visión del otro en esta dinámica.

1.1 Nacionalismo

Hemos elegido para nuestro análisis a distintas corrientes teóricas dentro de las cuáles enmarcar nuestro estudio. La primera de ellas es el nacionalismo, ya que nuestro estudio es acerca de la construcción nacional en Chile y el Perú, y como a través de estas se han desarrollado y condicionado las relaciones entre ambas naciones.

El historiador británico Eric Hobsbawm tiene una particular visión del nacionalismo. Lo primero que el autor británico señala es que el nacionalismo es hijo de la modernidad. Para él la idea de nacionalismo es relativamente nueva, ya que dataría más o menos de la segunda mitad del siglo XIX. No sería sino hasta 1884 cuando los términos nación y gobierno se unen de manera más específica. Según Hobsbawm, al igual que la palabra Estado o país, el término nación en una primera instancia haría referencia a un origen o descendencia.

El término nación evolucionó con el tiempo hacia la identificación de ciertos grupos o asociaciones autónomas como los gremios medievales. De esa época y de ese proceso deriva, a su vez, el término de las “naciones” como sinónimo de extranjero o las “naciones”

de distintos grupos de estudiantes. Sin embargo parecía claro que la evolución podía recalcar el lugar o territorio de origen.

Hobsbawm hace una descripción del nacionalismo como una construcción de la burguesía triunfante del siglo XIX, y cuyo énfasis por lo tanto está en el área económica. El autor británico, así, rescata el sentido de nación que Adam Smith le dio al controvertido término en un contexto de economías definidas por fronteras estatales. Es decir, si acaso el Estado-nación tenía o no algún papel en el desarrollo de la economía capitalista. *“La economía mundial del siglo XIX era internacional más que cosmopolita. Los teóricos del sistema mundial han intentado demostrar que el capitalismo se originó como sistema mundial en un solo continente y no en otra parte precisamente debido al pluralismo político de Europa, que ni constituía ni formaba parte de un solo “imperio mundial”. El desarrollo económico en los siglos XVI-XVIII se basó en los estados territoriales, cada uno de los cuales tendía a seguir políticas mercantilistas como un conjunto unificado”*.⁸

Así, según la lectura que hace Hobsbawm, Adam Smith habría formulado su teoría de economía política clásica como una crítica del sistema “mercantil”, sistema a través del cual los gobiernos trataban a las economías nacionales como conjuntos que debían desarrollarse por medio del esfuerzo y la política de Estado. El libre cambio iba entonces dirigido contra este concepto del desarrollo económico nacional.

La construcción de la nación, según Hobsbawm, contribuyó así a darle un marco de referencia a una estructura económica que ya estaba en camino. La obra de la burguesía triunfante en la Revolución Francesa consistió entonces en darle la suficiente legitimidad a una estructura social que se amoldaba perfectamente al modelo económico que satisfacía los intereses de la clase dominante. *¿Cómo, de hecho, podían negarse las funciones económicas e incluso las ventajas del estado-nación? La existencia de estados con un monopolio de la moneda y con finanzas públicas y, por consiguiente, normas y actividades fiscales era un hecho (...) Porque el estado –el estado-nación en la era posrevolucionaria-, después de todo, garantizaba la seguridad de la propiedad y los contratos y, como dijo J. B. Say –que no era precisamente amigo de la empresa pública-, “ninguna nación ha*

⁸ -Hobsbawm, Eric: *Naciones y nacionalismo*, Ed. Crítica, Barcelona, 1997. p. 34.

alcanzado jamás un nivel de riqueza sin estar bajo un gobierno regular".⁹ La economía era, de hecho, nacional

La conciencia que se fue desarrollando durante el siglo XIX en torno al orden social y la economía condujeron a la creación de las naciones. La vinculación de la nación, el Estado y la economía se volvió funcional para la burguesía triunfante de la época que encontró así un orden social y político que podría cuidar del desarrollo económico ya que, *"en todo caso, la nación significaba implícitamente economía nacional y su fomento sistémico por el estado, lo cual en el siglo XIX quería decir proteccionismo"*.¹⁰ Todo con una pequeña gran condición: la nación a construir tenía que ser del tamaño suficiente para formar una unidad de desarrollo viable.

Es lo que el propio Hobsbawm denominó el "umbral". Una suerte de "meta volante" que el/la aspirante a nación debía alcanzar para poder "titularse" de tal. Si quedaba debajo de este umbral no tenía ninguna justificación, sería inviable. Las ventajas económicas de los Estados en gran escala, como Gran Bretaña o Francia, eran evidentes. Eran menos que una economía mundial o universal, pero éstas por desgracia aún no eran alcanzables. Una economía nacional, viable y coherente podía ser una excelente estación intermedia.

Para Hobsbawm, la aceptación de esta tesis, la del "umbral", trajo dos grandes consecuencias: la primera era que se desprendía así que el "principio de nacionalidad" era aplicable sólo a nacionalidades de cierta importancia. Las pretensiones de nacionalidades más pequeñas no había que tomarlas muy en serio. *"La autodeterminación para las naciones solo era aplicable a las naciones que se consideraban viables: cultural y, desde luego, económicamente"*.¹¹

En tanto la segunda consecuencia era que la edificación de naciones fue vista como un proceso de expansión. Se aceptaba en teoría que la evolución social ensanchaba la escala de unidades sociales humanas de la familia o la tribu al condado y al cantón, de lo local a lo regional, lo nacional y, por fin, lo mundial. Las naciones, así, armonizaban con la evolución humana en la medida en que extendiesen la escala de la sociedad humana. *"En la práctica,*

⁹ *Ibíd.*, p. 37.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 38.

¹¹ *Ibíd.*, p. 41.

*esto quería decir que se esperaba que los movimientos nacionales fueran movimientos a favor de la unificación o expansión nacional. Así, todos los alemanes e italianos esperaban unirse en un solo estado, lo mismo que todos los griegos. Los serbios se fundirían con los croatas en una única Yugoslavia (para la cual no había ningún precedente histórico en absoluto), y, más allá de esto, el sueño de una federación balcánica obsesionaba a los que buscaban una unidad todavía más amplia”.*¹²

No existía, sin embargo, contradicción en el sentido de que la heterogeneidad de la mayoría de los Estados-nación fuera *sine qua non* un problema para las nacionalidades más pequeñas, “condenadas” a no tener su propio Estado-nación, pero “favorecidas” por su fusión en una entidad mayor, dentro de la cual podrían hacer sus aportes. Esto significaba la condena, entre otras, de muchas lenguas y tradiciones que se perderían (y que, en efecto, muchas se perdieron, como el galés).

Eric Hobsbawm expone tres criterios que, a su juicio, permitirían que un pueblo fuese reconocido como nación (siempre que fuera, como anteriormente dijimos, lo suficientemente grande como para cruzar el “umbral”). En primera instancia su asociación histórica con un Estado que existiese en aquellos momentos o un Estado con un pasado bastante largo y reciente. El segundo criterio del autor británico es la existencia de una antigua elite cultural, poseedora de una lengua vernácula literaria y administrativa nacional y escrita, las que sentaron las bases entre otras de las nacionalidades italiana y alemana, aunque estos pueblos carecieran de un Estado con el cual identificarse. Por último, el tercer criterio defendido por Hobsbawm era una probada capacidad de conquista. Parafraseando a Friedrich List, el historiador británico acota que *“no hay como un pueblo imperial para hacer que una población sea consciente de su existencia colectiva como tal”*.¹³

Anthony Smith es uno de los más prestigiosos fundadores del campo de los estudios interdisciplinarios sobre el nacionalismo. Para este intelectual británico el nacionalismo buscaría promover el bienestar de la nación, la cual es el centro de sus preocupaciones. *“Las ideologías nacionalistas tienen unos objetivos muy definidos de autogobierno colectivo, unificación territorial e identidad cultural, y a menudo también un programa*

¹² *Ibíd.*, p. 42.

¹³ - *Ibíd.*, p. 47.

*político-cultural muy claro y preciso para alcanzar esos objetivos. Y pese a que existen diversos tipos de ideología nacionalista (religiosa, secular, conservadora, radical, imperialista, secesionista, etc.) cada uno de los cuales ha de ser analizado, en conjunto revelan ciertos elementos comunes básicos, y se caracterizan por un rasgo fundamental idéntico: la singular búsqueda de estatus nacional”.*¹⁴

Smith dice que la nación no es un Estado ni tampoco una comunidad étnica. El concepto de Estado se relaciona con la actividad institucional; el de nación denota un tipo de comunidad. El Estado es un conjunto de instituciones autónomas, diferenciadas de otras instituciones, y que, como advirtiera Max Weber, posee un monopolio legítimo de la violencia en un territorio determinado. Las naciones –agrega Smith- son comunidades vividas y sentidas cuyos miembros comparten un territorio, una comunidad y una cultura.

La nación no sería tampoco una comunidad étnica ya que, a pesar de que ambas pertenecen a la misma familia de fenómenos (identidades culturales colectivas), la comunidad étnica no suele tener un referente político, y en muchos casos no disfruta de cultura pública o dimensión territorial (que no necesita). Una nación tiene que tener un territorio propio, cultura pública y el deseo y cierto grado de autodeterminación.

Atributos etnia – nación:

ETNIA	NACIÓN
-Nombre propio	-Nombre propio
-Mitos comunes de antepasados, etc.	-Mitos comunes.
-Memoria compartida.	-Historia compartida.
-Diferencia(s) cultural(es)	-Cultura pública común.
-Conexión con el territorio.	-Ocupación del territorio.
Algún tipo de solidaridad (de élites)	-Derechos y deberes comunes.

¹⁴ - Smith, Anthony: *Nacionalismo: teoría, ideología, historia*. Alianza Editorial. Madrid, 2004. p. 38.

	-Sistema económico único.
--	---------------------------

15

Así, para Smith la nación puede definirse como *“una comunidad humana con nombre propio que ocupa un territorio propio y que posee unos mitos comunes y una historia compartida, una cultura pública común, un sistema económico único y unos derechos y deberes que afectan a todos sus miembros”*.¹⁶ El nacionalismo, en tanto, sería *“un movimiento ideológico para alcanzar y mantener la autonomía, la unidad y la identidad de una población que algunos de sus miembros consideran que constituye una “nación” presente o futura”*.¹⁷

Para el autor británico, el término nacionalismo se ha utilizado de distintas formas, pero podría tener cinco significados:

1. Todo el proceso de formación y mantenimiento de las naciones o Estados-nación;
2. La conciencia de pertenecer a una nación, junto con los sentimientos y aspiraciones a su seguridad y prosperidad;
3. El lenguaje y el simbolismo de la “nación” y su papel;
4. Una ideología, que incluye una doctrina cultural de las naciones y de la voluntad nacional y normas para que se hagan realidad las aspiraciones nacionales y la voluntad nacional, y
5. El movimiento social y político que se propone alcanzar los objetivos de la nación y hacer realidad la voluntad nacional.¹⁸

Finalmente, Smith sostiene que la nación tiene que poseer tres características claves: autonomía, unidad e identidad. La autonomía, leyes propias, ritmos internos, un “yo” colectivo que intenta realizar su voluntad colectiva y su individualidad. Libertad política y

¹⁵ -Ibíd., p. 28.

¹⁶ -Ibíd., p. 28.

¹⁷ -Ibíd., p. 28.

¹⁸ - Smith, Anthony: *La identidad nacional*. Trama editorial, Madrid, 1997, p. 66.

autogobierno colectivo de y por “el pueblo” como resultado de la autodeterminación racional de la voluntad colectiva y la lucha por el autogobierno nacional.

La unidad frente a lo interno y lo externo, pero además (y quizá más importante) una unificación social y cultural de los miembros de la nación, lo cual no debe traducirse en homogeneidad.

Por último, la identidad como carácter colectivo y base histórico-cultural. A cada nación le correspondería una cultura histórica definida, un modo específico de pensar, actuar y comunicarse que comparten todos sus miembros. La tarea de los nacionalistas es redescubrir el “genio cultural” único de la nación y restaurar al pueblo su auténtica identidad cultural.

Otro de los autores que tratan el tema del nacionalismo es Benedict Anderson. De formación marxista –al igual que Eric Hobsbawm-, Anderson se hizo conocido en la esfera intelectual por su obra “Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo”, obra publicada en 1983 y que abordaba la teoría de la construcción de naciones desde un punto de vista más amplio, incorporando a la estructuración de un marco político acorde con el modelo económico, una construcción cultural. Autores como el propio Hobsbawm no dejaron de lado en su obra el enorme impacto que tuvo el nacionalismo desde el punto de vista cultural, pero es Anderson uno de los más relevantes en este punto en particular.

La teoría de Anderson se mueve en una esfera más amplia, incorporando otros aspectos además de los netamente económicos, sosteniendo que la “calidad de la nación” al igual que el nacionalismo son artefactos culturales de una clase particular, que las naciones modernas cumplirían un papel de llenar el vacío emocional que deja la retirada o desintegración, o la no disponibilidad, de comunidades y redes humanas reales.

El autor se pregunta si los Estados o movimientos nacionales podían utilizar ciertas variantes de sentimientos de pertenencia colectiva que ya existían y que podían funcionar, por así decirlo, potencialmente en la escala macro política capaz de armonizar con Estados y naciones modernos. A estos lazos los llama “protonacionales”. *“Trataré de demostrar que la creación de estos artefactos, a fines del siglo XVIII, fue la destilación espontánea de*

*un “cruce” complejo de fuerzas históricas discretas: pero que, una vez creados, se volvieron “modulares”, capaces de ser trasplantados, con grados variables de autoconciencia, a una gran diversidad de terrenos sociales, de mezclarse con una diversidad correspondientemente amplia de constelaciones políticas e ideológicas”.*¹⁹

Para Benedict Anderson el papel que jugó la imprenta y la lengua vernácula fue fundamental para la construcción de un nacionalismo que fue una comunidad imaginada que reemplazó a otra -la religiosa- cuyo idioma (el latín) era una de las bases fundamentales. *“Los hablantes de la enorme diversidad de franceses, ingleses o españoles, para quienes podría resultar difícil, o incluso imposible entenderse recíprocamente en la conversación, pudieron comprenderse por la vía de la imprenta y el papel. En el proceso gradualmente cobraron conciencia de los centenares de miles, o millones, de personas en su campo lingüístico particular, y al mismo tiempo que solo esos centenares de miles, o millones, pertenecían a ese campo. Estos lectores semejantes, a quienes se relacionaba a través de la imprenta, formaron en su invisibilidad invisible, secular, particular, el embrión de la comunidad racionalmente imaginada”.*²⁰

Anderson define a la nación como *“una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es “imaginada” porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán, ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno de ellos vive la imagen de su comunión”.*²¹ Además, la nación se imagina –según Anderson- “limitada” porque incluso la mayor de ellas tiene fronteras claras y limitadas, más allá de las cuales existen otras comunidades con características similares. Ninguna nación, así, se imagina con las dimensiones de la humanidad.

El autor agrega que esta comunidad también tendría la propiedad de poseer un compañerismo profundo, horizontal. Sería esta fraternidad la que habría permitido a esta comunidad durante los últimos dos siglos que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestos a morir por imaginaciones tan limitadas.

¹⁹ -Anderson, Benedict: *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1983. p.21.

²⁰ -Ibíd., pp. 72-73.

²¹ Ibíd., p. 23.

La última gran propiedad que Benedict Anderson, hermano de otro gran intelectual, Perry Anderson, es la “soberanía”. Este concepto, que nació en tiempos en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo el mundo antiguo -la legitimidad, dice Anderson- del reino dinástico, jerárquico, divinamente ordenado.

Anderson en su teoría analiza la construcción de naciones en América Latina desde el proceso de Independencia. Antes de caer en la clásica tentación de negar la construcción de naciones en nuestro continente, el intelectual británico hace un análisis del fenómeno a partir de las particularidades del mismo. *“La configuración original de las unidades administrativas americanas era hasta cierto punto arbitraria y fortuita, marcando los límites espaciales de conquistas militares particulares. Pero a través del tiempo desarrollaron una realidad más firme bajo la influencia de factores geográficos, políticos y económicos. La misma vastedad del imperio hispanoamericano, la diversidad enorme de sus suelos y sus climas y, sobre todo, la dificultad inmensa de las comunicaciones en una época preindustrial, tendrían a dar a estas unidades un carácter autónomo”*.²²

El filósofo, sociólogo y antropólogo francés Ernest Gellner define al nacionalismo como *“un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política. Ya sea como sentimiento, ya como movimiento, la mejor manera de definir el nacionalismo es atendiendo a este principio. Sentimiento nacionalista es el estado de enojo que suscita la violación del principio o el de satisfacción que acompaña a su realización. Movimiento nacionalista es aquel que obra impulsado por un sentimiento de este tipo”*²³. Gellner ve al nacionalismo como una construcción cultural, hija de la misma evolución del sistema económico y el nuevo orden burgués. En su obra “Naciones y nacionalismo” analiza el surgimiento de éste fenómeno como un *continuum* entre la sociedad agraria y la industrial, en donde el nacionalismo cumple un cierto rol de estructura simbólica, que conserva lo que sirve del antiguo esquema y crea lo que falte para completar el nuevo. Así, se pierden muchas tradiciones y surgen otras nuevas.

Gellner hace una diferencia entre nacionalismo, por una parte, y Estado y nación por otra. En cuanto al Estado concuerda con Weber en torno a la definición que este hace de

²² - *Ibíd.*, p. 84.

²³ -Gellner, Ernest: *Naciones y nacionalismo*. Alianza Editorial, Madrid, 2001. p. 13.

éste como el dueño del monopolio de la fuerza, que legítimamente puede ser usada por la autoridad política central y aquellos a quienes delega este derecho. En cuanto a la nación, luego de hacer un paralelo con la novela “La maravillosa historia de Peter Schlemihl”, de Adalbert von Chamisso, cuyo protagonista carecía de sombra, define a la nación a partir de dos definiciones:

1. Dos hombres son de la misma nación si y sólo si comparten la misma cultura, entendiendo por cultura un sistema de ideas y signos, de asociaciones y de pautas de conducta y comunicación.
2. Dos hombres son de la misma nación si y sólo si se *reconocen* como pertenecientes a la misma nación.

*“En otras palabras, las naciones hacen al hombre; las naciones son los constructos de las convicciones, fidelidades y solidaridades de los hombres. Una simple categoría de individuos (por ejemplo, los ocupantes de un territorio determinado o los hablantes de un lenguaje dado) llegan a ser una nación si y cuando los miembros de la categoría se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros. Es ese reconocimiento del prójimo como individuo de su clase lo que los convierte en nación, y no los demás atributos comunes, cualesquiera que puedan ser, que distinguen a esa categoría de los no miembros de ella”.*²⁴

El nacionalismo para Gellner, es la fusión entre cultura y Estado, algo de lo que la sociedad agraria careció. No hay política cultural o, como decía Smith, una “cultura pública”. El avance de la educación, de la alfabetización y el fin de la segregación elitista de la cultura son el símbolo del paso de una sociedad agraria a otra industrial, y constituyen la semilla del nacionalismo. *“¿Qué ocurre cuando un orden social se transforma fortuitamente en otro en que por fin se generaliza la cultura, cuando la alfabetización ya no es una especialización, sino un requisito previo para otras especializaciones, y cuando prácticamente ninguna tarea es ya hereditaria? ¿Qué sucede cuando, al mismo tiempo, la castración llega a ser también casi general y realmente efectiva, cuando todo el mundo es un mameluco de Robe y pone las obligaciones hacia su profesión por encima de las*

²⁴ *Ibíd.*, p. 20.

*demandas de su familia? En una era de cultura y mamelucaje generalizadas, la relación entre cultura y política cambia de forma radical. Una cultura avanzada impregna toda la sociedad, la determina y necesita el apoyo de una política. Ese es el secreto del nacionalismo”.*²⁵

Sin el énfasis de Hobsbawm, Gellner sin embargo también ve en el avance del nuevo modelo económico del siglo XIX una de las grandes claves para entender el fenómeno del nacionalismo. El negociante y el industrial de la era de la razón necesitan un nuevo esquema. La maximización del beneficio reclamaba una nueva era, un nuevo horizonte. *“La antigua estabilidad de la estructura funcional social es, sencillamente, incompatible con el crecimiento y la innovación. Innovación significa realización de cosas nuevas cuyos límites no pueden ser los mismos que los de las actividades a las que reemplazan (...) Cuando se conteste esta pregunta, la mayor parte del problema del nacionalismo se habrá resuelto. El nacionalismo tiene su raíz en cierto tipo de división del trabajo, una división del trabajo compleja y, siempre y acumulativamente, cambiante”.*²⁶

Gellner propone la existencia de cinco etapas en el desarrollo del nacionalismo:

- Primera etapa de reemplazo postmedieval de un orden universal por un sistema integrado de Estados soberanos.
- Segunda etapa de cambios de contenidos y fragmentación en unidades políticas diversas a través de los siglos XVII y XVIII.
- Tercera etapa entre 1870 y 1945 con la entrada de las clases bajas a la nación, el desplazamiento de la atención hacia el poder económico y la difusión del nacionalismo.
- Cuarta etapa de unión de la política y la cultura, el Estado pasa a ser protector de la cultura, que a su vez es legitimador y garante de la ciudadanía.
- Quinta etapa, sociedades más avanzadas, la riqueza generada atenúa la intensidad de los odios y temor a lo que se puede perder en conflictos violentos.

²⁵ -Ibíd., p. 33.

²⁶ Ibíd., p. 41.

*“Estas cinco etapas representan un relato razonable de la transición entre una sociedad no nacionalista, con una tecnología estática, una jerarquía estable, en donde la cultura es básicamente utilizada para indicar la posición de individuos y grupos en la estructura general y no para marcar los límites de una política ampliamente extendida, y un orden nacionalista caracterizado por masas anónimas móviles que comparten una cultura alfabetizada transmitida por un sistema educativo y que están protegidas por un Estado identificado por esa cultura”.*²⁷

Una vez identificadas las principales propuestas sobre la descripción y conceptualización del nacionalismo nos abocaremos a la tarea de vincularlo con la construcción de naciones en América Latina, especificando el caso de Chile y Perú, los países que nos convocan.

Uno de los estudiosos del área del imaginario y construcción cultural en Chile y América Latina es el sociólogo Jorge Larraín, autor de obras como “Identidad chilena” y, sobre todo “Modernidad, razón e identidad en América Latina”. En esta última obra expone un interesante análisis de la construcción de identidades en el continente, entre las que el nacionalismo juega un rol fundamental.

En el caso chileno-peruano creemos que se da lo que Jorge Larraín llama la identidad como oposición. Ciertas teorías enfatizan las diferencias como una forma de acentuación de lo propio: algunas teorías historicistas de desarrollo *“conciben a la historia como un proceso discontinuo y segmentado que no tiene dirección universal ni metas, y cuya comprensión requiere empatía con la diferente esencia cultural que cada nación desarrolla. Estas teorías destacan las diferencias con el ‘otro’, pero tienen dificultades en entender los problemas comunes y formas de igualdad que surgen de una humanidad compartida”.*²⁸

Entre chilenos y peruanos se desarrollaría la construcción de la propia identidad a partir de la oposición, de un “nacionalismo negativo”, que acentúa la propia identidad y nacionalidad en una relación de oposición con el vecino/rival histórico. La oposición al

²⁷ - Gellner, Ernest: *Encuentros con el nacionalismo*. Alianza Universidad, Madrid, 1995, P. 30. Citado en Cavieres, Eduardo: *Chile-Perú, la historia y la escuela. Conflictos nacionales, percepciones sociales*. Ed. Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2006, p. 50.

²⁸ -Larraín, Jorge: *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Ed. Andrés Bello, Santiago, 1996, p. 57.

‘otro’ como su reafirmación. *“Las teorías historicistas miran al “otro” desde la perspectiva de su especificidad cultural única, acentuando así la diferencia y la discontinuidad (...) Mientras el énfasis en la verdad absoluta y la continuidad histórica pueden llevar a un reduccionismo y a un descuido de la especificidad del ‘otro’, el énfasis en la diferencia y la discontinuidad puede llevar a la construcción del ‘otro’ como inferior. Dos formas de racismo resultan de estos extremos: mientras las teorías universalistas pueden no aceptar al ‘otro’ porque no saben reconocer y aceptar su diferencia, las teorías historicistas pueden rechazar al ‘otro’ porque es construido como un ser tan diferente que llega a parecer inferior”.*²⁹

Nosotros creemos que ahí es donde está la clave del embrollo chileno-peruano y que trataremos de verificar en este trabajo de tesis. El historicismo, la búsqueda de una identidad, el esfuerzo por crear una nación económicamente viable, compacta, unida y autónoma ha llegado a ser en el caso chileno-peruano una construcción cultural basada en la oposición al ‘otro’, lo que al final termina condicionando las relaciones entre ambos países, como lo refleja la académica Paz Milet:

*“La relación entre Chile y Perú está fuertemente condicionada por la herencia histórica; que se evidencia fundamentalmente en la existencia de una serie de percepciones cruzadas (...) Estas percepciones están enraizadas a nivel cultural y están en la base de las actuales discrepancias o posibles hipótesis de conflictos entre ambos países y se expresan a nivel político en: una estrategia peruana de rescatar los temas que consideran pendientes en la relación bilateral y una posición chilena que se basa en la argumentación de que no existen temas pendientes”.*³⁰

Así, las relaciones chileno-peruanas serían consecuencia de la búsqueda por parte de ambos países de constituirse en naciones, con un nacionalismo en base a la oposición mutua alimentada por un fuerte historicismo y percepciones cruzadas que condicionan todo tipo de relación bilateral.

²⁹ -Ibíd., p. 57.

³⁰ - Milet, Paz: “Chile-Perú. Las raíces de una difícil relación”. En Milet, Paz y Artaza, Mario editores: *Nuestros vecinos*. RIL Editores, Santiago, 2007, p. 442.

1.2 Identidad

Otro de los elementos que debemos considerar es la identidad. La identidad es lo que nos define de manera personal, pero también colectiva. Para comprender la identidad debemos entenderla como una construcción permanente, como algo que se va creando, desarrollando día a día y cuyos elementos están sujetos a cambios y evoluciones. No se trata de ninguna manera de algo compacto, irreductible y permanente.

En este sentido nos atenderemos a la creación de identidad de carácter constructivista, ya que nos parece más acorde con la estructura de relaciones chileno-peruanas. El sociólogo Jorge Larraín sostiene que en la tradición intelectual constructivista *“tanto los sujetos y actores sociales como los movimientos políticos y sociales son constituidos por una variedad de discursos. No son los sujetos los que crean discursos, son los discursos los que crean sujetos o ‘posiciones de sujeto’ que pueden ser ‘llenadas’ por una variedad de individuos”*.³¹ En el caso en particular que estudiaremos creemos que se cumplen estos parámetros, en cuanto a que la visión del otro aporta a un determinado discurso nacional y a una determinada identidad, en que se enfatiza la diferenciación con el ‘otro’ como parte de la definición de un ‘nosotros’. Larraín nos interpreta cuando agrega que *“en el terreno de la identidad nacional, una versión constructivista destaca la capacidad de ciertos discursos para ‘construir’ la nación, para interpretar a los individuos y construirlos como ‘sujetos nacionales’ dentro de una determinada concepción de la nación articulada por el discurso”*.³²

La identidad vendría a ser el conjunto de cualidades con las que una persona, o un grupo de personas, se ven reflejada y conectada. Es un conjunto de definiciones a sí mismo, relacionadas con ciertas características propias definidas.

La identidad debe ser comprendida como un proyecto que mira y se nutre del pasado, pero también proyecta un futuro. No constituye una esencia pétrea e inmovible, sino más bien corresponde a una permanente construcción y deconstrucción, de acuerdo a la evolución, cambios y permanencias del sujeto y la sociedad. Las identidades nacionales no son algo estático, cambian y se transforman a través de los años.

³¹ Larraín, Jorge: *Modernidad e identidad en América Latina*. p. 214.

³² *Ibíd.* p. 214.

Ernest Tugendhat sostiene que la identidad psicológica, según él, hace referencia a la identidad cualitativa de una persona. Pone como ejemplo de lo anterior a Sigmund Freud cuando se identificaba como judío. La identidad cualitativa no es, sin embargo, algo obvio ya que en su interior yace una ambigüedad, una ambigüedad que permite entender que la identidad psicológica es un problema práctico, el *problema fundamental* de la vida de todo ser humano.

Tal vez Freud era judío, pero quizá pudo no haberse sentido identificado con el ser judío, entonces quizá en algún sentido ya no era judío, sostiene Tugendhat. Sin embargo, Sigmund Freud sabía que era Sigmund Freud, algo que ya no constituye un problema. Así, nuestra identidad psicológica o, como ya la podemos llamar mejor, la identidad de nuestra vida, sí es un problema para nosotros. El problema de la identidad es un problema normal en nuestras vidas, el problema fundamental de nuestras vidas y depende de nuestra propia voluntad, de lo que nosotros queremos.

Tugendhat habla de la existencia de ciertas disposiciones: técnicas (tocar el piano), disposiciones de pertenencia colectiva (ser chileno, ser peruano), disposición a desempeñar un papel o rol social (ser bombero, ser profesor, ser policía) y disposiciones de carácter (ser valiente, ser generoso, ser flojo). El autor sostiene que estas disposiciones tienen un carácter dado, que no depende de la propia voluntad, pero al mismo tiempo otro carácter en que sí dependen de la propia aceptación del yo. *“Yo soy un padre por ejemplo, lo quiera o no, pero en un segundo sentido lo soy solamente si lo quiero ser, de modo que el querer nunca se dirige simplemente a algo en el futuro, sino que es siempre una respuesta a algo en el pasado. Nuestras identificaciones por lo tanto son siempre respuestas de sí o no, pero nunca de manera simple, puesto que primer existe una serie de modalidades intermedias y en segundo lugar, si se responde con ‘sí’, siempre queda la pregunta: ¿cómo?”*³³ El ser humano debe construir su futuro. De ahí el problema de aclarar el sentido de la identidad.

Tugendhat, además, añade otra condicionante. El hombre moderno tiene como una de sus características la de relacionarse con su futuro de manera libre, de lo cual surge para sí el problema de la identidad. La felicidad es una vida lograda, que para el hombre

³³ -Tugendhat, Ernest: “Identidad personal, nacional y universal”. En revista Ideas y Valores. Revista colombiana de Filosofía. , N° 100. Bogotá, Colombia, abril 1996. p. 9.

moderno –a diferencia del tradicional o antiguo, que está definida- esta está abierta e igualitaria en su ética.

El autor checo-alemán sostiene que las personas son sujetos que tienen identidades múltiples y que deben entenderse con gran cantidad de personas sólo por el hecho de compartir un lugar común, independientes en sus trabajos y en su bienestar. Esta totalidad se mezcla con otras totalidades, dentro de las cuales la más importante es la del Estado. Este es un poder máximo y soberano con responsabilidades sociales de primer plano. *“Y como los súbditos del Estado quieren ser concientes de por qué son súbditos de este Estado aparte de simplemente serlo, llegan a su identidad como pueblo, como nación, definido por los diferentes criterios se constituyen minorías con la aspiración hacia una soberanía propia. No sólo es natural como así como hay un amor, muchas veces ambiguo, hacia la propia familia y hacia la propia tierra, hay un sentido de solidaridad hacia su pueblo. También parece natural que la relación moral que debemos tener hacia todos los hombres se difundiría en una abstracción, si no nos tuviéramos que relacionar éticamente con nuestra nación”*.³⁴

Esto implica una responsabilidad en el bienestar de los demás. *“Para esta parte positiva de la moral universal, la responsabilidad, la identificación con las diferentes colectividades particulares, concéntricamente estructuradas, parece indispensable. La colectividad del Estado, el pueblo, tiene aquí una prioridad porque las decisiones morales generales, es decir, los respaldados por la ley, se hacen en la edad moderna a este nivel”*.³⁵

Tugendhat examina las razones que pueden conducir a que se genere, dentro de esta dinámica, lo que llamamos “nacionalismo negativo” o sentimiento nacionalista perverso. *“Quizá los motivos más obvios para el desarrollo del nacionalismo de masas y agresivo son, primero, la situación de soledad, libertad y de debilidad en que se encuentra el individuo en la modernidad y que produce una tendencia a escapar de sí y a derramar la individualidad propia en una masa amorfa con un líder grande y fuerte; y segundo, el sentimiento de desvalorización de uno mismo, que producen las injusticias sufridas por*

³⁴ -Ibíd. p. 15.

³⁵ -Ibíd. p. 15.

muchos y que conducen al deseo de vengarse y a la búsqueda de chivos expiatorios y de enemigos exteriores".³⁶ Para Tugendhat, la condición que fundamenta el surgimiento de estas visiones y sentimientos es la injusticia social, el conjunto de condiciones sociales que no les permite a los individuos respetarse a sí mismos. Se necesitaría un sistema social justo que fomente la autonomía del individuo, ya que cuando uno se pueda valorar y respetar a sí mismo lo hará a su vez con los demás.

En los tiempos que corren, sin embargo, se le ha dado un mayor énfasis a las teorías que rescatan la construcción de la identidad como algo más dinámico, en las que las alternativas sociales de los otros son claves para determinar la propia construcción identitaria. Las relaciones sociales influyen en la construcción de la identidad de un sujeto y nosotros creemos que a nivel de comunidades o sociedades esto también existe. La visión del "otro", como en el caso de la relación Chile-Perú, es importante para la elaboración de una autoimagen, que logra sostener ciertas cualidades que definen –o intentan definir- una identidad.

Jorge Larraín propone la existencia de tres componentes de la identidad. En primer lugar sostiene que los individuos se definen a sí mismos en términos de ciertas categorías sociales compartidas. *"Al formar sus identidades personales, los individuos comparten ciertas lealtades grupales o características tales como religión, género, clase, etnia, profesión, sexualidad, nacionalidad, que son culturalmente determinadas y contribuyen a especificar al sujeto y su sentido de identidad. En este sentido puede afirmarse que la cultura es uno de los determinantes de la identidad personal. Todas las identidades personales están enraizadas en contextos colectivos culturalmente determinados"*.³⁷

El autor sostiene que de esta manera se forma la idea de identidades culturales. Y dice que justamente durante la modernidad las identidades culturales que han tenido mayor influencia en la formación de identidades personales son la identidad de clase y la identidad nacional.

En segundo lugar, Larraín considera la existencia del elemento material, incluyendo no sólo la presencia física del yo, sino además la participación de elementos materiales,

³⁶ -Ibíd. p. 16.

³⁷ Larraín, Jorge: *Identidad chilena*. LOM Ediciones, Santiago, 2001. pp. 25-26.

posiciones capaces de producir en el sujeto elementos de autorreconocimiento. *“La idea – dice Larraín- es que al producir, poseer, adquirir o modelar cosas materiales los seres humanos proyectan su sí mismo, sus propias cualidades en ellas, se ven a sí mismos en ellas y las ven de acuerdo a su propia imagen”*.³⁸

Larraín afirma entonces que el acceso a ciertos bienes materiales, el consumo de ciertas mercancías puede convertirse en un medio de inserción a un grupo definido representado por esos bienes materiales. El sentido de identidad y pertenencia se da también a partir de ciertos elementos de consumo, bienes o cosas cuya posesión pertenece sólo a ciertos segmentos sociales que, a través de estos, reafirman su particularidad e identidad.

En tercer lugar, Larraín sostiene la existencia de una tercera forma de identidad que es la que nos importa más a nosotros. Es aquella dada por la existencia de “otros”. Y el autor nos lo describe en un doble sentido. En primer lugar habla de los “otros” como aquellos cuyas opiniones acerca de nosotros nos son importantes y que internalizamos. En segundo lugar, los “otros” serían aquellos con respecto a quienes nos diferenciamos, adquiriendo así nuestro carácter único y especificidad final. Este último sería el caso nuestro con respecto a los peruanos y viceversa. *“El sujeto internaliza las expectativas o actitudes de los otros acerca de él o ella, y estas expectativas de los otros se transforman en sus propias auto-expectativas. El sujeto se define en términos de cómo lo ven los otros. Sin embargo, sólo las evaluaciones de aquellos otros que son de algún modo significativos para el sujeto cuentan verdaderamente para la construcción y mantención de su autoimagen. Los padres son al comienzo los otros más significativos, pero más tarde, una gran variedad de ‘otros’ empiezan a operar (amigos, parientes, pares, profesores, etc.)”*³⁹

La identidad es un proceso de reconocimiento mutuo, de carácter subjetivo y donde la opinión de los “otros” es fundamental. Es una construcción compleja que involucra una concepción libre frente a los “otros”, pero también la intención de ser reconocido por estos “otros”. *“La definición del sí mismo siempre envuelve una distinción con los valores, características y modos de vida de otros. En la construcción de cualquier versión de*

³⁸ -Ibíd. p. 26.

³⁹ - Ibíd. p. 28.

identidad, la comparación con el 'otro' y la utilización de mecanismo de diferenciación con el 'otro' juegan un papel fundamental: algunos grupos, modos de vida o ideas se presentan como fuera de la comunidad. Así surge la idea del 'nosotros' en cuanto distinto a 'ellos' o a los 'otros'. A veces, para definir lo que se considera propio se exageran las diferencias con los que están fuera y en estos casos el proceso de diferenciación se transforma en un proceso de abierta hostilidad al otro (...) También hay numerosos ejemplos históricos de identificación en que la oposición se exagera hasta fomentar la exclusión en diferentes grados: de marcar la diferencia se puede pasar a la desconfianza, de ésta a la abierta hostilidad y, de aquí a la agresión.”⁴⁰

Por otro lado, Larraín hace algunas interesantes reflexiones respecto a la concepción de la identidad como algo de carácter meramente psicológico. Sostiene que no se pueden trasponer los elementos psicológicos personales a las identidades culturales. Esto en referencia a la costumbre o tendencia a asociar la identidad nacional con elementos y caracteres de la personalidad humana (el chileno es flojo, solidario, etc.). Larraín dice que no es adecuado hablar de una identidad colectiva en términos de un “carácter étnico” o de una “estructura síquica colectiva”, la cual estaría compartida por todos los miembros del colectivo. No se puede atribuir un rasgo individual a un colectivo.

Además, las identidades culturales pueden coexistir y no son mutuamente excluyentes. En la construcción de identidades personales, dice Larraín, siempre concurre un buen número de ellas en varios grados de intensidad. Así, podemos ser al mismo tiempo hinchas de un mismo equipo, pero tener distinto pensamiento político o identidad de género. Podemos tener distinta religión, pero sentirnos parte de la misma identificación local o regional, etc.

La construcción de la identidad necesita de una épica, de un discurso, de un “destino manifiesto” para poder seducir a sus componentes. Se interpela a los individuos para que se identifiquen con él. A través de eventos históricos épicos o gloriosos, comidas, juegos, paisajes, imágenes o símbolos se construye un relato de unicidad y pertenencia, que logran sostener una tradición muchas veces inventada. El Estado tiene una gran responsabilidad en la construcción de este relato por medio de la educación y con la finalidad de alinear a los

⁴⁰ -Ibíd. pp. 32-32.

miembros de la sociedad detrás de un ideario en común. Se pretende la búsqueda de una supuesta continuidad histórica que muchas veces no es tal, ya que se construye desde el poder.

Jorge Larraín aborda también la relación entre las identidades y el proceso de globalización que de una u otra manera está condicionando cada vez más los procesos sociales, políticos y económicos. El autor sostiene que la globalización, pese a todo su inmenso poder, no alcanzará a amenazar la supervivencia de las identidades nacionales, aunque estas sí se ven afectadas por el proceso.

Larraín destaca tres puntos en particular en la relación entre las identidades y la globalización. Primero, el accionar de los medios masivos de comunicación, en especial de la televisión. El autor dice que ésta pone en contacto a la gente con otras culturas y modos de vida, contribuyendo a atenuar el absolutismo del modo de vida y cultura nativa. Sin embargo, también la televisión puede contribuir a crear –y recrear- tradiciones nacionales. *“Las identidades nacionales dependen en parte de que los diarios, la radio y la televisión creen vínculos imaginarios entre los miembros de una nación, nacionalicen ciertas prácticas sociales e inventen tradiciones. La televisión es un medio especialmente apto para mediar entre identidades culturales e individuales en la medida que permite crear la ficción de una interacción cara a cara, de una proximidad especial, al presentar al otro audiovisualmente en la intimidad de las casas.”*⁴¹

Por otro lado, Larraín hace referencia a los tiempos en que la globalización afecta la construcción de identidades ya que produce una aceleración del ritmo de cambio en todas las relaciones sociales, lo que influye para que al individuo le sea extremadamente difícil ver la continuidad pasado-presente y formarse una visión unitaria de sí mismo y su entorno. *“Esto hace la construcción de identidades personales un proceso más complejo y difícil, sujeto a muchos saltos y cambios. Esto no significa que las identidades se hayan disuelto o descentrado, como lo mantienen los postmodernistas, sino que más bien ellas se reconstruyen y redefinen en contextos culturales nuevos”.*⁴²

⁴¹ -Ibíd. p. 44.

⁴² -Ibíd. p. 45.

Por último, Larraín asegura que la globalización afecta a la identidad ya que este proceso mundial tiende a provocar desarraigo en identidades culturales ampliamente compartidas, afectando la cosmovisión de los sujetos. Aparecen fenómenos de desarticulación y dislocación a través de los cuales muchas personas pierden sus clásicos moldes de referencia identitaria, como profesión, clase, nacionalidad o religión. A cambio surgen otros modelos de identidad como género, etnia, sexualidad, equipo de fútbol, etc. *“La identidad nacional ha sido especialmente afectada debido a la erosión de la autonomía de las naciones-estados. El proceso de globalización empezó expandiendo a las naciones-estado por todo el mundo, pero terminó por socavar su independencia”*.⁴³

1.3 El mito

Al carecer ambas sociedades de una acabada, real y sostenida aproximación que permitiera un conocimiento mutuo ha sido el mito –por no decir el estereotipo, el prejuicio o la simple caricatura- la que ha venido a reemplazar ese vacío de imágenes que permitiera por ejemplo a chilenos y peruanos acceder a una acabada realidad con respecto al vecino. Sobre el mito podemos decir que es un cuerpo de creencias tradicionales. Puede concebirse como un relato que hace referencia al pasado en clave fundacional y prospectiva. Puede así servir de sustento a las creencias actuales y a las decisiones futuras sobre la base de la evocación del pasado. Jorge Larraín sobre este tema dice que *“el mito cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que se produce en un tiempo inmemorial, el tiempo fabuloso de los comienzos. En otras palabras el mito cuenta como tuvo su origen una realidad, sea ésta una realidad total, el cosmos, o sólo un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución.”*⁴⁴

El mito tendría un carácter también trascendente, pero además cumple una función más acorde a los intereses de los Estados actuales. *“Cabe señalar, por una parte, que los mitos tienen un gran potencial de integración y simplificación y, por otra, que están fuertemente vinculados con los valores fundamentales de una comunidad y con los propósitos de asegurar la cohesión de la misma. De esta manera, tenemos que tradiciones, leyendas y mitos son poderosos generadores de sentimientos de afinidad o exclusión, de*

⁴³ -Ibíd. pp. 45-46.

⁴⁴ -Eliade, Mircea. *Imágenes y símbolos*. Citado en: Aranda, Gilberto; López, Miguel Ángel; Salinas, Sergio: *Del regreso del Inca a Sendero Luminoso. Violencia y política mesiánica en Perú*. Ril Editores, Santiago, 2009. p. 43.

proximidad o distancia entre grupos y generaciones sucesivas. Así, sobre la disposición de mitos, las élites suelen dirigir el proceso de construcción de dicotomías antinómicas –a menudo maniqueas- entre lo propio y lo extraño, lo de adentro y lo fuera, los miembros de una comunidad o los extranjeros, es decir estableciendo identidades en estricta relación al reconocimiento de los otros, en una dialéctica de opuestos.”⁴⁵

Respecto al mito en el ámbito político, Gilberto Aranda y Sergio Salinas sostienen que el mito político se compone de dos puntos básicos: primero, la así llamada política simbólica. En segundo lugar, la memoria colectiva. La memoria colectiva se desarrolla sobre todo desde el marco colectivo del recuerdo, que se construye en el presente. La sociedad actual discrimina y selecciona lo que se recuerda y lo que se olvida del pasado. El mito termina, así, chocando con la idea de modernidad, que se basa en la secularización y la racionalización.

El mito, así, termina transformado en un elemento constituyente de la identidad, que permite moldear esta idea y se traspasa, políticamente, a la ideología creadora de la nación. *“La transformación de los mitos políticos engarza también con que los actuales conflictos políticos mayoritariamente están relacionados con las políticas de identidades exclusivas, a diferencia de los objetivos geopolíticos o ideológicos de los anteriores. Se trata de una política de identidades que enfatiza la resistencia a que un grupo sea subsumido en un orden nacional o incluso en un sistema internacional. Mediante la política de identidades se reivindica el poder desde la especificidad cultural de un discurso que enfatiza la pertenencia a un grupo nacional, un clan o incluso una religión”.*⁴⁶

1.4 Constructivismo en las Relaciones Internacionales

Por último también tomaremos la visión constructivista de las Relaciones Internacionales, en particular la expresada por Alexander Wendt y Emanuel Adler. Esta postura teórica afirma que la percepción social de las estructuras es lo trascendente. El constructivismo sostiene que las instituciones sociales son el resultado de un proceso histórico que fluye de manera constante. Las instituciones, como el Estado o el Sistema

⁴⁵ -Ibíd. p. 43.

⁴⁶ Aranda, Gilberto; Salinas, Sergio: “Cronotopos y parusia: las identidades míticas como proyecto político”. Polis. Revista de la Universidad Bolivariana. Vol. 9, n° 27, 2010, pp. 15-43. p. 17.

Internacional, son moldeadas y construidas por las normas, leyes, reglas y prácticas de la vida humana. *“Las normas definen en gran medida las identidades y, por consiguiente, tanto los intereses como el comportamiento. La adopción de nuevas formas llevará a nuevas identidades”*.⁴⁷

“La anarquía es lo que los Estados hacen de ella: la construcción social de la política de Estado”, es el título de uno de los más importantes artículos de Wendt, quien señala que las identidades constituyen intereses y acciones, y que estas pueden llevar a condicionar las relaciones entre los Estados porque también juegan un rol definidor, donde agentes y estructuras son entidades mutuamente constituidas y determinadas. *“(…) that social systems like the international system contain macro-level structures; and that these structures might have causal effect on (“socially construct”) the identities and interest of state agents. But what an individualist ontology cannot see is that agents might be constituted by social structures, that the nature of states might be pound up conceptually with the structure of the states system. That is the distinctive claim of a holist or structuralist ontology, which I defend”*.⁴⁸

¿Qué es un determinado Estado? ¿Qué lo define? ¿Quién es ese Estado determinado? El constructivismo, en la visión de Wendt, ayuda a los Estados a la autodefinición y autodeterminación, aun cuando haya que recurrir a un ‘otro’ que ayude a aclarar tal asunto. *“In sum, the ontology of international life that I have advocated is ‘social’ in the sense that it is through ideas that states ultimately relate to one another, and ‘constructionist’ in the sense that these ideas help define who and what states are.”*⁴⁹

Por su parte, Emanuel Adler sostiene que el constructivismo es algo en permanente cambio y evolución. *“Unlike positivism and materialism, which take the world as it is, constructivism sees the world as a project under construction, as becoming rather than being. Unlike idealism and post-structuralism and postmodernism, which take the world only as it can be imagined or talked about, constructivism accepts that not all statements have the same epistemic value and that there is consequently some foundation for*

⁴⁷ Allan, Pierre: “Ontologías y explicaciones en la Teoría de las Relaciones Internacionales”. Revista Ciencia Política, Vol. XXI, Número 1, Santiago, 2001. p. 100.

⁴⁸ Wendt, Alexander: *Social theory and international politics*. Cambridge, United Kingdom: Cambridge University Press, 2000. p. 372.

⁴⁹ *Ibíd.* p. 372.

knowledge”⁵⁰. Además, el constructivismo transforma la comprensión de la realidad social de las ciencias sociales. “*Constructivism thus has the potential to transform the understanding of social reality in the social sciences. It stresses the reciprocal relationship between nature and human knowledge and suggest a view of the social sciences that is contingent, partly indeterminate, nominalist, and to some extent externally validated*”.⁵¹

Adler asegura que el constructivismo es una *teoría social* sobre el rol del conocimiento y los agentes eruditos en la construcción de la realidad social. Es una teoría social que nos permite comprender el rol de la intersubjetividad y el contexto social, las estructuras, sus agentes y una naturaleza regida bajo normas de la sociedad.

Adler sostiene además que dentro de las Relaciones Internacionales, el constructivismo es una *perspectiva empírica y teórica*, la cual “*maintainsthat IR theory and researchshould be base onsoundsocialontological and epistemologicalfoundations. IR constructivism has let to new and important questions, for example, about the role of identities, norms and casual understandings in the constitution of national interest, about institutionalization and international governance, and about a social construction of new territorial and non-territorial transnational regions*”.⁵²

En el caso chileno-peruano que examinaremos en este trabajo estamos convencidos de la pertinencia de esta visión, que ha determinado las relaciones entre ambas naciones en gran medida gracias a la visión que sus elites han forjado de sí mismos y de su vecino, donde el rol del ‘otro’ ha sido decisivo. El constructivismo nos permite por medio de esta construcción social de la realidad en base a identidades comprender mejor las variables de una relación sustentada en las desconfianzas y antagonismos creados y mantenidos a uno y otro lado de la frontera.

⁵⁰ - Adler, Emanuel: “Constructivism and international relations”.En: *Handbook of international relations*. W. Carlsnaes ed. London: Thousands Oaks, 2006. p. 96.

⁵¹ *Ibíd.* p. 96.

⁵² *Ibíd.* p. 96.

Capítulo 2: Perú y la construcción de la nación: una obra inconclusa

2.1 Del caudillismo a la Guerra

Los orígenes de la construcción nacional en el Perú hay que rastrearlos necesariamente hasta los tiempos de la Independencia. Para Carmen Mc Evoy, la nación peruana se intenta construir tempranamente gracias al influjo de las ideas del republicanismo de aquellos años, y que barnizan todos los proyectos políticos de los siglos XIX y XX, legitimándolos. La autora sostiene que las profundas diferencias étnicas y de otro tipo (que ella llama “esquizofrénicas”) han conspirado contra la creación de un proyecto nacional integrador.

Carmen Mc Evoy toma a la figura de Bernardo Monteagudo, mano derecha de José de San Martín, y primer Secretario de Guerra y Marina del Perú independiente, como uno de los primeros actores de la búsqueda de una identidad nacional en el país. La solución de Monteagudo era una monarquía constitucional, centralista y plena de autoridad. Se inclinó por un modelo más conservador luego de un minucioso análisis de las condiciones étnicas, sociales y culturales del Perú. La urgencia de concretar la tarea independentista y de consolidar rápidamente la autonomía una vez conseguida la meta, dotaron a las dirigencias militares de la época de un actuar igualmente cauto y moderado. La hora de las grandes ideas revolucionarias había definitivamente quedado atrás, y Monteagudo –antiguo revolucionario americano- sería el símbolo de esa síntesis.

Sin embargo, había que diferenciarse del pasado inmediato y para eso se echó mano al referente incaico. “ *La repetición permanente de actos de regeneración nacional, desfiles patrióticos, por ejemplo, junto con la nacionalización del pasado, ejemplificada en el patrocinio de parte del gobierno protectoral de un museo nacional, en el cual debían depositarse las piezas arqueológicas de la joven nación peruana, dan cuenta que el proyecto político definido por el Protectorado buscó apoderarse de un pasado lejano: el incario, para a partir del mismo proyectar a la nación como una comunidad de destino*”⁵³. Comenzó así el proceso de construcción de la nación peruana, a medio camino entre la búsqueda de una raíz profundamente pretérita y un sueño de modernidad, desarrollo y

⁵³ Mc Evoy, Carmen: *Forjando la nación: ensayos sobre historia republicana*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú. Sewanee, TN: The University of the South. 1999. p. 27.

progreso armónicos para el futuro. El gran problema de esta búsqueda es que, lejos de significar un salto a un futuro diferente, se trató de una “*regresión al pasado autoritario no sólo de la Colonia sino al ‘del suave dominio de las leyes imperiales’ del Incario.*”⁵⁴

Una vez consumada la caída de José de San Martín, fue Simón Bolívar el que se hizo cargo de la conducción de la guerra. Después de las victorias de Junín y Ayacucho en 1824, el Perú consolidó su Independencia. Bolívar pretendió establecer una comunidad de libres propietarios, impulsando la supresión de las comunidades indígenas, decretada ese mismo año. Se aprobó el reparto privado de esas tierras entre sus integrantes, cuyos títulos serían actualizados en 1850 entre quienes supieran leer y escribir, en español por supuesto. Todo en el supuesto de convertir a los indígenas en “ciudadanos”, en campesinos productivos integrados a la economía nacional en ciernes.

El problema fue que, aparte de la repartición a sus hombres que hizo Bolívar, las tierras del Estado fueron adquiridas por ricos elementos oligárquicos regionales, quienes se reacomodaron y terminaron reproduciendo las mismas estructuras coloniales.

Después de la caída de Bolívar, el país se entregó a la tarea de buscar un ordenamiento interno y una coherencia como Estado. Aquí detectamos, a nuestro juicio, uno de las más profundas diferencias entre Perú y Chile que, según los peruanos, ha existido: la institucionalidad de nuestro país. Según la visión clásica de la historiografía tradicional chilena, muy leída por los estudiosos peruanos, por esos mismos años en Chile, después de una década de ensayos y errores, Diego Portales Palazuelos habría logrado estabilizar el país y darle una institucionalidad (ver próximo capítulo). Sin embargo, en el Perú sucedió todo lo contrario. La debilidad estructural de la nueva república y de su grupo dirigente y patrocinador los echó en brazos de los caudillos militares con el objetivo de salvarla. En el Perú, la aristocracia criolla quedó fuera de juego tempranamente y el mundo civil no tendría una nueva oportunidad sino recién hasta la década de 1870. “*La ausencia de la aristocracia en la dirección político-militar de la Independencia por su ambivalencia*

⁵⁴ *Ibíd.* p. 27.

*y errático comportamiento frente a los españoles, determinó que fuera desplazada por los jefes militares y que como grupo dirigente no figurara en la nueva escena republicana”.*⁵⁵

La situación a partir de entonces se transformó en una desestructuración de la élite peruana, fragmentándose en múltiples señoríos –los “gamonales”- locales, con un poder político cooptado por el aparato militar en su versión caudillista. El Estado peruano funcionó así como una alianza entre estos jefes militares y sus clientes regionales. Así, el principal problema del país post Independencia fue la solución al vacío del poder. Julio Cotler asegura que esta situación fue clave para el posterior desenvolvimiento del Perú como nación y como Estado. *“Con la eliminación del estrato colonial dominante y la desarticulación de las masas populares se produjo un vacío de poder, que ni los jefes militares ni las fracciones oligárquicas pudieron llenar, por su incapacidad de integrarse políticamente y, en consecuencia, tampoco pudo integrar a la población dominada, restando así posibilidades para la construcción real de un Estado y una nación”.*⁵⁶ Esta situación se tradujo en una serie de interminables guerras civiles entre caudillos, que llevó a que los asuntos de orden y unidad nacional merezcan tanta consideración en el desarrollo histórico del país. *“El Perú atravesó a partir de entonces, y hasta fines del siglo (XIX), un proceso aparentemente paradójico: el establecimiento de una ‘situación’ oligárquica sin conformar una fracción hegemónica. De lo contrario, ¿cómo explicar la permanente inestabilidad política que a partir de la Independencia persistiera a lo largo de todo el siglo? (...) Si, por el contrario, se cuestionara la existencia misma de un régimen oligárquico neocolonial, el carácter censitario del voto, la concentración de la propiedad, el mantenimiento de la esclavitud hasta mediados del siglo y el tributo indígena y su condición colonial bastarían para eliminar cualquier duda al respecto”.*⁵⁷

El sur peruano, que históricamente ha constituido una sola zona económica con Bolivia y Arica, estrechó sus vínculos comerciales con Inglaterra por medio de la exportación de lana. La importancia de los propietarios sureños y el histórico engranaje económico regional, de tiempos prehispánicos, incitaron a la secesión de esta zona frente a Lima y el norte peruano, aliándose con la Bolivia de Andrés de Santa Cruz en la

⁵⁵Cotler, Julio. *Clases, estado y nación en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos IEP, Lima, 2005. p. 86.

⁵⁶Ibíd. p. 87.

⁵⁷Ibíd. p. 88.

Confederación Peruano-Boliviana “*que perseguía restablecer la integración de sus territorios. A ella se opuso el gobierno de Chile, a fin de lograr la hegemonía del área del Pacífico sur y para lo que contó con el apoyo de varios generales peruanos*”.⁵⁸ Según la visión de Julio Cotler, podemos advertir en este incidente –que hasta el día de hoy sigue siendo visto en desiguales términos por chilenos y peruanos- la distinta autopercepción nacional y la diferente realidad que tenían ya ambas naciones: para Chile, la guerra con el Estado formado por Santa Cruz terminó convertida en una ‘guerra nacional’, mientras en Perú no pasó de ser uno de los tantos conflictos civiles del siglo XIX, aunque reconociendo claramente la intervención chilena y el mando militar del general Manuel Bulnes. En efecto, para Cotler “*mientras los chilenos se ceñían a una motivación ‘nacional’ para oponerse a la Confederación; los peruanos respondían a intereses faccionarios. El triunfo chileno –el primero de una serie sobre el Perú- significó un hito en la consolidación política de la clase dominante de ese país; la derrota peruana, en cambio, no fue sino uno de los pasos de la contradanza política de este país*”.⁵⁹

La oportunidad había sido desechada, según Cotler, en el sentido de aprovechar toda esta movilización para crear o edificar una conciencia nacional, hasta ese momento inexistente en un país con altos grados de heterogeneidad y dispersión. “*No sólo estaba de por medio la profunda división social y étnica entre propietarios –blancos y mestizos- y los campesinos indios y esclavos africanos; sino también el hecho que las movilizaciones no se realizaron convocando a las masas contra una amenaza ‘colectiva’. Así, y a diferencia de otras sociedades estructuradas de manera análoga al Perú, los grupos dominantes vinculados a fracciones regionales, fueron incapaces de crear identidades y símbolos integradores de la población*”.⁶⁰

En esta época aparece el que quizás es el primer formulador del nacionalismo peruano, el sacerdote ultramontano Bartolomé Herrera. “*Herrera incorporará el pasado español en su proyecto. El mismo se refirió al de los orígenes hispánicos, aquél negado por los primeros republicanos. Para Herrera era España, proveedora del catolicismo, de las costumbres y de las leyes, la que ‘nos formó nación’. Al plantear una nueva síntesis*

⁵⁸ *Ibíd.* p. 98.

⁵⁹ *Ibíd.* p. 98.

⁶⁰ *Ibíd.* p. 99.

nacional, la del Perú mestizo, Herrera hizo ingresar el elemento racial a la discusión en torno a la nación peruana".⁶¹ Según la historiadora peruana Carmen Mc Evoy, Herrera sustraía al pueblo de alguna identidad de clase, restaurando el rol mediador de la Iglesia en la sociedad peruana. Sin dejar de mencionar el llamado de Herrera a la formación de una 'aristocracia del saber' y la ciudadanía, similar a la actividad de Andrés Bello en Chile. "*(Bartolomé) Herrera, el reformulador del nacionalismo peruano de la etapa post-anarquía, usó el ejemplo de la nación cristiana por excelencia, el pueblo de Israel*".⁶²

A comienzos de los años '70 irrumpió el civilismo, un partido político cuyo norte fue apartar a los militares del poder y devolverlo a los civiles. Agrupaba a los sectores más acomodados, la intelectualidad limeña y de provincia, sectores medios urbanos, artesanos y magisteriales. Fue, según Mc Evoy, una reformulación de la ciudadanía a nivel nacional. Hizo hincapié en la laboriosidad y una serie de requisitos a cumplir por el ciudadano, reflejando un cambio cultural. Impulsó la modernización, la integración al mundo desarrollado y buscó recrear un mito unificador, proveedor de sentido y coherencia que el Perú, amenazado por la fragmentación política y el caos necesitaban. "*Usó el régimen de autenticidad republicano para movilizar las energías ciudadanas frente a los desafíos sociales y económicos del capitalismo y la modernidad (...) En la búsqueda de una identidad legitimadora, a nivel nacional o internacional, el civilismo reelaboró el modelo inicial de republicanismo, promoviendo en el camino una peculiar revolución cultural*".⁶³

La década de 1840 abrió el camino a la dependencia peruana del guano. La producción de guano se unió a la de las lanas, cobre, algodón, salitre, café, cacao y quinina. A pesar de la enorme importancia de la plata, siempre fue el guano el principal actor en el enorme crecimiento de las exportaciones peruanas hasta comienzos de la década de 1870.

Según Heraclio Bonilla se puede establecer que entre 1850 y 1878 las toneladas de guano exportadas fluctuaron entre los 200 mil hasta 700 mil por año.⁶⁴ Sin embargo, al aumento de hasta 5 veces los ingresos del Estado entre 1847 y 1873, le siguió un correspondiente aumento de 8 veces los gastos en el mismo periodo. "*Más de la mitad de*

⁶¹ Mc Evoy, Carmen: *Forjando una nación*. p. 211.

⁶² *Ibíd.* p. 208.

⁶³ *Ibíd.* p. 238.

⁶⁴ Bonilla, Heraclio: "Perú y Bolivia". En Bethell, Leslie: *Historia de América Latina*. Vol. VI. Cambridge University Press. Editorial Crítica, Barcelona, 1991. p. 212.

*los beneficios del guano sirvió para aumentar la burocracia civil (29 por 100) y militar (24,5 por 100). También se usaron para extender la red de ferrocarriles (20 por 100), para pagar a extranjeros y a nacionales (8 y 11,5 por 100 respectivamente) y para reducir la carga impositiva de los pobres (7 por 100)”.*⁶⁵

Una de las consecuencias de los altos ingresos generados por el *boom* del guano fue el fin del tributo indígena y la abolición de la esclavitud en 1854, lo que trajo como consecuencia la importación de miles de *coolies* chinos a trabajar en las haciendas. “Entre 1850 y 1874, la inmigración china al puerto de El Callao alcanzó una cifra de 87.952 personas; más de una cuarta parte de ellas, 25.303, llegaron durante el bienio 1871-1872”.⁶⁶ Los chinos iban a agudizar la heterogeneidad del Perú.

Al despilfarro de los enormes recursos del guano hemos de agregar la agresiva política de préstamos seguida por todos los gobiernos peruanos durante esta época y que contribuyeron también al descarrilamiento final. Hacia 1872, el Perú tenía una deuda de unos 35 millones de libras esterlinas. En 1876, dejó de pagar su deuda. El país se había acostumbrado a vivir del crédito externo. Lo estaba pagando caro.⁶⁷

En resumen, el Perú hacia el estallido de la Guerra del Pacífico había sido incapaz de constituirse como nación. La marginación de los sectores populares e indígenas; incluso desde el elemento simbólico; el vacío de poder copado por los caudillos militares; la casi total ausencia de una institucionalidad, aunque sea precaria; la falta de integración real del mundo indígena y la incapacidad del Estado de ejercer presencia en todos los rincones del país conspiraron contra ello. .

Siguiendo a Sinesio López, la elite fracasó en su intento de hacer del Perú un país fundado sobre un Estado liberal, ya que fue incapaz de realizar las reformas sociales “antifeudales” que el proyecto demandaba.⁶⁸ No fueron capaces de eliminar los privilegios coloniales (latifundios, privilegios eclesiásticos, diezmos, fueros, mayorazgos, etc.). La institucionalidad de aquellos años se impuso como copia, más que como procesos

⁶⁵ *Ibíd.* p. 213.

⁶⁶ *Ibíd.* p. 214.

⁶⁷ *Ibíd.* p. 215.

⁶⁸ López, Sinesio: *Ciudadanos reales e imaginarios: concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*. Instituto de Diálogo y Propuestas, Lima, Perú, 1997. p. 217.

orgánicos de modernización, como dijo Basadre. “Siguiendo esa pauta, fundaron la República y sus instituciones modernas –la división de poderes, el parlamento representativo, la ciudadanía- sin haber logrado organizar una autoridad pública nacional ni un proceso de modernización económica”.⁶⁹

El vacío producido hizo fácil la llegada del caudillismo. Heraclio Bonilla critica duramente a la élite peruana de los años de la emancipación en referencia a su carencia de sentido de sí mismos y de su rol en la construcción de una unidad nacional. “La Independencia, precisamente, llegó al Perú en una etapa en que su élite no había clarificado ni desarrollado la conciencia de sí misma. Como un grupo distinto y opuesto a España, elemento esencial para la constitución de una ‘patria’ o de una ‘nación’.”⁷⁰ Fernando Iwasaki se hace eco de esta mirada negativa de la élite peruana: “La limitada visión de la aristocracia criolla cerró el paso a la construcción de una verdadera peruanidad en el siglo XVIII. El proyecto nacional indígena no fue asumido por los ilustrados ni siquiera como posibilidad. Así quedó cercenada la Conciencia Nacional en su segunda manifestación histórica”.⁷¹

2.2 La Guerra del Pacífico: los orígenes del Perú moderno. Chile como referente y rival

Heraclio Bonilla relata la siguiente anécdota en su libro “Un siglo a la deriva”:

“Patricio Lynch, el comandante en jefe de la fuerza expedicionaria chilena, visitaba en compañía del almirante francés Du Petit Thouars uno de los hospitales de Lima, luego de las batallas de San Juan⁷² y Miraflores que provocaron la ocupación de la ciudad. Lynch, tratando de explicar las causas de la derrota peruana al almirante francés, se acercó a los heridos peruanos y luego de dirigirles palabras consoladoras, les preguntó separadamente:

‘Y ¿para qué tomó Ud. Parte en estas batallas?’

⁶⁹ Ibíd. p. 217.

⁷⁰ Bonilla, Heraclio; Spalding, Karen: “La independencia en el Perú: las palabras y los hechos”. En serie Perú problema. Instituto de Estudios Peruanos IEP, Campodónico ediciones, Lima, 1972. p. 107.

⁷¹ Iwasaki, Fernando: *Nación peruana: entelequia o utopía: trayectoria de una falacia*. Centro Regional de Estudios Socio-Económicos, Lima, 1988. p. 31.

⁷² Conocida en Chile como batalla de Chorrillos.

‘Yo, le contestó el uno: ‘por don Nicolás’; y, el otro: ‘por don Miguel’.

Don Nicolás, era Piérola; don Miguel, el coronel Iglesias. Dirigió luego la misma pregunta a dos heridos del ejército chileno y ambos le respondieron con profunda extrañeza:

‘¡Por mi patria, mi general!’

Y Lynch, volviéndose a Du Petit Thouars, le dijo:

‘Por eso hemos vencido. Unos se batían por su patria, los otros por don fulano de tal’.”⁷³

Para muchos peruanos, y ciertamente para la mayoría de los intelectuales de ese país, la Guerra del Pacífico fue la hora cero del Perú moderno, el minuto clave del final de un proyecto que, desde la Independencia, nunca logró cuajar y que implicó el colapso absoluto del Estado y el riesgo de su desintegración total. A partir de entonces es otro el Perú, y la relación con Chile que, hasta ese momento era más o menos discreta, tomará un rumbo absolutamente distinto.

Pese a que algunos autores, como Sergio Villalobos⁷⁴, han sostenido que las tensiones entre chilenos y peruanos vendrían de los tiempos de la colonia, nosotros creemos que antes del conflicto Chile no tuvo una importancia especial para el Perú. Hasta 1879 tanto la clase política, como el mundo popular peruano, no tenían en Chile nada más que la idea de un lejano, pobre y pequeño territorio al sur del mundo. *“La variable Chile era marginal, salvo en algunas cuestiones económicas que generaron tensiones menores. No hubo en los gobernantes del Perú, entre 1821 y 1879, una clara comprensión de que Chile era una contraparte sustantiva y desafiante en las relaciones de poder en el Pacífico Sur”.*⁷⁵ Incluso podemos agregar que las relaciones más bien tuvieron un carácter de

⁷³Bulnes, Gonzalo: *La Guerra del Pacífico*. Sociedad Imprenta y Litografía Universo. Valparaíso, 1911. Tomo II. P. 699. Citado en: Bonilla, Heraclio: *Un siglo a la deriva: ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP, Lima, 1980. p. 178.

⁷⁴ Ver: Villalobos, Sergio: *Chile y Perú: la historia que nos une y nos separa, 1535-1883*. Editorial Universitaria. Santiago, 2002.

⁷⁵ Rodríguez Cuadros, Manuel: *La soberanía marítima del Perú: la controversia entre el Perú y Chile*. Derrama magisterial, Lima, 2010. Introducción. p. 21.

colaboración, con momentos cumbres como la Expedición Libertadora⁷⁶ o la Guerra con España⁷⁷, en que chilenos y peruanos combatieron codo a codo contra la intervención europea en las costas del Perú, y que para nuestro país significó el terrible bombardeo de Valparaíso en 1866.

Para Raúl Zamalloa, la Guerra del Pacífico “*puso en evidencia la falta de integración nacional y la existencia de tensiones en circunstancias más normales pasaron inadvertidas (...) “El siglo XIX no presentó cambio significativo alguno y es bajo el impacto de la derrota del 79 que se opera el despertar. ¿Puede extrañarnos la falta de integración nacional?”*”⁷⁸

Para Heraclio Bonilla la situación significó un colapso. “*La palabra ‘colapso’ es probablemente la que mejor expresa la situación del Perú después de la guerra. Colapso, en este caso, traducido en una alteración significativa de la estratificación social. No es otro el significado de la desaparición de la cúpula oligárquica y el tremendo incremento en la pauperización de las clases populares. A este cuadro de base se añade la práctica paralización de la economía inmediatamente después de la guerra*”.⁷⁹

Heraclio Bonilla en su celebrada obra “Un siglo a la deriva” expone con crudeza el trauma de la Guerra del Pacífico y los por qué hasta el día de hoy constituye una materia de controversia siempre vigente en el Perú. No sólo constituyó una derrota militar, sino que además significó una fractura social gravísima, al filo de hacer estallar todas las estructuras del país. De ahí su permanente presencia en la memoria del Perú.

La oligarquía peruana no fue capaz de ponerse de acuerdo con el enemigo *ad portas* de la capital. “*Ni la invasión chilena, ni el colapso económico y militar del Perú hicieron que la oligarquía civilista olvidara su odio social hacia (Nicolás de) Piérola, el aristócrata arequipeño, quien como ministro de (José) Balta, en 1868, le había arrebatado el*

⁷⁶ La Expedición Libertadora fue una operación militar argentino-chilena que tuvo por misión la independencia del Perú. Estuvo bajo el mando del general José de San Martín, formada por tropa argentina y chilena y financiada casi completamente por Chile.

⁷⁷ Conocida como Guerra del Pacífico en España fue una contienda bélica que enfrentó a Chile y Perú aliados frente a España entre 1865 y 1866. La causa del conflicto fue la ocupación de las islas peruanas de Chincha por parte de España, que motivó la alianza chileno peruana, la cual contó con el apoyo político de Bolivia y Ecuador. El conflicto terminó con la retirada de las tropas españolas.

⁷⁸ Zamalloa, Raúl: “El proceso de la nacionalidad”. En Arróspide, César y otros. *Perú: identidad nacional*. CEDEP, Lima, 1979. p. 31-34.

⁷⁹ Bonilla, Heraclio: *Un siglo a la deriva: ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra*. pp. 222-223.

*estupendo negocio del guano para confiarlo al comerciante francés Auguste Dreyfus. 'Primero los chilenos que Piérola', fue el pronunciamiento de la oligarquía civilista".*⁸⁰ La precaria conciencia nacional del país estaba subordinada así a los intereses de clase. *"La guerra nacional entre el Perú y Chile ahora daba paso y acompañaba a una pugna interna mucho más significativa, a aquélla que oponía las diferentes clases y clientelas políticas de una sociedad profundamente dividida".*⁸¹

A partir de entonces se reprodujo en el Perú una situación ya vivida en los años posteriores a la Independencia, en donde el cacicazgo militar apoyado por el terrateniente de turno dio sustento a los distintos poderes. Esta vez, sin embargo, el sustento de apoyo no sería la maltrecha clase terrateniente "gamonalista", sino el ejército de ocupación chileno. *"Los sucesivos gobiernos de Francisco García Calderón (22 de enero de 1881), de Lizardo Montero (6 de diciembre de 1881), de Miguel Iglesias (30 de diciembre de 1882), tradujeron esta inestabilidad, ante la perplejidad de los chilenos quienes no sabían con quién discutir las condiciones de paz (...) La desaparición del Estado oligárquico, como consecuencia de la guerra, revelaba toda la precariedad de la sociedad peruana y la profunda vulnerabilidad de la cohesión obtenida por la dominación oligárquica".*⁸²

Todas las clases dirigentes estuvieron de acuerdo, una vez concretada la caída de Lima, en concertar la paz con el invasor. El único que no se mostró de acuerdo fue el general Andrés Avelino Cáceres, un poderoso terrateniente quién, desde 1882, emprendió junto a sus "montoneras" una resistencia obstinada y sangrienta en las sierras andinas no sólo contra Chile, sino también contra la oligarquía civilista.

Cuando el coronel Miguel Iglesias lanzó su demanda de paz en Montán, la clase dirigente peruana lo saludó con efusividad. Tanto así que se llegó al punto, según Bonilla, de adherir al ejército chileno, comandado por el general Martiniano Urriola, en el preciso momento en que combatía contra éste en el pueblo de Huanta, al mando de Miguel Lazón. Para Bonilla, este hecho constituya quizás "el más trágico epitafio de la historia política de

⁸⁰ Basadre, Jorge. *Perú: problema y posibilidad: ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú*. F. y E. Rosay, Lima, 1931. P. 139. Citado en Bonilla, Heraclio: *Un siglo a la deriva*. pp. 190-191.

⁸¹ Bonilla, Heraclio. *Un siglo a la deriva*. p. 191.

⁸² *Ibíd.* p. 191.

la clase dirigente peruana”.⁸³ Tanto la élite dirigente limeña, como las distintas oligarquías regionales, tuvieron similar comportamiento.

Los saqueos de Lima perpetrados por residentes de la propia capital, y que consistieron en robos, incendios, asesinatos de comerciantes chinos, reflejaron todo esto. Spencer Saint John, ministro inglés en Lima, destacó que *“el movimiento estuvo encabezado por oficiales peruanos uniformados, conocidos por los chinos. Fue una angustiosa noche, puesto que nadie sabía en Lima cuántos sobrevivían del derrotado ejército de 30,000 hombres”*.⁸⁴

Para Heraclio Bonilla es ésta una de las mejores imágenes de la fractura y conflicto étnico del Perú, situación a nuestro juicio clave y capital para que el país no haya sido capaz de construir una identidad nacional única e inequívoca. Lo que Bonilla quiere explicarnos es similar a las tesis de Alfredo Jocelyn-Holt respecto a la capacidad del Estado chileno durante el siglo XIX de mantener la estabilidad política sustentada en lo que él llamó “el peso de la noche”, es decir, la mezcla de costumbre, represión y carencia de perspectivas por parte de las clases menos favorecidas. En el caso peruano, el equilibrio social era precario, frágil, y una hecatombe como la guerra con Chile hizo saltar en pedazos aquella tranquilidad edificada sobre un volcán.

Todo en contraste con la antigua, pobre, lejana y vilipendiada Capitanía General de Chile, que sí lo había logrado. A partir de entonces, nuestro país para el Perú tendrá una importancia total: primero, por ser el gran protagonista del colapso del antiguo Perú y del momento inicial del moderno, a modo del *“enemigo de siempre”* o del *“otro”*; segundo, por ser Chile a partir de entonces un referente para los peruanos, debido según ellos principalmente a su institucionalidad, la cual le permitió ganar la guerra, en primer lugar, y ser un país más desarrollado que el Perú hasta el día de hoy, en segundo lugar.

La Guerra del Pacífico en el Perú provocó un caos social de grandes magnitudes. No sólo los indígenas estaban en una situación de dominación, también los negros. En el caso de los primeros, ya libres, y de los chinos, que a causa justamente del fin de la esclavitud

⁸³ Bonilla, Heraclio. *Un siglo a la deriva*. p. 196.

⁸⁴ Spencer St. John a Granville, Lima 22-I-1881; P.R.O., F.O. 61/333, citado en Bonilla, Heraclio. *Un siglo a la deriva*. p. 203.

negra habían llegado en masa al Perú. Entre 1849 y 1874, llegaron unos 92.130 chinos, según Heraclio Bonilla.⁸⁵ Se trataba de grupos muy dispersos, numéricamente inferiores. Será el conflicto con Chile el que cambiará esta situación profundamente.

Los chinos se plegaron desde el principio a las filas chilenas, no por ser antiperuanos o prochilenos, ya que era muy difícil para ellos distinguir los unos de los otros, sino porque *“simplemente, fueron sometidos a una atroz explotación por parte de los terratenientes nacionales (peruanos), y la inserción de ellos dentro de las filas del ejército chileno fue la manera más lógica de traducir y expresar el contenido odio social contra sus antiguos explotadores”*.⁸⁶ El ejército chileno encontró en los chinos a unos buenos aliados, que terminaron siendo informadores, portadores y auxiliares en campaña. Los chinos serían, sin embargo, igual de sometidos y explotados por los chilenos que cuando estaban con sus amos peruanos.

A esto debemos agregar los levantamientos y desórdenes de los indios y mestizos del ejército peruano en desbande, una vez producida la caída de Lima. Estos procedieron al saqueo de las tiendas y a una matanza de propietarios chinos en Lima. En Cañete, la colonia china tuvo que pedir protección diplomática a Inglaterra.

La población indígena del Perú era muchísimo más grande que la de negros y chinos, razón suficiente para que la élite intentara al menos mantenerlos a raya. El propio Nicolás de Piérola se había autoproclamado “Protector de la raza indígena”. Sin embargo, era bien difícil que este inmenso grupo de seres humanos, marginados desde la Independencia, se comprometieran con la defensa de una nación que casi no reconocían.

La caída de Lima provocó muchos levantamientos indígenas, además de la movilización del mariscal Cáceres. *“La profunda segmentación de esta población en diferentes unidades productivas había facilitado hasta aquél momento su control por la clase dirigente. Pero ahora la guerra no sólo dislocó estos lazos de poder y control, sino que estimuló la movilización de los indios. En efecto, la expoliación en contra de la población campesina en cada una de las correrías del ejército chileno, el arrasamiento de*

⁸⁵ Derpich, Vilma: Introducción al estudio del trabajador “coolie” chino en el Perú del siglo XIX, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, tesis 1976: 158-162. Op. Cit. en Bonilla, Heraclio: *Un siglo a la deriva*. p. 204.

⁸⁶ Bonilla, Heraclio. *Un siglo a la deriva*. p. 205.

*sus pueblos, los cupos de guerra impuestos, la destrucción de sembríos, la confiscación de ganado y bienes agravaron indudablemente la condición económica de esta población. (...) La defensa del país iniciada por Cáceres militarizó a los campesinos. Y estas armas no sólo estuvieron dirigidas contra los chilenos sino que, naturalmente, se volvieron también contra sus más antiguos y más directos opresores”.*⁸⁷

Después de la caída de Cáceres, Piérola debió hacer frente a la insurgencia indígena que se mantendría hasta mediados de los años '20. Las motivaciones económicas tuvieron una importancia capital en estas movilizaciones. Otras rebeliones fueron provocadas por los abusos que el Estado y sus funcionarios cometían a veces contra los indios.

¿Cuáles fueron las consecuencias de la guerra para el Perú? La derrota con Chile produjo en el país un imperativo de definición de las que derivarían más tarde el indigenismo y el mestizaje. Pero una de las primeras conclusiones fue el rol del Estado y su fracaso en constituir una nación, un ente que más allá de ser o no democrático pudiera constituir efectivamente esa “comunidad imaginada” de la que hablaba Benedict Anderson.

Miguel de Althaus desmenuza el rol del Estado peruano como una suerte de “Estado fallido”, incapaz de cumplir con un rol histórico de construcción de una unidad nacional, que el conflicto con Chile puso al descubierto y lo hizo urgente. “(...) *el Estado peruano recién independizado y en los años que siguieron no supo o no pudo convertir, asimilar, hacer suyas, o dar contenido de símbolo nacional a las costumbres, creencias, símbolos comunitarios del indio de la sierra ni del hombre de pueblo en la costa (...) Es que no existía una ‘élite’ o ‘clase dirigente nacional’, o sea una burguesía terrateniente o no, que estuviese ligada a la creación de un mercado nacional y a una estructura moderna de la economía*”.⁸⁸

Sin embargo, el autor no se muestra tan categórico como otros intelectuales y rescata la importancia de la capacidad del Estado peruano para sobrevivir a un colapso monumental para, a partir de ahí, sentar las bases de un nuevo proyecto, algo sin duda meritorio. “*Quizá el éxito principal del Estado peruano en el siglo pasado (siglo XIX) fue haber podido implantar un gobierno fuertemente centralizado en Lima que políticamente*

⁸⁷ *Ibíd.* p. 214.

⁸⁸ De Althaus, Miguel: “Identidad nacional y Estado en el Perú”. En *Perú: identidad nacional*. p. 226.

*contrarrestó las tendencias centrífugas de algunas regiones. Por eso es posible pensar que en medio de las nueve guerras que peleó el Perú en el siglo pasado y en medio de las innumerables contiendas interiores se haya ido creando en diversas capas de la población una conciencia quizás algo confundida, pero conciencia al fin, de un símbolo común siempre invocado: el Perú. Y también, el ejército, en sus innumerables campañas con marchas y contramarchas que recorrían todo el agreste territorio del país iba creándose conciencia del Perú como símbolo colectivo, sobre todo frente a Bolivia en la primera mitad del siglo pasado, y frente a Chile, después”.*⁸⁹

Para Carlos Degregori, el problema nacional es al mismo tiempo un problema vinculado al tema indígena. La Guerra del Pacífico “pone en evidencia la incapacidad del bloque oligárquico dominante para consolidar al Perú como nación, incluso para defender el territorio patrio (...) la oligarquía se ve obligada a replantearse el problema nacional y a encarar seriamente el problema indígena. Por un lado, la catastrófica derrota la obliga a reflexionar sobre la fragilidad o inexistencia de la unidad nacional y, por tanto, la precariedad de su dominio. Por otro lado, se ve en la necesidad de responder, acosada por el desarrollo del capitalismo, la insurgencia del movimiento campesino y popular, y las formulaciones de otras clases: la pequeña burguesía y el proletariado”.⁹⁰

Además, advierte que el inicio del indigenismo peruano fue uno de los legados más perdurables de la derrota. “La pequeña burguesía va a desarrollar con más fuerza y nitidez el indigenismo propiamente dicho, como ideología de vieja democracia para la forja de una imagen del Perú integral, que abarca los diferentes campos de la superestructura: política, artes, literatura, etc. Estos sectores hacen su entrada de manera agresiva y rotunda luego de la derrota en la guerra del pacífico, en la figura de González Prada, quien enfila sus ataques contra las clases dominantes”.⁹¹

Pero, además, la Guerra del Pacífico tuvo otra consecuencia de larga duración: la especial relación que, a partir de entonces, han cultivado chilenos y peruanos. Y ha servido

⁸⁹ *Ibíd.* pp. 226-227.

⁹⁰ Degregori, Carlos: *Indigenismo, clases sociales y problema nacional: la discusión sobre el “problema indígena” en el Perú*. Ediciones Centro Latinoamericano de Trabajo Social, CELATS, Lima, 1978. pp. 22-26.

⁹¹ *Ibíd.* p. 34.

también para aderezar un poco más la construcción de la nación a uno y otro lado de la frontera.

En el caso peruano hacia Chile la situación tiene dos componentes: primero, de revancha, de enemistad, de desconfianza hacia un país visto no sólo como agresor, sino como eventual amenaza permanente. La indefinición de Tacna y Arica durante 50 años, tiempo en que Chile estuvo tratando de adueñarse definitivamente de ambas, según la óptica peruana, hizo que las heridas de la guerra perduraran por muchos años más.

José Rodríguez Elizondo, periodista, abogado y ex diplomático, gran conocedor del Perú, país en el que vivió casi una década trabajando en importantes medios como Caretas, nos dice que *“cuando llega la guerra, el Perú consolida una percepción de monocausa, porque los países tienden a simplificar la historia. Y sobre todo luego de una guerra fratricida entre dos países vecinos queda muy claro en la percepción iconográfica cultural, mejor dicho de los pueblos, que hay una sola causa de esto, y esa es Chile. Entonces, todo el rencor se sintetiza en Chile. De ahí viene el calificativo que merece la guerra con Chile de ‘guerra infausta’, calificativo que no tienen las otras guerras que enfrentó el Perú. Además, Perú perdió mucho más territorios con Brasil que con Chile”*.⁹²

El segundo componente es el de espejo, de admiración. Para el Perú, Chile siempre ha sido un referente, un país admirado por su historia, su clase política, su supuesta madurez institucional, su exitosa integración y construcción nacional y en los últimos años su despegue económico. Al asumir el mando, el ex presidente peruano Alan García subrayó que su país superará económica y socialmente a Chile a mediano plazo.⁹³ Una muestra más de que en el Perú, Chile es el principal referente y principal rival, al mismo tiempo.

Rodríguez Elizondo, en su libro *“Chile-Perú: el siglo que vivimos en peligro”*, hace en su introducción un interesante análisis de la relación entre ambos países, centrándose en la visión que se tiene desde el Perú hacia nuestro país. Asegura que la Guerra del Pacífico fue un asunto muy especial, *“en cuanto fue propinado por los remotos provincianos del sur, por los descendientes de quienes habían recibido con temor o respeto a los chasquis*

⁹² Entrevista con José Rodríguez Elizondo. Santiago, 15 de junio de 2011.

⁹³ Diario La Tercera, 14 de mayo de 2008.

del inca, los curacas del conquistador y los enviados del virrey".⁹⁴ Rodríguez Elizondo plantea, en concordancia con la mayoría de autores peruanos, que el tema de la guerra fue un trauma para el Perú, país que a partir de entonces inició una dolorosa autoflagelación. *"Lo grave –dice– fue que, a poco andar, se convirtió en clave unívoca para la interpretación histórica. Como tal se desarrolló durante todo el siglo XX, transmitiendo amargura a la posteridad y ocultando verdades molestosas (...) La ecuación final indujo, entonces, a una historia oficial que equilibraba la previa subestimación de los chilenos con el rencor por la guerra perdida."*⁹⁵

El autor plantea que el imaginario peruano terminó convencido de que las armas chilenas *"fueron el factor maligno absoluto de la historia del Perú. Desde tal enfoque, la Guerra del Pacífico emergía como la madre de todas las guerras –'la guerra infausta' por antonomasia- y los chilenos asumieron el rol de 'el enemigo de siempre'"*.⁹⁶

El historiador Joseph Dager, doctor en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y director del Archivo Histórico de Lima, sostiene que *"mi percepción es que querámoslo o no, aunque nuestras relaciones no se inician con la guerra, al final la percepción que hoy tenemos del otro siempre va a terminar en la guerra. Y mi percepción es porque en el fondo ninguno de los dos consideramos a la guerra como un hecho del pasado. Creo que Chile no termina de darse cuenta que la guerra ya pasó y que por lo tanto no es el país ganador. Fue el país ganador, y ¿quién va a negar que ganara la guerra y cómo la ganó? Pero a veces hay ciertas actitudes, que este diplomático chileno (José) Rodríguez Elizondo definía como actitudes de soberbia frente al Perú, que reflejan que en el fondo se siguen sintiendo ganadores de la guerra, o ciertas actitudes demasiado susceptibles de nuestro lado que, en el fondo, podrían demostrar que seguimos sintiéndonos perdedores de la guerra. Y sin duda, uno ganó y el otro perdió, pero ya fue"*.⁹⁷

Cristóbal Aljovín de Losada es Historiador de la Pontificia Universidad Católica del Perú y doctorado por la Universidad de Chicago (1996) nos dice que el factor Chile

⁹⁴ Rodríguez Elizondo, José: *Chile-Perú: el siglo que vivimos en peligro*. La Tercera Mondadori, Santiago, 2004. p. 23.

⁹⁵ *Ibíd.* pp. 23-24.

⁹⁶ *Ibíd.* p. 24.

⁹⁷ Entrevista con Joseph Dager, Archivo General de Lima, 25 de agosto de 2010.

es “bastante importante a partir de la Guerra del Pacífico, no antes. A partir de la Guerra del Pacífico la elite criolla peruana y ciertos sectores populares pensaron el país a partir de la derrota y constantemente nos estamos mirando frente a Chile. Está esa idea de que Chile tiene una identidad nacional más fuerte que el Perú, entre otras. Antes de la guerra no. Durante y después de la guerra, la nación peruana se define en relación a la chilena”.⁹⁸

Aljovín de Losada destaca uno de los hechos menos recordados por la historiografía chilena, con algunas excepciones como el historiador Sergio González⁹⁹, pero que a su juicio tiene un papel trascendental en las relaciones chileno-peruanas y su rol en la construcción nacional: el asunto de Tacna y Arica y el intento de “chilenización” llevado a cabo por las Ligas Patrióticas en esa zona. “El artículo tercero del tratado de Ancón¹⁰⁰ estipulaba que (el asunto de) Tacna y Arica se tenía que resolver a través de un plebiscito, y la negociación duró entre 1883 a 1929. Fueron décadas y décadas en que el Perú consideró que la guerra fue muy injusta y diversos sectores consideraron que Chile estaba jugando sucio en las negociaciones. Es una suerte de tratado de Versalles que no cerró bien el debate. Entonces, no sólo es la guerra, sino también el proceso de negociación de Tacna y Arica, son 40 años en que cada semana salían anuncios con parte de la negociación. El artículo tercero es muy claro y dice que tenía que organizarse un plebiscito a los diez años y nunca se organizó. Y toda la política exterior del Perú estaba orientada a la recuperación de Tacna y Arica. Te darás cuenta de esa dimensión, no fue una guerra que se cerró, sino que continuó hasta 1929. Entonces, son dos factores: la guerra y todo el proceso de negociación post tratado de Ancón. Es importante conjugar las dos cosas para entender cierta cultura antichilena del Perú.”¹⁰¹

Jorge Ortiz Sotelo es capitán de fragata en retiro, graduado en Historia en la Universidad Católica de Lima y además doctor en Historia Marítima en la Universidad

⁹⁸ Entrevista con Cristóbal Aljovín de Losada, Lima, 28 de agosto de 2010.

⁹⁹ González, Sergio: *La llave y el candado: el conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)*. LOM Ediciones, Universidad de Santiago de Chile, 2008.

¹⁰⁰ El Tratado de Ancón, firmado entre Chile y el Perú el 20 de octubre de 1883 puso fin a la Guerra del Pacífico y entre sus disposiciones estipuló que Chile se quedaba a perpetuidad con la provincia de Tarapacá, y que Tacna y Arica lo estarían por un periodo de diez años, al cabo de los cuales se debería realizar un plebiscito que decidiera su suerte. El plebiscito nunca se realizó y Chile mantuvo bajo su soberanía a ambas ciudades hasta el Tratado de 1929, que devolvió Tacna al Perú y ratificó la soberanía chilena en Arica.

¹⁰¹ Entrevista con Cristóbal Aljovín de Losada, Lima, agosto, 2010.

Saint Andrews, en Escocia y Secretario General de la Asociación de Historia Marítima, autor de numerosos libros de la historia marítima de su país, como “Miguel Grau: el hombre y el mar” (2003) y sobre todo “Monitor Huáscar: una historia compartida”, en conjunto al fallecido historiador naval chileno Carlos López Urrutia. Respecto al rol jugado por Chile en la construcción nacional en el Perú, Ortiz nos dice que *“el papel de Chile se centra fundamentalmente en la Guerra del Pacífico. Este hecho marca la construcción de la nación. Y la marca no solo por la forma como se da la guerra, que tiene dos momentos: uno es la guerra tradicional, que se va a dar en la costa, donde las fuerzas en contienda son más o menos parejas. Es básicamente un Perú costero que se enfrenta a un Chile costero. Y después viene la guerra de la sierra, que es una guerra salvaje, que se sale de los marcos normales y que marca profundamente a la élite peruana, ya que en el Perú, si bien la costa es lo predominante, lo que marca el alma del país es la sierra. Entonces, sí existe esta impronta del Chile que va marcando estos espacios por reacción. Hay danzas andinas que se refieren a la guerra, cosas de ese tipo que han permeado en la cultura. La (Guerra de la) Confederación no, la expedición de reconquista tampoco. La Guerra del Pacífico sí marca el nervio sensible de la cultura peruana que es el mundo andino”*.¹⁰²

Ortiz Sotelo hace referencia también al asunto de Tacna y Arica, asunto que, a su juicio, contribuyó a marcar profundamente las relaciones entre ambos países. *“El tema de Tacna y Arica marca profundamente a la comunidad peruana. Mi abuela nació en Iquique, su madre era de Moquegua, pero es una familia peruana. En la casa de mi abuela el tema era presente, mi bisabuela vivió todo aquello. Eso marca de este lado del país, aunque la huella profunda creo que está en la impronta que dejó en la sierra. Y como contraparte marca una suerte de tensión permanente en la relación que, guardando las distancias, se vivió el fenómeno inverso con Ecuador, donde la construcción de la nación se hace por oposición al Perú. Algo que más o menos ocurre en todas partes del mundo, ¿no? El papel de Chile es ese”*.¹⁰³

Junto con eso nos explica que, desde los tiempos de la Independencia, Chile logró emanciparse económicamente del Perú, manteniendo un cierto temor a volver a caer en una dependencia peruana. *“Desde mi punto de vista lo que persiste es el temor de volver a caer*

¹⁰² Entrevista con Jorge Ortiz Sotelo, Lima, 3 de septiembre de 2010.

¹⁰³ Jorge Ortiz Sotelo, entrevista, Lima, septiembre de 2010.

bajo la influencia peruana. Y lo de Portales es eso, en el fondo hay esa percepción en la elite chilena hasta el día de hoy. Eso marca la relación consciente o inconscientemente, es un tema que está ahí, de larga duración en el tiempo. En el caso chileno es un factor de cohesión inicial que posteriormente se le bautiza como 'doctrina portaliana', que como tal no existe, pero que está ahí, es una suerte de 'chip' en la memoria colectiva ante la posibilidad de un vecino que eventualmente puede ser más poderoso. Esa es mi percepción del asunto."¹⁰⁴

El ex capitán de fragata de la Marina peruana sostiene que Chile *"sigue siendo un referente. Desde mi percepción se le ha seguido viendo como una suerte de competencia y amenaza, eso no ha variado. En el colectivo eso está. Hay una fuerte vivencia que está presente todavía en el Perú de los recuerdos de la guerra, quizá no necesariamente expresado de esta manera, pero sí hay este tipo de reacciones. Y de otro lado, Chile ha tenido éxito, éxito económico. Es un país más estable, es un país que construyó nación, o inició su proceso de construcción de nación desde espacios más pequeños y con una élite más coherente. Entonces, claro, el éxito en la guerra les permitió avanzar. Al margen de los problemas vividos durante el siglo XX, han tenido más estabilidad que nosotros, y esto ha generado una imagen a veces envidiosa, a veces de referencia. El discurso de (Alan) García poco después de iniciar su gobierno fue "vamos a alcanzar a Chile". O sea, el referente sigue siendo Chile. Para bien o para mal. Y eso es lo que está presente en el país"*.¹⁰⁵

El principal factor que suelen esgrimir desde el Perú con respecto a la desconfianza con Chile apunta hacia el tema del pasado en cuanto a la actitud chilena para con sus vecinos. Sotelo: *"Nuestra relación todavía está demasiado influida por los fantasmas del pasado. Y este asunto de los fantasmas del pasado se vuelve más denso a veces porque durante mucho tiempo hemos también tenido la percepción de una política exterior chilena quizá arrogante respecto al Perú. Y esto no es sano. La discusión sobre el Huáscar, que regresa de tanto en tanto, el tema marítimo... Entonces todas estas cosas reflejan una actitud por el lado chileno digamos, un sentimiento a veces, ultra nacionalista. En el caso chileno eso es muy marcado, muy centrado en las fuerzas armadas, en la cancillería*

¹⁰⁴ Jorge Ortiz Sotelo, entrevista.

¹⁰⁵ Jorge Ortiz Sotelo, entrevista.

*chilena y en algunos grupos económicos. Yo veo ahí una actitud a veces muy dura que acá evidentemente resiente. Hoy, mi sensación es que Chile es un referente porque es un país que ha alcanzado un mayor éxito en algunas cosas, pero por otro lado la percepción del Perú por parte de Chile también es curiosa, porque de alguna manera también es un referente, un referente cultural”.*¹⁰⁶

Julio Cotler, afamado y prestigioso sociólogo del Instituto de Estudios Peruanos, nos cuenta que *“desde la gran derrota, para los grupos intelectuales fue siempre la confrontación: por qué Chile sí y Perú, no. Chile había sido una capitánía perdida, un país chiquito. En cambio, nosotros habíamos sido la capital del imperio, la capital del virreinato, y con la guerra recién vinieron a hacer el descubrimiento de que ahí en Chile hubo una clase, y aquí no la hubo. Que aquí esto era una masa amorfa, allá en Chile había una cuestión orgánica, hubo Estado”.*¹⁰⁷

El trauma de la derrota indujo a los peruanos a buscar explicaciones que les permitieran comprender tamaña catástrofe. Y el fantasma de Chile y su devenir se hicieron desde entonces presentes como antagonista y referente. Cotler: *“Permanentemente la gente te va a hablar aquí de Portales. Allá hay Estado, yo mismo lo digo, he puesto tantos ejemplos de la vida cotidiana, del respeto a la autoridad, a las reglas. No es el país perfecto, pero de que relativamente hay cosas que forman parte de una vida republicana, estatal, mientras que acá no. Entonces toda la vida ha habido esa confrontación. Por un lado es el país que nos derrotó, que siempre nos gana, es el país que nosotros aspiramos a ser. Lo tienes a Alan García, que dijo que hay que seguir los pasos, hay que ser como ellos. Entonces, hay cierta ambivalencia”.*¹⁰⁸

Eduardo Toche, historiador, investigador y analista político del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo del Perú dice que *“en efecto la guerra del Pacífico es el punto fundante del Perú moderno. Tenemos, si nos ponemos a hacer un esquema, a Chile como el punto de referencia hacia afuera, sí lo es. La guerra fue una cuestión de si podías sensibilizar fibras patrióticas en un país bien difícil de movilizarlas por sus características. Todos se sienten de alguna manera identificados con una amenaza, y la amenaza se*

¹⁰⁶ Jorge Ortiz Sotelo, entrevista.

¹⁰⁷ Julio Cotler, entrevista, Lima, 7 de septiembre de 2010.

¹⁰⁸ Julio Cotler, entrevista.

configuró por este sentimiento de los sectores dirigenciales que es volcada hacia el sistema educativo. En la educación eso se cultivaba y lo que se transmitía era esto, aquí hay una herida y una cuestión por saldar.”¹⁰⁹

Por su parte, José Robles Montoya, oficial de ejército ®, máster en administración de empresas, analista de seguridad y defensa nacional, autor de “De la disuasión a la cooperación: dos siglos en la relación Perú-Chile”, publicado por la Revista Fuerzas Armadas y Sociedad, 2006, sostiene sobre el papel de Chile en la construcción de la nación en el Perú que *“lo de Chile, más que una construcción, ha sido un pretexto que se ha utilizado para invocar nacionalismos. Es indudable que los primeros años posteriores a la guerra con Chile sí puede haber sido un aglutinador, catalizador, potenciador del concepto de nación peruana. A mediados de la década de 1910 la idea de Chile como principal responsable de la creación de la nación peruana, el aglutinante, dejó de tener fuerza, salvo en Tacna. En Tacna todavía mantiene algún que otro hijo de plebiscitario que tiene enraizada esa traición. Ya después de las tres primeras décadas después de la guerra el problema de Chile se empezó a utilizar como pretexto. Cuando las cosas estaban mal en el Perú se creaba algún foco de tensión y todos se aglutinaban. En Chile no se necesita tanto porque tienen un proceso mucho más institucionalizado. Creo que Chile fue después de los años '50 el pretexto para aglutinar, que cada vez tiene menos resultados porque la gente está pensando, estamos comenzando a ver que no solamente es una cuestión de entrarnos a trompear”.*¹¹⁰

La Guerra del Pacífico demostró, además, que el Perú tampoco poseía un proyecto nacional coherente. Desde entonces, el contraste con Chile ha sido permanente, ya que el Perú empezó a ver a nuestro país como un territorio pequeño, pobre y lejano, pero que a pesar de todo tuvo la virtud de encontrar un rumbo fijo, apuntar hacia él y conseguir sus objetivos. Eusebio Quiroz Paz-Soldán lo expresa de manera muy diáfana: *“Chile mostró una sólida coherencia entre sus propósitos estratégicos y políticos con la forma como conducía la guerra, ésta, como desenvolvimiento militar, apoyaba en última instancia, los propósitos políticos, vale decir, el expansionismo territorial y la hegemonía marítima. Con esto Chile llevó adelante la guerra. En cambio el Perú no tuvo, en esos críticos momentos,*

¹⁰⁹ Eduardo Toche, entrevista, Lima, 3 de septiembre de 2010.

¹¹⁰ José Robles Montoya, entrevista, Lima, 2 de septiembre de 2010.

la necesaria unidad, el proyecto nacional, un plan que coordinara la conducción política, los objetivos nacionales y la acción internacional.”¹¹¹

¿Qué serían estos objetivos nacionales? El propio Quiroz Paz-Soldán nos da una pista. *“Un país no puede avanzar hacia la consecución de su destino si no tiene metas, propósitos, objetivos, planes. Sin brújula orientada no se llega a ningún punto; de la misma suerte un país a la deriva, sin definir sus objetivos, tampoco marcha seguro, a ninguna parte. El plan guía y marca rumbos*”¹¹²

Miguel de Althaus nos da también la clave para entender el por qué Chile constituye a partir de entonces un elemento tan importante en la vida peruana. *“La guerra con Chile tiene especial importancia en el desarrollo de la nacionalidad. Es una guerra con características que en el Perú no tenía precedentes porque involucra más que ninguna otra a las distintas capas de la población. La derrota del ejército regular obliga a la conformación apresurada de regimientos de civiles de los más diversos estratos sociales y de las edades más variadas que se explica por la existencia de una identidad nacional que defender. La ocupación de Lima y de distintos valles de la costa por el ejército chileno, y sus incursiones a la sierra produjeron entre distintos pueblos la aversión al extranjero como símbolo y saqueo. Pero allí también se reveló la debilidad del Estado peruano como forjador de una nacionalidad que incorpora a pueblos cuando percibimos la adhesión de los maltratados culíes chinos al ejército, y la diversa participación de la población de la sierra, todavía no bien estudiada, entusiasta con Cáceres, otras veces indiferente sin él*”.¹¹³

Carmen Mc Evoy no se queda atrás y sostiene que *“podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la derrota frente a Chile fue el peor revés que sufrió el país luego de su destructiva guerra por la independencia (...) En pocas palabras, las bases económicas, políticas, ideológicas e incluso geográficas del sueño republicano fueron erradicadas violentamente por la secuela de destrucción física y moral que dejó la guerra*”.¹¹⁴ La misma autora cita a Jorge Basadre, quien sintetiza muy bien lo que significó desde entonces

¹¹¹ Quiroz Paz Soldán, Eusebio: *Cien años después. 1879-1979: reflexiones sobre la Guerra del Pacífico*. Fundación M. J. Bustamante de la Fuente. Arequipa, 1984. p. 31.

¹¹² *Ibíd.* p. 32.

¹¹³ De Althaus, Miguel: *“Identidad nacional y Estado en el Perú”*. p. 227.

¹¹⁴ Mc Evoy, Carmen: *La utopía republicana: ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Lima, 1997. p. 252.

el recuerdo de la guerra para los peruanos y, por ende, su relación con Chile. La Guerra del Pacífico fue para el gran tacneño *“el sacudimiento más grande que el hombre peruano sintió en ese siglo... No hubo existencia de contemporáneo, joven o viejo, varón o mujer, que de un modo u otro no fuera tocado por ese drama (...) el complejo de inferioridad, el empequeñecimiento espiritual, perdurable jugo venenoso destilado por la guerra, la derrota y la ocupación”*.¹¹⁵

Misma sensación experimentó Manuel González Prada, miembro de la élite peruana de la época. Nació en Lima en 1844, vivió en Valparaíso entre 1855 y 1857, combatió a España en 1866 y a Chile durante la toma de Lima. Se dedicó a la química, a la investigación y a la poesía, pero pasó a la historia por su obra *“Páginas libres”*, una descarnada crítica al Perú de sus tiempos, y por haber sido uno de los primeros anarquistas de ese país.

La crítica de González Prada es simplemente hacia *“lo viejo”*. *“Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”* es la consigna.¹¹⁶ Todo aquello que oliera a virreinato, clero, plutocracia y Lima caen en esta definición, que abarca lo político, social, étnico, filosófico, estético y, sobre todo, religioso. Los jóvenes son asociados al libre pensamiento, la abominación al centralismo limeño, la condena del *“blanquismo”* de la costa, la ciencia, la libertad, la fe en el indio. Eso serían los jóvenes. La tradición la define como *“falsificación agridulce de la historia”*.¹¹⁷

González Prada vivió la Guerra del Pacífico, la sintió, la combatió. Por eso tuvo también palabras rudas y violentas hacia un país que en aquellos días no era otra cosa que un invasor. Sólo así se pueden explicar párrafos como este: *“Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas, y nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo, con nuestra severa actitud de hombres, mantendremos al enemigo en continua zozobra, le obligaremos a gastar oro en descomunales armamentos y*

¹¹⁵ Basadre, Jorge: *Historia de la República*, tomo VI, pp. 368-369, 7ª edición, 11 vols. Lima, Ed. Universitaria. Citado en Mc Evoy, Carmen: *La utopía republicana*. p. 292.

¹¹⁶ González Prada, Manuel: *Páginas libres/Horas de lucha*. Prólogo y notas: Luís Alberto Sánchez. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976. Prólogo, P. XIII.

¹¹⁷ *Ibíd.* Prólogo, P. XIII.

*agotaremos sus jugos. Un día de tranquilidad en el Perú es una noche de pesadilla en Chile (...) Trabajemos con la paciencia de la hormiga, y acometamos con la destreza del gavilán. Que la codicia de Chile engulla guano y salitre; ya vendrá la hora de que su carne coma hierro y plomo”.*¹¹⁸

La dureza de las palabras de González Prada no hace más que resumir lo que fue la guerra y el papel que desde entonces ha tenido Chile para el Perú. Son palabras duras, hijas de la derrota y del dolor de la humillación, pero como muestra de gran parte del rol chileno en la historia moderna del Perú son elocuentes: *“Antes que nosotros vayamos hacia ellas, alguien regresará contra nosotros. Chile no olvida el camino del Perú, volverá. Y sus venidas son de temerse, porque recuerdan las invasiones de los humos y las razzias de los árboles: él destruye todo lo inmueble, desde la casa del rico hacendado hasta la choza del pobre indio; él traslada a Santiago todo lo mueble, desde el laboratorio de la escuela hasta el urinario de la plaza pública. Quien fabrique una habitación, trabaje una mina o siembre un campo, debe pensar que fabrica, trabaja o siembra para Chile. La madre que se regocija con su hijo primogénito, debe pensar que ha de verle acribillado por balas chilenas; el padre que se enorgullezca con su hija predilecta, debe pensar que ha de verla violada por un soldado chileno”.*¹¹⁹

El mayor contraste que los peruanos advierten en su relación con Chile es justamente ese. Además, el hecho de que la guerra –**justamente con Chile**– haya provocado el gran colapso peruano del que hablaba Bonilla ha hecho que, especialmente las élites peruanas, tengan una fijación con Chile, no tanto por revanchismo, sino más bien por una mezcla de admiración y referencia. El hecho de que esto haya surgido de la guerra, una guerra muy especial como dice Jorge Ortiz Sotelo, le da a este sentimiento un cariz amargo, que suele verse como revanchista. Al ver que Chile es un país suficientemente organizado, estructurado, coherente, con un objetivo y un discurso, los peruanos han estado desde entonces buscando su propio “camino chileno”, su propia creación de proyectos, objetivos, idearios y sentidos comunes, que les llevarán a un estadio de desarrollo superior. En el Perú, la máxima es algo así como “Si Chile lo hizo, ¿por qué nosotros no?”, en un lejano resabio de la superioridad virreinal ante la humildad de la lejana colonia sureña.

¹¹⁸ *Ibíd.* p.55.

¹¹⁹ *Ibíd.* p. 56.

Nuevamente Quiroz Paz-Soldán: *“el proyecto nacional –del que hablamos- no es circunstancial, no es tampoco un asunto de emergencia, se trata de un proyecto orgánico, complejo, que integra los aspectos fundamentales de la existencia del país con la mira principal de conseguir la unidad nacional y la de trabajar alrededor de objetivos esenciales cuya consecución debe ser interés de todos los peruanos”*.¹²⁰

Heraclio Bonilla, haciéndose parte de quienes piensan que la guerra con Chile significó para el Perú el inicio de su camino moderno dice: *“La forma como el Perú se ‘reconstruye’, es decir el nuevo alineamiento interno de sus diferentes fuerzas sociales, así como la nueva naturaleza que reviste su inserción en el mercado internacional, hacen de los años inmediatos de la posguerra el punto de partida del ordenamiento del Perú contemporáneo”*.¹²¹

Sin duda alguna, el Perú no sería lo mismo de antes y a partir de ahí el escenario político del país se verá permanentemente condicionado por este factor, que acentuó en algún punto las contradicciones internas del Perú. *“Por si esto fuera poco, el conflicto con Chile al revelar lo que González Prada llamará ‘las llagas purulentas’ de la sociedad peruana, inspiró el nacimiento de las ideologías radicales que cuestionarán la esencia y la legitimidad de la dominación oligárquica”*.¹²²

Julio Cotler sostiene que hoy en día que Chile *“para la gente, cierta intelectualidad, ciertos políticos, es una presencia. Para otra gente es la amenaza. Hay un rechazo muy fuerte porque se ve como una amenaza, que se quieren agarrar Arequipa, que porque no tienen agua se van a querer agarrar el lago Titicaca... El mundo de la fantasía y el temor está permanentemente ahí. Al mismo tiempo, es la envidia para unos y para otros el modelo a seguir. Si los militares dicen ‘un general en Chile gana el doble al de acá’, ‘en Chile hay esto aquí no’, ‘en Chile esto otro’. Siempre el punto de referencia y al mismo tiempo el punto de contra”*.¹²³

El planteo de Cotler además aventura de que de no haber existido la Guerra del Pacífico nuestro país sería igualmente visto como referente por el Perú: *“La*

¹²⁰ Quiroz Paz Soldán, Eusebio: *Cien años después*. p. 32.

¹²¹ Bonilla, Heraclio: *Un siglo a la deriva*. p. 223.

¹²² *Ibíd.* p. 225.

¹²³ Julio Cotler, entrevista, Lima, septiembre de 2010.

*institucionalidad chilena es lo que todo el mundo añora. Porque no es únicamente al nivel del Estado ni las cosas militares, es la vida cotidiana. Chile es un modelo a seguir, para el sector empresarial, el sector político, el Apra, es un modelo a seguir. Estabilidad institucional, inversiones extranjeras, etc.”*¹²⁴

Joseph Dager dice que *“Chile, dentro de la construcción del imaginario popular peruano es siempre un referente. Lo ha demostrado el mismo presidente (Alan) García. En su campaña presidencial una de las cosas que decía con mucha reiteración era que él quería que el Perú fuera mejor que Chile. Lo cual está muy bien, ¿quién puede decir que un deseo de esa naturaleza esté mal? Pero obviamente no tiene el mismo impacto decir ‘quiero que el Perú sea mejor que Chile’ que decir ‘quiero que el Perú sea mejor que Brasil’, aunque Brasil esté mejor, o ‘mejor que Suiza’. Si vamos a ser mejor que Chile la cosa es un poco diferente. Chile está mucho más presente en la construcción de este imaginario nacional. No es un constructor, no contribuye a la edificación nacional, pero digamos que la guerra, la ocupación posterior, el haberse quedado con territorios, la misma soberbia hace que en el discurso ideológico político nacionalista del XIX y de hoy la variante de Chile siempre está ahí. Es un tema que, tanto en el Perú como en Chile, rinde frutos. Zanjar, arreglar totalmente el problema con Chile, nos haría perder un motivo, y creo que a Chile también. Creo que es fundamentalmente por eso porque se han dejado pendientes algunas cosas.”*¹²⁵

Cristóbal Aljovín de Losada insiste en el aspecto referencial que Chile ha tenido para el Perú, especialmente respecto a su formación institucional. *“Ha habido varios momentos en que el Perú vio a Chile como un prototipo. La lectura del siglo XIX es por qué el Perú no tuvo un Portales. Esa estabilidad decimonónica chilena. Lo que es verdad es que Chile ha implicado una serie de transgresiones en torno al Perú, obviamente con fuerte antichilenismo, pero con mucha admiración también”.*¹²⁶

Finalmente, Alberto Adrianzén piensa que las relaciones peruano-chilenas han terminado por ser contradictorias, destacando la necesidad de Chile de ciertos acercamientos para con el Perú. *“Creo que las relaciones con Chile son unas relaciones*

¹²⁴ Julio Cotler, entrevista.

¹²⁵ Joseph Dager, entrevista.

¹²⁶ Cristóbal Aljovín de Losada, entrevista, Lima, agosto de 2010.

*ambiguas. Es una relación de cercanía y lejanía, amor y odio. Chile siempre ha estado muy presente en nosotros. Yo creo que se requieren más hechos simbólicos porque el problema que tenemos es histórico. El problema es que nos reconozcan algo de lo que nos ha pasado. Lo nuestro fue un trauma, murieron familias, saquearon ciudades, nos llevaron cosas, colapsó el Estado, liquidó la modernidad peruana”.*¹²⁷

2.3 De la irrupción indigenista a “cholificación”

La Guerra del Pacífico no sólo inauguró la vida del Perú moderno, no sólo creó la “némesis” de la peruanidad con Chile, sino además contribuyó a buscar una nueva forma de interpretación de lo peruano a través del indio y, más tarde, del mestizo. Gracias a talentos como José María Arguedas, Manuel González Prada, Ciro Alegría y José Carlos Mariátegui el indígena y el mestizo peruano asumirán el rol protagónico de la “cuestión peruana” en el siglo XX. Pero no han logrado, hasta el día de hoy, integrarse realmente dentro de un pensamiento “nacional”.

En estos años de economía primaria exportadora, atracción de capitales extranjeros y promoción de la inmigración europea, el tema indígena por primera vez se trató de forma más o menos importante. *“Pensaron que el Estado debía empezar a asumir un rol moderador, promotor e integrador y que el ejército, la educación y la salud pública debían servir para integrar y formar a la población indígena (...) añadieron la profesionalización del ejército y su sometimiento a la autoridad civil, lo que lograron por un tiempo, así como el desarrollo de la educación básica y de la sanidad pública”.*¹²⁸

La educación y la salud empezaron a verse como instrumentos civilizadores, formadores de ciudadanos y una mayor injerencia del Estado en la sociedad a costa de atribuciones que antes poseían las Municipalidades.¹²⁹ Eduardo Toche dice al respecto que *“la solución durante todo el siglo XX en el Perú fue la alfabetización. La escuela es el factor de progreso, lo que genera un mito, el famoso mito de la escuela por si misma era un factor de progreso, fue un mito social que permanece hasta hoy, es decir la cuestión es*

¹²⁷ Alberto Adrianzén, entrevista, Lima, agosto de 2010.

¹²⁸ Contreras, Carlos; Cueto, Marcos: *Historia del Perú contemporáneo: desde las luchas por la Independencia hasta el presente*. Pontificia Universidad Católica del Perú: Universidad del Pacífico, Centro de Investigación: Instituto de Estudios Peruanos, San Miguel, Lima, 2000. p. 188.

¹²⁹ *Ibíd.* p. 189.

que el chico se eduque cueste lo que cueste porque solamente educándose va a progresar. El Estado tuvo un enorme éxito en esto: las tasas del analfabetismo bajaron hasta un 5 o 6%, fundamentalmente mujeres en ámbitos rurales. Expandió infraestructura educativa, difundió ámbitos educativos y finalmente construimos esto como Estado.”¹³⁰

La aspiración de una real integración e inclusión de la población indígena derivó en un enorme esfuerzo por castellanizar a ese sector, alrededor de dos millones de personas de un total de 3.4 que tenía el Perú hacia 1900. Educar era castellanizar. *“La castellanización y la educación constituían los mecanismos culturales de una homogenización forzada, independientemente de si los indígenas asistían de buena o mala gana a la escuela”*.¹³¹

Se crearon Escuelas Normales en Lima y otras ciudades. Las escuelas se duplicaron entre 1905 y 1920, pasando de 1.425 a 3.107, los maestros se triplicaron y la matrícula de los alumnos pasó de 85 a 196 mil.¹³² Aun así los avances fueron lentos. Entre 1902 y 1940 el porcentaje de niños de 6 a 14 años con instrucción había subido de 29 a 35%. Los departamentos de la costa llegaron a porcentajes de entre 37 a 49% en el mismo periodo. La población alfabetizada creció entre el 20 al 42%.

Como este proyecto educativo no trajo los frutos esperados, la vuelta de tuerca fue el bilingüismo. *“El objetivo era aparentemente el mismo -la integración-, pero no se buscaba la homogenización cultural ni tampoco la autonomía de los indígenas, sino su integración a la comunidad política, reconociendo identidades y diferencias”*.¹³³ La educación indígena se organizó en Núcleos Educativos Comunales.¹³⁴ El quechua fue incluido como lengua oficial, por lo que debía ser usado en la enseñanza y en la administración pública. La educación secundaria y la superior también sufrieron un proceso de explosión en estos años. Esto provocó una fuerte caída del analfabetismo, que pasó del 60% en 1940 al 27% en 1972.¹³⁵ Crecieron los colegios secundarios en la sierra, los mestizos accedieron a la educación secundaria y los indígenas que tuvieron igual acceso fueron considerados mestizos en términos culturales.

¹³⁰ Eduardo Toche, entrevista, Lima, septiembre de 2010.

¹³¹ López, Sinesio: *Ciudadanos reales e imaginarios*. p. 220.

¹³² *Ibíd.* p. 221.

¹³³ *Ibíd.* p. 222.

¹³⁴ *Ibíd.* p. 222.

¹³⁵ *Ibíd.* p. 223.

El mundo intelectual ya estaba tomando nota de la importancia del indio. La Asociación Pro-Indígena (1906-1916) formada por Joaquín Capelo, Pedro Zulen y Dora Mayer iba a ser uno de estos focos. José Antonio Encinas, profesor de primaria de Puno, dejó como legado uno de los mejores textos del indigenismo de la época, “Un Ensayo de Escuela Nueva en el Perú” (1932). Había surgido el indigenismo.

Junto a Encinas destacaron Hildebrando Castro y Luis Valcárcel. Este último con su obra “Tempestad en los Andes”, se convirtió en uno de los máximos exponentes del indigenismo en el Perú. Valcárcel asoció el carácter indígena del país a la construcción de la nacionalidad. *“Perú es un pueblo de indios. Significa este hecho la rehabilitación de la mayoría de los pobladores del país. Significa su emancipación verdadera de la esclavitud en que yace. Significa –sobre todo y ante todo- que ha nacido la conciencia nacional, que ya el Perú no es un pueblo caótico y sin rumbo. Sabiéndose el Perú un pueblo de indios, está trazada la ruta que debe seguir. La gran luz que proyecta su propia verdad no ha menester de extrañas y débiles linternas (...)La sierra es la nacionalidad”*.¹³⁶

Nosotros creemos que el indigenismo propició el tercer intento peruano de construir una nacionalidad, después de la Independencia y la Guerra del Pacífico, en medio de una agitación política intensa, el inicio de la migración campo-ciudad y la integración de las masas a la política nacional. *“El indigenismo fue también entendido como la construcción de una nueva identidad nacional cuyo centro fuese la cultura autóctona de origen precolombino que había sobrevivido a siglos de adversidad. En su versión más tibia, el indigenismo rechazó al racismo, criticó los abusos de los gamonales, a los que entendió como producto de la falta de presencia del Estado en las haciendas serranas, ignoró el aspecto económico de la explotación indígena, y promovió la generalización de la educación primaria y del servicio militar obligatorio, que consideraron beneficiosas para los indígenas. En su versión más radical, el indigenismo fue un racismo invertido que proponía la eliminación de las haciendas como la solución al problema indígena”*.¹³⁷

La particularidad del indigenismo, y que ha sido blanco de las más ácidas críticas, es que sus protagonistas no eran indígenas, sino profesionales e intelectuales de sectores

¹³⁶ Valcárcel, Luis: *Tempestad en los Andes*. Edit. Minerva, Lima, 1927. pp. 118-120.

¹³⁷ Contreras, Carlos; Cueto, Marcos: *Historia del Perú contemporáneo*. p. 230.

medios de Lima y provincias quienes, tal vez motivados por la carencia de un elemento nacional unívoco, y por la herencia de la nefasta guerra contra un enemigo supuestamente más maduramente nacional, intentaron retomar el elemento indígena y galvanizarlo como fuente prima de la nacionalidad peruana. *“Esta nueva corriente fue llevada a Lima por escritores, periodistas y estudiantes universitarios de provincias que rechazaron la tendencia positivista que consideraba a los indígenas como una raza inferior que obstaculizaba el desarrollo, o como menores de edad que sólo servían para el trabajo manual, el ejército y la servidumbre. De acuerdo a estos intelectuales, para asimilar a la población indígena al resto del país, su historia y su cultura debían ser revaloradas e incluso elogiadas”*.¹³⁸

En 1919 Augusto B. Leguía asumió la presidencia. Representaba a grupos nuevos empresariales, burocráticos, profesionales y estudiantiles. La clase media urbana. Puso en jaque al “gamonalismo” y a la antigua oligarquía exportadora. Una de sus promesas fue terminar con el problema de Tacna y Arica, cosa que efectivamente lograría en 1929. Con Leguía se reforzó el centralismo limeño y el centralismo estatal.¹³⁹ Durante el “Oncenio” de Leguía, el indigenismo y el elemento mestizo tuvieron un auge demoledor. La aparición del marxismo con carácter indigenista de José Carlos Mariátegui y del APRA de Víctor Raúl Haya de la Torre coincidirían con la migración campo-ciudad, que desembocaría en el lento paso del Perú de ser una sociedad rural a una urbana, donde lo indígena y mestizo se erigiría en centro y donde los militares de los años '70 tomarían como referencia de su construcción nacional.

José Carlos Mariátegui, el padre fundador del marxismo en el Perú, desarrolló una interesante propuesta que explica el atraso económico de su país, la dependencia respecto a la economía mundial y el problema del indio. Mariátegui comenzó a trabajar en pequeñas labores en el diario La Prensa, donde fue escalando gracias a su formación autodidacta e indiscutible talento. Fue exiliado por Leguía en 1919, comenzando entonces un periplo de cuatro años por Europa. Bebió de las plumas de Marx, Engels, Lenin, Gramsci, Sorel y Barbuse. Ya de vuelta en el Perú colaboró algún tiempo con Haya de la Torre, hasta que en 1928 las obvias diferencias entre ambos terminaron distanciándolos.

¹³⁸ *Ibíd.* p. 230.

¹³⁹ *Ibíd.* p. 219.

En su texto ‘Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana’, Mariátegui analiza la dependencia del país del capitalismo exterior aliado con la oligarquía peruana. Los herederos de la antigua nobleza colonial devienen en intermediarios del capitalismo europeo, que desde la Independencia se adueña de la economía peruana.¹⁴⁰

Para Julio Cotler es importante destacar que Mariátegui plantea que uno de los problemas que esta situación genera es la imposibilidad de alcanzar una unidad nacional, ya que al dejar que el “gamonalismo” haga las veces de intermediario entre el indio y el Estado es imposible que la masa indígena se identifique con él. El autor explica que el Perú ha carecido de una “burguesía progresista”, que conduzca el país a la construcción nacional, siendo el socialismo la única alternativa para conquistarla. *“El socialismo aparece en nuestra historia no por una razón de azar, de imitación o de moda, como espíritus superficiales suponen, sino como una fatalidad histórica (...) proclamamos que este es un instante de nuestra historia en que no es posible ser efectivamente nacionalista y revolucionario sin ser socialista: de otro lado no existe en el Perú, como no ha existido nunca, una burguesía progresista, con sentido nacional, que se profese liberal y democrática y que inspire su política en los postulados de su doctrina”*.¹⁴¹

Mariátegui estaba al tanto de la colaboración de todos los elementos populares del país, razón por la cual se la jugó por la creación de la Confederación General de Trabajadores y la cooperación interclasista con el campesinado. *“Mariátegui pensaba en un partido que no limitara su influencia a la clase obrera sino que estuviese en condiciones de movilizar directa e indirectamente al total de las clases populares y muy en especial al campesinado indígena, en pro de sus reivindicaciones y de la revolución nacional”*.¹⁴²

El problema indígena para Mariátegui es un problema nacional y de desarrollo, y pasa por la definición de la propiedad de la tierra y la integración del indio a la sociedad. *“La nueva generación peruana siente y sabe que el progreso del Perú será ficticio, o por lo*

¹⁴⁰Cotler, Julio. *Clases, estado y nación en el Perú*. p. 204.

¹⁴¹ Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Empresa editora El Comercio S.A. Lima, 2005. p. 44.

¹⁴²Cotler, Julio. *Clases, estado y nación*. p. 209.

*menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no signifique el bienestar de la masa peruana que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina”.*¹⁴³

El desarrollo del Perú pasa por la solución del problema del indio. Y el problema del indio pasa por la construcción de una nación que los tenga de protagonistas estelares. *“La solución del problema del indio tiene que ser una solución social. Sus realizadores deben ser los propios indios (...) A los indios les falta vinculación nacional. Sus protestas han sido siempre regionales. Esto ha contribuido, en gran parte, a su abatimiento. Un pueblo de cuatro millones de hombres, consciente de su número, no desespera nunca de su porvenir. Los mismos cuatro millones de hombres, mientras no sean sino una masa inorgánica, una muchedumbre dispersa, son incapaces de decidir su rumbo histórico”.*¹⁴⁴

Víctor Raúl Haya de la Torre nació en Trujillo, en 1895. Desde temprana edad manifestó intereses de carácter político. Estando en la Universidad de San Marcos de Lima, en 1919, fue uno de los dirigentes estudiantiles que dirigió el movimiento de la reforma universitaria, hecho que le permitió conectar con el mundo obrero y popular. *“Haya adquirió la convicción de que, pese a tratarse de realidades aparentemente diferentes, el imperialismo jugaba un papel primordial en la definición de los distintos casos nacionales, así como del papel dirigente que desempeñaban las clases medias en la renovación social que se afirmaba en dichos países”.*¹⁴⁵

En 1923 fue desterrado del Perú por Leguía después de las jornadas del Sagrado Corazón de Jesús.¹⁴⁶ Haya de la Torre emigró a México, donde en 1924 fundó la Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA, como Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. *“Esta organización continental tenía como programa la realización de cinco puntos básicos: la lucha contra el imperialismo yanqui, la unidad política de América Latina, la nacionalización de las tierras e industrias, la internacionalización del*

¹⁴³ Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos...* p. 49.

¹⁴⁴ *Ibíd.* p. 50.

¹⁴⁵ Cotler, Julio. *Clases, estado y nación en el Perú.* P. 193

¹⁴⁶ En un intento de asegurarse el apoyo eclesiástico a su “reelección”, Leguía propuso la advocación del país, en una ostentosa ceremonia pública, al Sagrado Corazón de Jesús. El catolicismo había sido utilizado siempre por la clase gobernante como ideología para legitimar su mandato, pero, con ese acto, Leguía trataba de utilizar su poder en su propio beneficio político personal. Este acto despertó la oposición generalizada, galvanizada por el líder estudiantil de la época Víctor Raúl Haya de la Torre. Las manifestaciones derivaron en disturbios. El presidente Leguía exilió a los principales líderes del movimiento, con Haya a la cabeza. Bethell, Leslie: *Historia de América Latina.* Vol. X, p. 275).

*Canal de Panamá y la acción solidaria con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo. Es decir, un plan decididamente revolucionario”.*¹⁴⁷

El APRA no se definió como un partido de clase. De ahí su gran éxito ya que supo atraerse a su seno a objetivos divergentes, unidos todos por su pauperización y marginación social, política y económica. El análisis de Haya de la Torre no descarta la unión de los sectores populares con la clase media, que a su juicio en los países periféricos es también otra “víctima” del imperialismo. *“Las clases medias en nuestros países, a medida que el imperialismo avanza, ven más restringidos los límites de su posible progreso económico. Son clases súbditas cuyas expectativas de transformación en clases dominantes se detienen ante la barrera imperialista que ya es por sí misma la expresión de una clase dominante que no tolera rivales”.*¹⁴⁸ Por esto reivindica la colaboración interclasista, nacional, en pos de sus objetivos de liberación y resistencia. *“Las clases medias oprimidas y desplazadas por el imperialismo ansían luchar contra él, pero ansían luchar contra el imperialismo políticamente desde las filas de un partido que trate de reivindicarlas también. La tarea histórica de un partido antiimperialista consiste, en primer término, en afirmar la soberanía nacional librándose de los opresores de la nación y capturando el poder, para cumplir su propósito libertador. ¡Difícil y larga tarea en la que la ayuda de las clases medias, beneficiadas por este movimiento libertador se hace necesaria!”.*¹⁴⁹

Para Haya de la Torre, el APRA debía luchar no sólo a modo de resistencia, sino que su objetivo debía ser la toma del poder. En efecto, indica: *“La lucha es, ante todo, una lucha político-económica. El instrumento de dominación imperialista en nuestros países es el Estado, más o menos definido como aparato político; es el poder. Parafraseando al fundador de la Tercera Internacional, nosotros los antiimperialistas indoamericanos debemos sostener que la cuestión fundamental de la lucha antimperialista en Indoamérica es la cuestión del poder”.*¹⁵⁰

Para Julio Cotler, el éxito del APRA se debe justamente a que hizo todo lo contrario del Partido Comunista Peruano. Mientras los comunistas siguieron al pie de la letra las

¹⁴⁷ Colter, Julio. *Clases, estado y nación en el Perú*. p. 194.

¹⁴⁸ Haya de la Torre, Víctor Raúl. *El Antiimperialismo y el Apra*, Ed. Ercilla, 2ª edición, Santiago, 1936, pp. 65-66.

¹⁴⁹ *Ibíd.* p. 68.

¹⁵⁰ *Ibíd.* p. 53.

recomendaciones del *Comintern* (desarrollar la insurrección proletaria, la conformación de sóviets obreros, soldados y campesinos), el APRA de Haya de la Torre tuvo mayor éxito porque apostaba por un nacionalismo de hecho, sustentado en la actitud amplia, inclusivista, de sus acciones. Las ideas de Haya de la Torre apuntaban a una colaboración continental, sin embargo para el caso peruano la mezcla entre migración campo-ciudad, más la actitud inclusiva del APRA, se tradujo en una nueva modalidad de construcción nacional, de carácter político partidista que, por esta y otras razones, tuvo un enorme apoyo masivo, en especial en el norte del país.

Después de la crisis de 1930, el Perú experimentó un notable crecimiento en las exportaciones en comparación con otros países de América Latina. Se produjo a continuación un alza en la inversión extranjera y una incipiente industrialización en los años del primer gobierno de Manuel Prado y durante la dictadura del general Manuel Odría.

La “explosión demográfica” que experimentó el Perú en el siglo XX comenzó en esta época. El censo de 1940 arrojó una cifra de 6.207.967 personas¹⁵¹, con poco más del 50% menor de 19 años. Los avances médicos y sanitarios hicieron posible el acelerado crecimiento de la población del Perú. La población urbana llegó a un 35%, frente al 65% que aún vivía en zonas rurales, lo que ya indicaba que la balanza se inclinaba al lado urbano-costero, en desmedro de la sierra, el histórico reservorio de población del país. Entre 1930 y 1960, el único sector productivo de importancia en la sierra era la minería, frente a los otros sectores productivos como el azúcar, algodón, petróleo, harina de pescado, servicios y manufacturas.

La migración campo-ciudad provocó cambios profundos en la estructura social del país. Los migrantes serranos se agolparon en las grandes ciudades de la costa, especialmente de Lima, demandando servicios de salud, vivienda y educación. No tardarían en convertirse en “objetivos” políticos y de estudios. Aparecieron los “pueblos jóvenes” en las afueras de Lima y otras ciudades.

La urbanización del Perú, el crecimiento de la educación secundaria y superior, más la “nacionalización” de la cultura a través de la radio, revistas y periódicos provocó la

¹⁵¹ Contreras, Carlos; Cueto, Marcos. *Historia del Perú contemporáneo*. p. 257.

aparición de un nuevo personaje social: el mestizo ilustrado, más conocido como “cholo”. Se trataba de hombres “provenientes del mundo campesino, cuyos padres jamás se acercaron a un periódico, eran ahora ‘normalistas’ (profesores secundarios), dirigían publicaciones locales, o habían adquirido profesiones como la de abogado o ingeniero. La sociología llamó a este fenómeno ‘cholificación’; una forma de incorporación de la población campesina a la comunidad nacional.”¹⁵² Sobre este fenómeno, Sinesio López dice que “se trata de una estrategia de aproximación –de tensión entre la integración y la conquista- a lo que hoy existe como una ‘comunidad política tradicional’, redefiniendo su propia identidad indígena sin asumir totalmente la identidad de la cultura criolla occidental, sino dando lugar a una identidad nueva: el cholo”.¹⁵³

Aníbal Quijano dice que el término *cholo* “servía para designar al grupo de mestizos cuyos rasgos físicos eran predominantemente indios, y, por eso, a los sectores socio-culturales que habitaban los poblados españoles y mestizos, bajo la directa influencia de la cultura occidental (o se versión criolla matizada de elementos nuevos de procedencia indígena), que ya no eran indios ni racial ni culturalmente, pero cuya condición de mestizos era una barrera para ser admitidos con todas las consecuencias en la sociedad occidental-española, esto es en la casta dominante”.¹⁵⁴ Sin embargo, a mediados del siglo XX el término había tenido un importante cambio en su significado, asociándose más bien a algo similar al *roto* chileno. “El fenómeno contemporáneo de ‘cholificación’ es un proceso en el cual determinadas capas de la población indígena campesina, van abandonando algunos de los elementos de la cultura indígena x, adoptando algunos de los que tipifican la cultura occidental criolla, y van elaborando con ellos un estilo de vida que se diferencia al mismo tiempo de las dos culturas fundamentales de nuestra sociedad, sin perder por eso su vinculación original con ellas”.¹⁵⁵

La población *chola* “emerge desde la masa del campesinado indígena servil o semi-servil, y que comienza a diferenciarse de ella por un conjunto de elementos que incorpora a su cultura desde la cultura occidental criolla, pero que al mismo tiempo se mantiene

¹⁵² *Ibíd.* p. 288.

¹⁵³ López, Sinesio. *Ciudadanos reales e imaginarios*. p. 225.

¹⁵⁴ Quijano, Aníbal. *Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*. Mosca azul editores, Lima, 1980. p. 56.

¹⁵⁵ *Ibíd.* p. 63.

*ligada a ella porque mantiene, aun modificándolos, un conjunto de elementos de procedencia indígena. De la misma manera, se vincula a la población occidental criolla, a las capas más bajas de la clase media urbana y rural principalmente, sin llegar a identificarse con ellas”.*¹⁵⁶

Durante esta época aparecieron dos escritores que, desde distintas ópticas y con diferentes énfasis, resumieron de manera fidedigna lo que había sido y era el Perú: José María Arguedas y Mario Vargas Llosa (Premio Nobel de Literatura 2010). Arguedas era de origen mestizo, nacido en Andahuaylas en 1911. En *Agua* (1935) mostraba la combinación de lenguas y estéticas de los peruanos, mientras que en *Yawar Fiesta* (1958) habla de los conflictos de la urbanización y la modernidad en la serranía. Finalmente, en su obra más célebre, *Los ríos profundos* (1958) representó las características, costumbres y hechos de la sierra sur del Perú.

Vargas Llosa representó al mundo cada vez más importante y masivo de las ciudades y las clases medias, destacando en sus novelas al hombre común, con sus valores e hipocresías que como telón de fondo narraban las virtudes, miserias y nostalgias del Perú. Sus mejores obras de esta época son *La ciudad y los perros* (1962), *La casa verde* (1966) y sobre todo *Conversación en la catedral* (1969).¹⁵⁷

2.4 La nacionalidad, según los militares

En 1968 asumen el poder un grupo de oficiales del ejército que constituyen el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada (GRFA), quienes justificaron el golpe de Estado contra el Presidente Fernando Belaúnde “*aduciendo la inmoralidad e incapacidad de los ‘políticos’ para solucionar las contradicciones e insuficiencias puestas en evidencia por la movilización popular y, por otro lado, la voluntad así como la capacidad de la fuerza armada, que pretendía representar, para resolver ‘de una vez por todas’ los problemas relativos a la integración nacional y política de la población peruana*”.¹⁵⁸ Era el enésimo retorno de los militares al poder, pero con la enorme salvedad que esta vez

¹⁵⁶ *Ibíd.* p. 65.

¹⁵⁷ Contreras, Carlos; Cueto, Marcos. *Historia del Perú contemporáneo*. p. 296.

¹⁵⁸ Cotler, Julio. “Democracia e Integración Nacional”. En: Cotler, Julio. (et al.) *El Gobierno Militar, una experiencia peruana, 1968-1980*. Editores McClintock, Cynthia, Lowenthal, Abraham F. Instituto de Estudios Peruanos, IEP, Lima, 1985. pp. 40-41.

intentaron representar intereses más amplios que la mera defensa de la patria. Sus objetivos eran la realización de las promesas incumplidas de los partidos políticos, la eliminación de la “dependencia externa y la dominación interna”, que causaban la “desunión nacional” y el “desencuentro” entre Pueblo y Fuerza Armada.¹⁵⁹ En síntesis, un ideario abiertamente reformista y nacionalista, que contrastó de inmediato con todas las experiencias de intervención militar anteriores.

El líder de este retorno de los militares al poder fue el carismático general Juan Velasco Alvarado. En líneas generales podemos resumir, citando a Gilberto Aranda, que el gobierno militar peruano de estos años se orientó a *“disolver los últimos visos del orden oligárquico peruano e iniciar un proceso de incorporación social, mediante la movilización sindical y política, aunque sin legar un estado de compromiso entre los nuevos actores o un consenso político mínimo respecto al proyecto nacional. Lo anterior a la sombra de un Estado intervencionista, bajo un esquema de capitalismo impulsado por la inversión y la propiedad pública y bajo un régimen de proteccionismo económico a la producción nacional”*.¹⁶⁰ El gobierno militar expandió los subsidios y políticas asistenciales, aumentó la participación del Estado en la economía e intentó neutralizar la excesiva dependencia internacional de la economía peruana.

El proyecto militar fue, hasta el momento, el último esfuerzo a gran escala estatal de crear en el Perú una unión nacional, un mercado interno y una efectiva integración. *“(…) el proyecto militar se proponía, de manera general, combinar la acumulación capitalista del Estado y la del sector privado a fin de ampliar, profundizar y homogeneizar el mercado interno, con la consiguiente integración económica y social. En la medida que se lograra dicha integración y se afirmara la democratización social y económica se debería ir forjando la unidad cultural, apoyada de manera especial por la reforma educativa y la estatización de los medios masivos de comunicación, que deberían propiciar el espontáneo apoyo popular al gobierno, consumándose la unión del ‘pueblo’ con la fuerza armada”*.¹⁶¹

¹⁵⁹ Ibíd. p. 41.

¹⁶⁰ Aranda, Gilberto. *Mesías andinos: continuidad y discontinuidad entre Velasco Alvarado, Fujimori y Ollanta Humala*. Editorial Universitaria, Santiago, 2010. p. 93.

¹⁶¹ Cotler, Julio. *El Gobierno Militar*. pp. 44-45.

El grupo de coroneles, encabezado por Velasco Alvarado, que se tomó el poder estaba fuertemente influenciado por la corriente de pensamiento desarrollista cepalina de la época. Además, debe hacerse mención al papel importante que jugó el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM)¹⁶² en el análisis del rol de las Fuerzas Armadas y la Sociedad, una instancia de carácter reformista. Este centro de estudios propició al interior del ejército, desde los años '50, una política desarrollista, siendo una de sus más emblemáticas expresiones el Proyecto de Desarrollo y Colonización de la Selva, elaborado en 1958.¹⁶³

Gilberto Aranda analiza el ascenso del fenómeno militar a fines de los '60 como una respuesta al peligro latente de un conflicto a gran escala entre el orden establecido y la gran masa de excluidos. Una vez más la exclusión del mundo popular, representado en el Perú de manera clara por el mundo indígena, ponía en el tapete la falta de sentimiento nacional. Corregir eso fue la tarea fundamental de los militares. *“Lo anterior implicaba consecuencias relevantes para la seguridad interna, lo que a su vez repercutía negativamente en la consideración militar de la soberanía nacional. En consecuencia se concibió tempranamente el desarrollo económico y la modernización como factores intervinientes en un desarrollo integral que vinculara al Estado con la construcción de*

¹⁶² El ejército peruano empezó a experimentar cambios significativos a mediados de siglo XX. Los lazos con los Estados Unidos se intensificaron en torno a conseguir una mayor modernización, además de las tareas de contención del “comunismo internacional”. Así, en este contexto se creó el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), el cual *“reunió a oficiales de alta graduación y personal ejecutivo de los sectores público y privado, emprendió un análisis de los recursos del país. Los estudios resultantes de ello, dirigidos con creciente frecuencia por tecnócratas de orientación reformista, revelaron que el Perú, en comparación con otros países de América Latina –principalmente Chile– se encontraba en un alarmante estado de subdesarrollo. Esto empujó a los militares a exigir un desarrollo planificado.”* (Bethell, Leslie. *Historia de América Latina*. Vol. XVI, p. 63).

El desarrollo del CAEM inició un nuevo proceso de construcción nacional, que tomaría el poder en los años '60, y que desde su perspectiva contribuyó a crear un nuevo discurso identitario nacional. Julio Cotler cita el siguiente documento que habla a las claras de las intenciones de los militares:

“La triste y deprimente realidad es que en Perú el poder real no lo tiene el brazo ejecutivo, legislativo, judicial o electoral del gobierno, sino los grandes terratenientes, los exportadores, los banqueros y las compañías norteamericanas.” (Bethell, Vol. XVI, p. 63)

El diagnóstico de los uniformados sostenía que la “nacionalización” y reorganización de la producción eran indispensables para mejorar el potencial del país y resguardar la soberanía nacional.

Los militares concluyeron que los esfuerzos en la defensa nacional no debían considerar situaciones sólo de orden externo, sino además interno. Los servicios de inteligencia se perfeccionaron. Las fronteras con Chile y Ecuador eran importantes, pero también la prevención de acciones de la URSS en el “mundo libre”. *“Los servicios de inteligencia sacaron la conclusión de que las causas del movimiento social eran que grandes extensiones de tierra pertenecían a un grupo relativamente pequeño de familias, la pobreza entre los campesinos, el paro en las ciudades, la falta de participación y la alienación política. Así pues, no sólo estaba el país demasiado subdesarrollado para participar en una ‘guerra total’, sino que, además, la población no tenía ninguna identidad ‘nacional’. Tal como señaló un oficial, el país tenía 10 millones de habitantes, pero muy pocos peruanos. Esta diagnosis requería que el ejército participara activamente en la tarea de cambiar las condiciones de vida de la mayoría de la población. Sólo entonces se identificaría ésta con la nación, concedería legitimidad al estado y opondría resistencia a la subversión”*. (Bethell, Vol. XVI, p. 64). En el ejército había nacido una conciencia nacionalista y reformista, opuesta a la convivencia con el APRA.

¹⁶³ Aranda, Gilberto. *Mesías andinos*. p. 94.

una nación, con la garantía de seguridad y armonía de un cuerpo socialmente heterogéneo".¹⁶⁴ En esta fase el factor Chile vuelve a hacerse patente, ya que, según Aranda, citando a Julio Cotler, los militares de la época percibían una “*permanente amenaza*” por parte de los países vecinos, con especial énfasis en Chile. Para el autor, “*los militares evaluaron como posible una invasión chilena al sur del Perú, aprovechando precisamente síntomas de debilidad interna peruana, producto de diferencias sociales y étnicas irreconciliables, reflejo de un componente del discurso de **identidad nacional** que se sobredetermina(sic) respecto de otro (un país adversario tradicional) que observa como amenaza*”.¹⁶⁵

El ejército se apropió de un rol de constructor de un proceso de construcción nacional de carácter vertical. “*El nacionalismo fue concebido como un punto de convergencia de los diversos grupos y clases sociales del heterogéneo Perú, encontrando en el papel reforzado del ejército y las fuerzas armadas el principal soporte del prestigio nacional*”.¹⁶⁶

Velasco Alvarado se apropió de distintos símbolos indígenas en busca de legitimidad en la sierra o la selva, y hasta se hizo eco de las observaciones y críticas de Mariátegui y Haya de la Torre. “*La propia utopía andina fue recogida por el gobierno de Velasco Alvarado como motivo de la cultura popular urbana e incluso fue llevada a la Academia. El mito del Inkarricomenzó a ser estudiado por los intelectuales adictos al régimen, que solían estamparlo en las imágenes de las portadas de sus libros*”.¹⁶⁷

José Robles Montoya analiza el rol del gobierno militar en el mundo indígena. “*Hasta los años '50 no existía realmente una intención de mejorar la situación del indio, y la revolución de Velasco dio un paso importante en ese sentido, ahí el Estado cobra otra visión. De no haber existido la presencia del Estado, del ejército, con más fuerza en esa época, creo que las banderas de Sendero Luminoso hubieran sido lo suficientemente fuertes como para crear un descalabro en el país. Sin saberlo, Velasco le quitó las*

¹⁶⁴ *Ibíd.* p. 95.

¹⁶⁵ *Ibíd.* pp. 95-96.

¹⁶⁶ *Ibíd.* p. 96.

¹⁶⁷ *Ibíd.* p. 103.

banderas de lucha a Sendero. La reforma agraria, la reforma educativa, el campesino, etc. hicieron que la gente del campo repensara su posición.”¹⁶⁸

Se pretendía, en tiempos de Velasco, un país bilingüe. “*El gobierno del general Velasco Alvarado transformó el bilingüismo de estrategia educativa en una política de reconocimiento del mundo andino, cuya lengua, cultura y derecho a la diferencia el Estado reconocía dentro de la comunidad política nacional*”.¹⁶⁹

Lo que los liberales del XIX no habían conseguido suprimiendo la noción de “indio” como “casta” no habían conseguido, sí lo habían logrado para Miguel De Althaus la difusión de servicios públicos estatales. Sin embargo, “*mientras subsistieran feudos en el campo como los del ejemplo del valle de La Convención, habían sectores no incorporados a la nacionalidad en formación y no se podía hablar todavía de la existencia de un Estado nacional en el pleno sentido de la palabra*”.¹⁷⁰

Esta primera fase de gobierno militar finalizó en 1975, cuando el general Francisco Morales Bermúdez derrocó a Velasco Alvarado, dando un giro en 180 grados que llevó al abandono de las políticas asistencialistas y de inclusión popular de su antecesor. Morales Bermúdez le dio un giro al gobierno militar más proclive a lo que en esos momentos se vivía en países como Argentina y Chile, no tanto en cuanto a una situación de violaciones sistemáticas de los derechos humanos, sino en orden a una mayor liberalización de la economía y la relevancia del capital privado. Se intentó el desmantelamiento del asistencialismo de los años de Velasco Alvarado, y se trazaron los acuerdos y el derrotero para el retorno a un régimen democrático. En 1980 finalmente esto se concreta con la elección presidencial de Fernando Belaúnde Terry, el mismo al que los militares habían depuesto en 1968.

La enorme expectativa que produjo derivó en un torrente incontenible de demandas, las cuales no pudieron ser bien acometidas por Velasco Alvarado y los suyos. A nuestro entender, la experiencia militar entre 1968 y 1980 fracasó en sus propósitos finales. La Reforma Agraria no se tradujo en mejor vida para la mayoría de los campesinos, la

¹⁶⁸ José Robles Montoya, entrevista, Lima, septiembre de 2010.

¹⁶⁹ López, Sinesio. *Ciudadanos reales e imaginarios*. p. 223.

¹⁷⁰ De Althaus, Miguel. *Perú: identidad nacional*. pp. 228-229.

dependencia económica extranjera siguió firme y la enorme oposición de quienes no veían satisfechas sus demandas acarreó al régimen a un callejón sin salida. Pero dejó una huella enorme en el desarrollo de un país que, por primera vez desde la Independencia, veía cambiar tan drásticamente su estructura social, política y económica, y que por última vez acometió una política estatal de inclusión, unidad nacional y movilización popular.¹⁷¹

2.5 Epílogo sobre el etnocacerismo: Chile otra vez

Hacia el comienzo de la década del 200 surgió el “etnocacerismo”, una corriente política nacionalista y popular, cuya base hay que rastrearla hasta las raíces indígenas del Perú, de las cuales se ha nutrido. Además, ha utilizado en algunas ocasiones un componente discursivo que algunos señalan como “antichileno”. El actual presidente del Perú, Ollanta Humala, estuvo en un principio fuertemente vinculado a esta corriente.

Para Gilberto Aranda el “*etnocacerismo*” vendría a ser una suerte de nueva articulación entre la tradicional identidad de resistencia aborígen-mestiza (utopía andina) y la versión radicalizada del nacional populismo militar de Velasco Alvarado.¹⁷² Es, sobre todo, “*la renovada y enfática reivindicación discursiva de los componentes mestizos e indígenas con la intención declarada de restaurar un pasado utópico. Desde esta perspectiva, el etnocacerismo constituye una nueva versión de la que diversos investigadores han denominado la utopía andina, que tuvo su origen y profusión en el área de la Sierra Sur*”.¹⁷³ Según el autor hace una clara diferencia con el neopopulismo de los años ’90, pero además se entronca con la primera etapa del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas Peruanas de 1968 a 1975, rescatando parte de su ideario populista clásico.

Aranda además agrega que el “*etnocacerismo*” recoge elementos discursivos que pretenden vincularlo con la doctrina militar del mariscal Andrés Avelino Cáceres, más la visión geopolítica del boliviano Andrés de Santa Cruz y la re-edificación del Tahuantinsuyo. “*(...) el movimiento Humalista constituye un pastiche, o más bien un híbrido político que, a manera de recolección de fragmentos, en forma desordenada, demanda un mayor nacionalismo en la sociedad peruana, la defensa de la tradición*

¹⁷¹ Aranda, Gilberto. *Mesías andinos*. p. 106.

¹⁷² Aranda, Gilberto. “Etnocacerismo o el moderno retorno a la tradición”. Pontificia Universidad Católica Argentina, Instituto de Historia Argentina y Americana, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 2006. p. 13.

¹⁷³ *Ibíd.* p. 43.

indígena (aunque no está directamente vinculado con el movimiento indigenista peruano) y la impugnación del esquema económico neoliberal y de cualquier tipo de influencia extranjera".¹⁷⁴ Aranda describe al movimiento "etnocacerista" como partícipe de la tradición presidencialista-mesiánica que ha caracterizado al país desde los años '20, vinculándola, como anteriormente señalamos, con gran parte del caudal discursivo y reivindicativo del Gobierno Militar de 1968 a 1975. "*(...) se heredó una visión radicalizada y distorsionada de su gobierno que enfatiza el nacionalismo y especialmente el sentimiento antipartidos y antiextranjeros, que hoy significa rechazo a los capitales de origen español, chileno y norteamericano*".¹⁷⁵

El Movimiento Nacionalista Peruano (MNP) apareció en la escena peruana a comienzos del siglo XXI. El actual presidente del Perú, Ollanta Humala, y su hermano Antauro eran los jefes del movimiento, que en sus comienzos usó la vía insurreccional para, posteriormente, aunque con desacuerdos internos, optar por la legalización del movimiento. Una facción del ejército dirigida por Ollanta Humala Tasso, teniente coronel a cargo del Grupo de Artillería Antiaérea con sede en Tacna, recorrió durante semanas la sierra como acto de insubordinación. El levantamiento de Locumba a fines de octubre de 2000 fue seguido de la toma de la ciudad de Ilave en mayo de 2004, que terminó con el linchamiento del alcalde Cirilo Robles Callomamani. La última acción violenta del movimiento fue la famosa toma de una comisaría en Andahuaylas, en enero de 2005, que dejó un saldo de seis muertos. Según explica Gilberto Aranda, estas acciones intentaron emular la Campaña de la Breña (o de la Sierra), acontecida durante la Guerra del Pacífico.

En efecto, en uno de sus textos Antauro Humala hace referencia a una opción "nacional" de lucha. "*(...) reivindica el legado de Cáceres Tayta en cuanto proyecto nacionalista sustentado en nuestro epicentro étnico mestizo que es la raza cobriza. Hablamos, pues, de un etnonacionalismo que en el campo militar se expresó en las campañas altoandinas de la infantería kechua, enmarcada en una doctrina bélica 'made in Perú' que reconsideraba a la Sierra como el escenario ancestral y natural de nuestra*

¹⁷⁴ *Ibíd.* p. 14.

¹⁷⁵ *Ibíd.* p. 16.

milicia".¹⁷⁶ Según Aranda, en el texto se refleja claramente una continuidad con otros movimientos armados del Perú, incluso con Sendero Luminoso y el MRTA en el sentido de constituir "(...) un llamado a la base mestiza peruana –que se denomina ‘cholas’ en el Perú-, y en menor medida a la indígena. Antauro Humala propone reorganizar el Estado con base en una nueva nacionalidad no dominada por las tradicionales elites blancas o mestizas occidentalizadas".¹⁷⁷

El “etnocacerismo” identifica a grupos marginalizados del sistema que han abrazado el discurso milenarista de la utopía andina. Antauro Humala en sus textos recurre a una idealización del pasado incaico. Aranda sugiere que el objetivo final del “etnocacerismo” sería *“la depuración de las elites blancas y corruptas que han detentado y usufructuado el poder de la nación y a su reemplazo por dirigentes mestizos e indios, para desde dicho punto acometer la refundación nacional del Perú”*.¹⁷⁸

Además, el “etnocacerismo” se caracteriza por un fuerte escepticismo ante los partidos, más bien orientándose a emular el desprecio al orden institucional del populismo clásico y el antipluralismo. Postula también una agresiva oposición a la influencia occidental (globalización y neoliberalismo capitalista) y la dependencia de las Fuerzas Armadas peruanas de las doctrinas militares occidentales. De más está decir que este rechazo a lo exógeno se demuestra de manera patente en el ámbito económico, rechazando la apertura económica a grandes conglomerados extranjeros, en particular chilenos y estadounidenses.

El factor Chile entra a tallar en este punto. Según Aranda, el proceso reivindicado por el “etnocacerismo” tuvo su epicentro en el sur andino peruano, justamente el sitio en que se internó la acción bélica chilena en la última, y más compleja, etapa de la Guerra del Pacífico. Las montoneras de Cáceres tuvieron su fortaleza aquí, y la región constituye además *“el epicentro histórico del discurso contestatario y subversivo de raigambre étnica y revolucionaria –por tanto ideológicamente ‘antioccidental’ y mítico- que en el caso etnocacerista alude al teatro de operaciones cacerista, en tanto reemergencia histórica del*

¹⁷⁶ Humala Tasso, Antauro. “Ejército peruano: Milenarismo, Nacionalismo y Etnocacerismo”. Instituto de Estudios Etno-geopolíticos, Lima, mayo de 2001. Cit. en Aranda, Gilberto: “Etnocacerismo...” p. 36.

¹⁷⁷ Aranda, Gilberto. “Etnocacerismo...” p. 36.

¹⁷⁸ *Ibíd.* p. 39.

potencial armado del sector nativo, como lo fue antes la insurrección tupacamarista".¹⁷⁹ Se termina idealizando a los mismos sectores étnicos que encabezaron la resistencia una vez consumada la caída de Lima, en una zona en donde las opciones étnicas han estado siempre vigentes.

Sin embargo, esta importancia de Chile no pasa de acá. Sumado al rechazo a la excesiva apertura económica del país a los inversionistas extranjeros en grandes áreas de la economía, en especial en sectores estratégicos como puertos, el factor Chile a lo más sólo representa ese símbolo mítico y fundador de la época de la guerra. Pese a la percepción que existe en Chile, mediatizada por la prensa nacional que rara vez da muestras de la visión peruana de los distintos temas, el propio presidente Ollanta Humala se ha encargado de rechazar una visión "antichilena". *"Yo no soy antichileno. Lo que pasa es que soy bien peruano y la relación bilateral entre los dos países no es equitativa. Lo que yo rescato es la unidad del pueblo, pero otra cosa es la política de los gobiernos, sobre lo que somos muy celosos. Para construir lazos de hermandad con Chile hay que dar solución a los problemas históricos y coyunturales. Hay que decir las cosas bien claras; creo que ha habido mucha hipocresía en nuestra relación"*.¹⁸⁰ Sin embargo, el propio Presidente Humala llamó a Chile a pedir disculpas al Perú por distintas situaciones, como la Guerra del Pacífico o la venta de armas a Ecuador durante el conflicto armado con Perú en 1995, después de la primera vuelta electoral de 2011. *"Es cierto, le hemos señalado al presidente de Chile (Sebastián Piñera) que una actitud correcta, para dar un buen mensaje y acelerar el mejoramiento de las relaciones bilaterales es que Chile le dé las satisfacciones al Perú"*.¹⁸¹ Una vez más el factor simbólico de Chile está presente, por más que el líder peruano lo rechace.

El día 5 de junio de 2011, Ollanta Humala Tasso derrotó en las urnas a la candidata del fujimorismo, Keiko Fujimori Higuchi, obteniendo un 51,449% de los votos, convirtiéndose así en el actual Presidente del Perú.¹⁸²

¹⁷⁹ *Ibíd.* p. 38.

¹⁸⁰ Humala, Ollanta, entrevista con Aranda, Gilberto. En *Mesías andinos*. Anexos. p. 252.

¹⁸¹ Entrevista a Ollanta Humala en Radio Programas del Perú, 12 de abril de 2011: http://www.rpp.com.pe/2011-04-12-humala-into-a-pinera-para-que-chile-pida-perdon-al-peru-noticia_354727.html

¹⁸² -Resultados oficiales en Oficina Nacional de Procesos Electorales del Perú, ONPE: <http://www.elecciones2011.onpe.gob.pe/resultados2011/2davuelta/>

Capítulo 3: La Nación chilena: una creación estatal

3.1 Un proyecto de la élite

La nación chilena ha sido una creación de las élites a través del Estado. Una vez consumada la Independencia, la élite dirigente se abocó a la tarea de la creación de un núcleo identitario colectivo, no necesariamente democrático, que permitiera de esta manera la integración y participación del conjunto de la población en aras de una nueva época, de una nueva era que se abría.

Hasta ese momento no existía en nuestro país una identidad nacional. Sólo lo que podríamos denominar “protonacionalismo” como dice Alfredo Jocelyn-Holt, aunque a nuestro juicio no se trataría ni siquiera de eso. Muchos autores han intentado ver en los textos de Alonso de Ovalle o de Manuel de Salas una suerte de identidad nacional de unos verdaderos precursores de la Independencia. *“Antes de la Independencia, hay una fuente de identificación regional, basada en parte en la actividad productivo-exportadora, que se vincula a las diferentes esferas económicas que se configuran durante la colonia, refiriéndose al espacio agro-minero del norte chico, el espacio agro-mercantil del valle central, y el espacio agro-mercantil del sur (...) Si bien se reconoce la existencia de un ‘Reino de Chile’, confirmado por sus peculiaridades geográficas, el territorio compartimentado no era criterio suficiente para que emergiera una nación. La lengua tampoco fue motivo de identificación, pues era común a toda Latinoamérica y a España, y en Chile no había grupos lingüísticos radicalmente diferentes, a excepción de los grupos indígenas, que no eran considerados parte del ‘Reino’, y que por lo demás, no alcanzaban a cuestionar la uniformidad de la lengua”*.¹⁸³

Por lo tanto, si en América Latina son las élites por medio del Estado las constructoras de la nación, en Chile ese fenómeno se presentó de manera aún más acentuada. Y, en rigor, ni siquiera habría que hablar de nación, sino más bien de Estado-nación.

¹⁸³ Silva, Bárbara: *Identidad y nación entre dos siglos: patria vieja, centenario y bicentenario*. LOM Ediciones. Santiago, 2008. p. 44.

Para nuestro estudio consideramos que la construcción de Estado nación y de una identidad chilena ha tenido dos procesos. El primero, nacido después de la Independencia y que puso como énfasis la creación de una “comunidad imaginada”, basado en el simbolismo de la lucha contra España, el remoto pasado y legado indígena y la creación de una nueva identidad cívica nacional con eje estatal. La segunda, más autónoma, pero a posteriori incorporado al corpus estatal ya creado, y que se fundamenta en la idea de una supuesta “raza chilena”, a partir de la Guerra del Pacífico y que incorporará definitivamente al mundo popular como actor, ya no sólo como mero partícipe, de esta nación. La mezcla de ambas perdura casi sin cambios hasta el día de hoy.

El más célebre estudio sobre la relación entre el Estado y la nación fue el publicado por el historiador Mario Góngora en 1985. Góngora, en su “Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile” no solamente asegura –a nuestro juicio con razón- que el Estado es el creador de la nación, o del Estado-nación chileno, sino que además legitima, a nuestro modo de comprender, de manera última y final el supuesto legado militar de Chile en torno a su construcción nacional e identitaria.

Góngora sostiene que *“la nacionalidad chilena ha sido formada por un Estado que ha antecedido a ella, a semejanza, en esto, de la Argentina; y a diferencia de México y del Perú, donde grandes culturas autóctonas prefiguraron los Virreinos y las Repúblicas (...) A partir de las guerras de la Independencia, y luego de las sucesivas guerras victoriosas del siglo XIX se ha ido construyendo un sentimiento y una conciencia propiamente ‘nacionales’, la ‘chilenidad’”*.¹⁸⁴

Esta es la principal clave para el autor sobre la cual se ha forjado la nación chilena, dirigida directamente por el Estado. No niega Góngora la existencia de otras, entre las que enumera los símbolos patrios como la bandera, el himno, festividades nacionales, la unidad administrativa, la educación y las instituciones. Pero el punto nodal para Góngora fueron las guerras que, en sus palabras, *“han constituido el motor principal”*.¹⁸⁵ Lo que antes de la Independencia sólo fue un ‘regionalismo natural’, a partir de la emancipación pasó a mutar en algo mucho más complejo y moderno. *“Chile ha sido, pues, primero un Estado que*

¹⁸⁴ Góngora, Mario: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. pp. 71-72.

¹⁸⁵ *Ibíd.* p. 72.

*sucede, por unos acontecimientos azarosos, a la unidad administrativa española, la Gobernación, y ha provocado, a lo largo del siglo XIX, el salto cualitativo del regionalismo a la conciencia nacional”.*¹⁸⁶

Uno de los personajes que tendrá mayor incidencia en la organización de este Estado creador de la nacionalidad recaerá, para Góngora, en Diego Portales. Rescata del ministro su supuesta visión elevada al plantear, en aquella memorable carta a Manuel Blanco Encalada en 1836, que el almirante iría a combatir a la Confederación de Santa Cruz para conquistar la *Segunda Independencia de Chile*. El Estado “portaliano”, para Góngora, existirá como tal hasta 1891.

Góngora coincide con Jocelyh-Holt en el sentido de que el Estado heredó un continuismo proveniente de los tiempos de la Colonia para establecerse, eso de una idea nueva de puro vieja que respondía a la obediencia a la Corona, ahora reemplazada por la República y sus autoridades. Sin embargo, el Estado portaliano que tanto admira Góngora en sus propias palabras no es más que un régimen dictatorial, discrecional, arbitrario, sin base jurídica legítima en el sentido de reconocer y aceptar que la palabra escrita, la Constitución y la ley podían pasar a llevarse de ser “necesario”, como efectivamente lo fue, por el Ejecutivo. La justificación es que, para Portales, el país aún no estaba “preparado” para una democracia real, efectiva y justa.¹⁸⁷ Se separa Góngora de la visión de Estado impersonal de Alberto Edwards y, medianamente en coincidencia con Jocelyn-Holt, advierte que el Estado se apoya en una clase social, o en un grupo dirigente más que en una real institucionalidad. ¿El fin? El orden público.¹⁸⁸ *“El régimen portaliano presupone que la aristocracia es la clase en la que se identifica el rango social, y todos sus intereses anexos, con la cualidad moral de preferir el orden público al caos. Esto sería ‘el principal resorte de la máquina’ en el portalianismo, a nuestro juicio”.*¹⁸⁹

¹⁸⁶ *Ibíd.* pp. 72-73.

¹⁸⁷ *Ibíd.* p. 75.

¹⁸⁸ *Ibíd.* p. 79.

¹⁸⁹ *Ibíd.* p. 80.

El Estado es así una “creación ‘moderna’, nada semejante al mundo hispánico ni colonial, más bien centralizadora a la francesa, con toda la fragilidad de Estados recién nacidos en el siglo XIX, sin ningún sentido sagrado como los reinos medievales”.¹⁹⁰

Una visión algo diferente tiene Alfredo Jocelyn-Holt. Para el autor, más importante que este Estado supuestamente fuerte y organizado fue el peso del orden jerárquico social tradicional. No hubo, de hecho, un cambio **social trascendente** a lo largo de todo el XIX, tampoco en la economía que siguió siendo agraria y exportadora, sin considerar los nuevos yacimientos minerales. Sólo a partir de la década del '20 de la pasada centuria los cambios sociales pudieron llevarse a cabo. Para el autor “no importaba mucho qué tipo de gobierno se adoptaba, o si las leyes, constituciones o instituciones estaban de hecho funcionando; lo que realmente importaba era lo que él (Portales) denominó ‘el peso de la noche’, esto es, la sumisión social de las clases populares, el orden señorial y jerárquico que verdaderamente presidía y gobernaba al país”.¹⁹¹ El poder provenía de una misma clase social, lo que facilitó que el poder tradicional se mantuviera. “Lo que suele aparecer como estado, por tanto, no es más que un poder oligárquico que tiende a confundirse con una estructura supuestamente impersonal. El estado como tal no es otra cosa que un instrumento al servicio de una elite social cuya base de poder residió en la estructura social más que en el aparato propiamente estatal, siendo este último sólo un instrumento auxiliar de la oligarquía”.¹⁹² Y añade: “(...) Podemos concluir, por tanto, que fue la elite, y con ella el orden tradicional, y no el estado administrativo, la principal fuerza política a la vez que la principal fuente de estabilidad social”.¹⁹³

Según Jocelyn-Holt, el Estado chileno una vez consumada la Independencia de España en 1818 no fue del todo lo fuerte que se considera. El tan cacareado orden portaliano que a partir de 1830 rigió al país no fue tal. Jocelyn-Holt sostiene que “(...) el régimen de gobierno, inicialmente por lo menos, y hasta 1860, fue incapaz de consolidar el orden. En los primeros 30 años de la Carta de 1833 el país estuvo casi la mitad de tiempo sometido a regímenes de emergencia, lo que hizo que el orden constitucional operara en un

¹⁹⁰ *Ibíd.* p. 81.

¹⁹¹ Jocelyn-Holt, Alfredo: *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Editorial Espasa Calpe. Buenos Aires, 1997. pp. 26-27.

¹⁹² *Ibíd.* p. 28.

¹⁹³ *Ibíd.* p. 29.

sentido a lo más nominal. Más aún, estallaron por lo menos dos guerras civiles menores y la principal figura política –Portales- fue asesinada”.¹⁹⁴ Por lo tanto, “es una exageración decir que el estado como tal pudo garantizar la coexistencia pacífica o moldear a la sociedad a su antojo mediante políticas públicas”.¹⁹⁵ El Estado chileno durante el siglo XIX, la etapa en la que se construye la idea de nación en Chile, estuvo lejos de ser lo fuerte y organizado que hemos creído, según Jocelyn-Holt.

En cuanto a la idea de la nación, Jocelyn-Holt sostiene que ésta es hija de la Independencia. Rompe así con la visión clásica de la historiografía conservadora que sostiene que la idea de nación se remontaría a fines del siglo XVIII. El autor habla de un “protonacionalismo” perteneciente al iluminismo dieciochesco, pero lejano a la concepción liberal-republicana de la nación, idea clásica del siglo XIX. Por lo demás, este sentimiento no contradice en absoluto la lealtad a la Corona de la élite de aquellos años.

Jocelyn-Holt se hace eco de la tesis de Mario Góngora de que el Estado ha sido el promotor de la construcción de la concepción de nación. “*Con el fin de promover esta concepción, el estado recurrió a todo el instrumental simbólico entonces disponible: retórica, historiografía, educación cívica, lenguaje simbólico (banderas, himnos, escudos, emblemas, fiestas cívicas, hagiografía militar, etc.). Este esfuerzo extraordinario desde arriba resulta en una ‘comunidad imaginada’ que se funda y que es, de hecho, la versión hegemónica del nacionalismo en Chile desde el siglo XIX hasta hoy*”.¹⁹⁶

Como dijo el profesor Joseph Dager, el nacionalismo no significa democracia. Así también lo entiende Jocelyn-Holt, quien plantea que esta construcción nacional desde el Estado responde a un objetivo claro y determinado. “*El nacionalismo es un mecanismo altamente persuasivo del que se sirve el estado liberal-republicano para ofrecer una semblanza de participación popular, en un contexto de limitada participación política real por parte del grueso de la población*”.¹⁹⁷ Así, “*el nacionalismo ofrece una compensación subsidiaria, que reafirma el principio legitimador y, por tanto, cubre la incoherencia*

¹⁹⁴ *Ibíd.* p. 24.

¹⁹⁵ *Ibíd.* p. 25.

¹⁹⁶ *Ibíd.* p. 42.

¹⁹⁷ *Ibíd.* p. 42.

*evidente de proclamar la soberanía popular junto con limitaciones electorales censitarias que reducen fuertemente el universo de votantes calificados para participa en política”.*¹⁹⁸

El Estado, por medio de lo que Jean Jacques Rousseau llamó “religión cívica”¹⁹⁹ pudo llevar adelante numerosos proyectos que, de haber carecido de la existencia de este elemento, tal vez hubiera sido imposible realizarlos, como por ejemplo las guerras internacionales que el país libró durante el siglo XIX. La movilización de vastos sectores populares gracias al influjo de la idea de nación promovida desde el Estado es uno de los máximos logros del aparato estatal chileno.

La construcción de la nación por medio del Estado a la que alude Jocelyn-Holt está lejos de constituir un fenómeno aislado. Más bien todo lo contrario ya que el mismo proceso se dio en los demás países latinoamericanos, con mayor o menos éxito. Y en el caso chileno el autor reconoce que el éxito fue enorme. Cita a continuación los factores que facilitaron el éxito de este proceso. *“Ciertamente, el carácter relativamente compacto del territorio, la ausencia de fuerzas regionales que conspiraran en contra de la centralización, la homogeneidad racial, una Iglesia relativamente débil, y una sorprendentemente quieta y sumisa población en el mundo de la hacienda, ayudaron a acomodar el nacionalismo en Chile. Por lo tanto, no es que Chile haya sido más nacionalista que otros países, sino que aquí fue bastante más fácil que el nacionalismo operara. Eso es todo”.*²⁰⁰

Luego de la Guerra Civil de 1891, que reafirma la tutela de la élite sobre el Estado, vendría la independencia definitiva del aparato estatal con respecto a la clase más acomodada en los años '20 del siglo pasado. Se trata de un poder racionalizado, burocrático y constructivista, legitimado por un apoyo masivo y democratizante.²⁰¹ Y aquí la gran paradoja: han sido las mayorías las que lo han erigido en árbitro de la sociedad desde el punto de vista político, social e, incluso, cultural frente a procesos maximalistas que existieron durante toda la centuria y frente al afán monopolizador de la élite. *“De ahí que al*

¹⁹⁸ Ibíd. pp. 42-43.

¹⁹⁹ Girola, Lidia: *Anomia e individualismo: Del diagnóstico de la modernidad de Durkheim al pensamiento contemporáneo*. Rubi, Barcelona: Anthropos Editorial; México: Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco, 2005. p. 81.

²⁰⁰ Ibíd. p. 44.

²⁰¹ Ibíd. p. 52.

estado, que suele presentarse a sí mismo como impersonal y como un ente que trasciende los conflictos divisivos aniquilantes, se le haya designado la tarea de dirigir a la sociedad".²⁰² El país se ha dejado dirigir por el Estado, al que las mayorías le han delegado todo el poder de decisión, con lo cual sólo se ha acentuado el autoritarismo y se ha extendido en el tiempo la debilidad de la sociedad civil. De ahí que Chile ya no sea un país conservador en lo social, religioso o cultural, pero extienda en el tiempo las estructuras jerárquicas verticales que lo hacen ser un país autoritario. "*(...) la principal idea colectiva ofrecida era la imagen holística de una nación proyectada por el estado administrativo (...) en el siglo XX ha sido difícil que la sociedad civil emerja por sí sola puesto que el estado ha copado la política, la cultura y la nación, gobernando de manera casi suprema*".²⁰³

Jocelyn-Holt es claro al describir los factores que posibilitaron la constitución de este orden fuerte, pero precario. En primer lugar analiza la importancia de la vieja hacienda, que surgió en el Valle Central (*la cuna de lo que es y ha sido Chile*) desde el siglo XVII. Sobre la trascendencia de este tipo de organización económica y social sostiene: "*El agro ha proporcionado un espacio adecuado a fin de arraigar una cultura de corte hispánico local sin que ello significara la negación del legado indígena. El agro posibilitó el mestizaje y el consiguiente sincretismo cultural. Por último, en el mundo agrario se constituyó un orden de carácter señorial configurándose una manera de relacionarse socialmente sobre la base de jerarquías patronales que implicaban contraobligaciones de índole contractual*".²⁰⁴

También le otorga importancia a la relativa, aunque no total, homogeneidad racial que existe en nuestro país, cuya base es el mestizaje del siglo XVII en el Valle Central. "*La sociedad chilena no es una sociedad dual como las hay muchas en Hispanoamérica (...) no se ha dado entre nosotros distancias lingüísticas insalvables, y tampoco ha habido focos de resistencia cultural fundados en grandes civilizaciones pre-hispánicas; en este sentido, el mundo mapuche siempre ha sido un tanto marginal*".²⁰⁵ Asimismo, agrega que la concentración y reducción del territorio –Valle Central– impidió un abierto regionalismo y

²⁰² *Ibíd.* p. 53.

²⁰³ *Ibíd.* p. 55.

²⁰⁴ *Ibíd.* pp. 185-186.

²⁰⁵ *Ibíd.* p. 186.

un desarrollo intensivo hacia adentro.²⁰⁶ También subraya la importancia de ese aislacionismo a causa de las infranqueables barreras geográficas de nuestro país, que no sólo lo han protegido de grandes colapsos y conflictos mundiales, sino además les han permitido afincar el nacionalismo, en el sentido de un proyecto integrador, identitario y participativo.²⁰⁷

Pero el mayor énfasis lo pone en destacar algo que siempre ha sido parte de la preocupación de este historiador: la élite. Se trató de una élite gradualista, defensora de dosis correctas de modernidad y tradición. *“El punto es clave, por cuanto en Chile no hemos tenido una élite tradicional retardataria. Ni el tradicionalismo de corte político o religioso, ni el escapismo apolitizante han escapado a esta elite (...) hemos tenido una elite relativamente abierta en lo social y liberal-secular en su cosmovisión más profunda”*.²⁰⁸

Por último destaca la histórica distancia y escepticismo frente al poder que demuestra la élite. Ya sea gobiernos fuertes, populistas, caudillescos o militares la élite chilena ha sido siempre distante y prudente ante el Estado, tratando siempre de neutralizarlo por medio de gobiernos parlamentarios, oligárquicos, transaccional y poco dogmáticos (lo de hoy no sería entonces para nada nuevo).

Para Gabriel Salazar más que Estado lo que se ha tratado de edificar en Chile desde el siglo XIX es un ‘orden nacional’. Este estaría revestido de rasgos autoritarios, en torno a una elite más o menos homogénea.²⁰⁹ *“Este proyecto de ‘orden y unidad nacional’ ha recorrido nuestra historia desde la Independencia. Si nació bajo la fuerza de las circunstancias (...), a lo largo del tiempo ha dejado de ser sólo una idea o noción de que Chile debería ser gobernado por sus ‘patricios’, para convertirse en un pensamiento político y social influido por ideologías concretas, como el liberalismo modernizador decimonónico o, en época más reciente, el corporativismo, el nacional populismo o los llamados regímenes burocrático-autoritarios”*.²¹⁰

²⁰⁶ *Ibíd.* p. 186.

²⁰⁷ *Ibíd.* pp. 186-187.

²⁰⁸ *Ibíd.* p. 188.

²⁰⁹ Salazar, Gabriel; Pinto, Julio: *Historia Contemporánea de Chile*. Volumen II. LOM Ediciones. Santiago, 1999. P. 15

²¹⁰ *Ibíd.* p. 15.

Salazar crítica las nociones de nacionalismo históricas que han existido en Chile, en donde la historiografía tradicional ha estimado su existencia desde antes de la Independencia, en aquellos textos de jesuitas exiliados y otros personajes que antes citábamos. Así, el liberalismo decimonónico interpretó estas lecturas con un sentido de continuidad de la nación chilena, ya supuestamente existente antes de la Independencia. *“Asimismo, el nacionalismo fue utilizado como herramienta política que entregaba una semblanza de participación ciudadana a quienes no la poseían de hecho, y permitía al Estado, conducido por la elite, canalizar fuerzas emotivas y espirituales latentes, que quizá de otra manera hubiesen tomado canales alternativos y no estatales, hacia sus propósitos. Fue una suerte de pseudo-religión estatal, que incluso logró la adhesión de los sectores populares para iniciativas como las guerras de 1836-39 y 1879-83. Y esa matriz autoritaria, que fortalece una idea de Nación construida a partir del Estado y habría impedido o debilitado la formación de una sociedad civil capaz de enfrentársele, ha seguido vigente hasta este siglo”*.²¹¹

La postura de Salazar es la de que una elite ha construido un ‘orden’ permanente, valiéndose del Estado (o del Estado nación) para mantener en cintura a la masa ciudadana. De ahí que la supuesta estabilidad del sistema político chileno no se traduzca necesariamente en “legitimidad”. El discurso de la nacionalidad ha estado mezclado con la imposición por la fuerza de un determinado orden social que ha tratado de ser legitimado a posteriori.²¹² *“La ‘estabilidad’, pues, es una cualidad de pertenencia sistémica, y la ‘legitimidad’ (...) una decisión ciudadana. Pero, históricamente, la ‘estabilidad’ ha sofocado y enterrado a la ‘legitimidad’. Tanto, que la historia de aquella es pública, oficial y visible, y la de ésta oscura y soterrada, que sólo se hace visible cuando ‘revienta’ sobre la superficie de aquella”*.²¹³

Salazar postula, entonces, la existencia de un Estado nación no participativo, pero sí integrador, por medio de un discurso legitimador, no legítimo, que prescindió de las masas y de la construcción común y consensuada. *“La ‘construcción del Estado’ ha sido, más a menudo que no, un proceso en que los ‘poderes fácticos’ han avasallado a la ciudadanía.*

²¹¹ *Ibíd.* p. 16.

²¹² *Ibíd.* pp. 15-16.

²¹³ *Ibíd.* p. 15.

*Lo que implica avasallar la legitimidad –en tanto valor incorporado al sistema por la acción constructiva de la sociedad civil- e imponer, a posteriori, tras la obra gruesa consumada, un ‘sustituto’. Un discurso justificatorio. O una arenga aclaratoria. Una ‘historia oficial’.*²¹⁴ El Estado resultante sería frágil, desprovisto de profundidad, debido a que se funde en una mistificación, hija de un poder fáctico unilateral. La sociedad civil de la cual surge tampoco tiene un carácter homogéneo, razón por la cual muchos insisten en que el rol del Estado sería el de convertir lo diverso y plural en una identidad sistémico unitaria.²¹⁵ Una homogeneidad que necesita ser ‘impuesta’.

La participación de la sociedad civil en la construcción del Estado ha sido nula. Poderes fácticos han impuesto unilateralmente una ‘idea abstracta’ de dominación y unidad. *“La historia política de Chile perfila nítidamente un arquetipo de construcción estatal, a saber: la transformación de la diversidad civil en una unidad política se ha logrado sustituyendo el diálogo ciudadano por un ‘consenso operacional’, que ha consistido en la imposición de una determinada forma estatal (unilateral) con ayuda de las Fuerzas Armadas. La ‘ilegitima’ tarea de alcanzar la homogeneización política de la sociedad a partir de un proyecto unilateral se ha resuelto con el uso de la fuerza”.*²¹⁶ Para Salazar eso de que el Estado no ha sido otra cosa que “el instrumento auxiliar de la oligarquía de turno” sigue teniendo peso hasta el día de hoy.

El Estado-nación chileno conducido por la élite, entonces, fue el constructor de esta nacionalidad chilena. Y su discurso, que pudo por varias razones penetrar profundamente en la comunidad local, se ha mantenido prácticamente incólume desde entonces, con sólo pequeños ajustes de acuerdo a los momentos históricos, más bien incorporando símbolos a un cauce ya construido de símbolos e ideas. La Guerra del Pacífico, y por ende, la relación con el Perú, responde a uno de estos momentos, sin lugar a dudas uno de los más potentes. Esto ha generado distintos pros y contras.

La identidad es un fenómeno distinto. No es una construcción política o ideológica como la nación, pero cumple un similar rol aglutinador, un elemento común para un colectivo, para una sociedad. Como dice Benjamín Subercaseaux se trata de un constructo

²¹⁴ *Ibíd.* p. 16.

²¹⁵ *Ibíd.* p. 20.

²¹⁶ *Ibíd.* p. 20.

imaginario e intelectual que va cambiando, evolucionando con el tiempo. No podría hablarse de algo “esencial”, petrificado y solidificado, sino de algo en permanente cambio y evolución.

Jorge Larraín, sociólogo de la Universidad Alberto Hurtado, es uno de los estudiosos más reconocidos en torno al tema. Respecto a la existencia de una identidad chilena dice que *“existe una identidad chilena, pero no tiene una definición de cuatro líneas. La identidad es un fenómeno complejo cuando se trata de una identidad colectiva. Una identidad de una persona es más fácil de entender, porque tiene una mayor continuidad en el tiempo y una cierta lógica, siempre con un relato de sí mismo. Las naciones también tienen un relato acerca de ellas mismas y tienen un sentimiento asociado, pero como las naciones están formadas por muchas personas y con intereses distintos las identidades de una nación no están fácilmente definibles en el sentido de que haya una sola versión. Hay muchas versiones, muchos discursos, normalmente siempre predomina alguno de estos, pero van cambiando con el correr del tiempo. Por lo tanto no tiene una respuesta tan sencilla qué es ser chileno”*.²¹⁷

Por tanto, la identidad no sería una idea sola, única, sino la dialéctica, una comunidad de varias identidades que terminan confluyendo, variando y cambiando pero dentro de una misma comunidad que se reconoce única. *“La manera en cómo piensan los mapuches qué es ser chileno es distinta a la manera en cómo piensan los santiaguinos qué es ser chileno, y los santiaguinos piensan muy distinto a los de Punta Arenas lo qué es ser chileno, y los ariqueños piensan muy distinto a los de Punta Arenas qué es ser chileno. Los descendientes de alemanes lo piensan de una forma y los descendientes de árabes lo piensan de otra forma. Uno tiene que vivir con una multiplicidad de relatos que tienen variaciones, hay cosas comunes como la canción nacional, la bandera, cosas simbólicas. Pero son sólo símbolos. La identidad misma consiste en un sentimiento de lealtad al grupo y relatos. Los sentimientos de lealtad son variables. Los grupos mapuches cada vez tienden menos hacia lo chileno, y sin embargo tiende a ver más unidad de sentimiento entre todos*

²¹⁷ Larraín, Jorge. Entrevista, Santiago, 18 de abril de 2011.

*los chilenos que unidad de relatos. Los relatos son distintos. Hay relatos religiosos, hispanista, militar, empresarial”.*²¹⁸

Bernardo Subercaseaux, por otro lado, cree que no hay identidad en el sentido ontológico y esencialista. El autor habla de la existencia de factores imaginarios y discursivos, pero también de otros “extra discursivos”. Esos últimos cambian, evolucionan, y por lo tanto no se puede hablar de una identidad en sentido de esencia. *“Cuando se habla de identidad nacional estamos hablando de un marco, de la nación. Se puede hablar de identidades, de micro identidades, de identidades nómades. Pero de identidades nacionales ya es más difícil porque la nación es una sola y podríamos decir que aquí hay distintas identidades nacionales si se asumiera que Chile es un país plurinacional, en el sentido de que hay dos naciones. Podríamos hablar de rasgos identitarios que permanecen. Por ejemplo, algunos que revelan el lenguaje, eso de hablar del ‘cafecito’, del ‘tecito’. El sentido de excepcionalidad, de ser un país de excepción. Por todos lados está el mito de la excepcionalidad chilena, y eso es como un rasgo permanente, eso de ser la Suiza o la Inglaterra de América Latina. Aunque esas cosas son construidas, porque es un mito. El mito de la excepcionalidad de Chile es un mito permanente. Ha cambiado de colores, pero es un mito permanente.”*²¹⁹

3.2 Elementos constructores de la nación

La construcción de la identidad y de la nación durante el siglo XIX fue un proceso en dos vertientes. La primera, una construcción de identidad separada de clase, en que la moda, el refinamiento, el consumo conspicuo, la arquitectura lujosa y privatización de los espacios públicos fueron sus principales características. *“Pero, por otro lado, utilizando al estado y con ocasión de guerras y crisis, la misma elite creó las primeras versiones discursivas de la identidad nacional que fueron capaces de integrar amplios sectores de la sociedad en un sentido de ‘comunidad imaginada’”.*²²⁰

Bernardo Subercaseaux habla en su “Historia de las Ideas y la Cultura en Chile” de un *“tiempo fundacional, un tiempo de integración, un tiempo de transformación y un*

²¹⁸ Jorge Larraín, entrevista.

²¹⁹ Subercaseaux, Entrevista, Valparaíso, 9 de mayo de 2011.

²²⁰ Larraín, Jorge: *Identidad chilena*. LOM ediciones. Santiago, 2001. p. 89.

tiempo de globalización".²²¹ En el primero, la elite se dedicó a erigir, a construir, una nueva identidad alejada del pasado colonial, en la búsqueda de una nación de ciudadanos. Su marco será republicano e ilustrado. Es el tiempo del nacimiento de la nación. La libertad, la educación y el progreso son sus grandes pilares, defendidos por personajes como O'Higgins, San Martín, Bolívar, Camilo Henríquez, Manuel de Salas, Juan Egaña, Vicuña Mackenna, Lastarria, Andrés Bello.

En el origen de esta construcción está la edificación de una alteridad con España. Es así que los comienzos de la nación chilena son antiespañoles. Es la manera de mostrar que un nuevo orden ha comenzado. *"Se condena la conquista y la colonia, y la Independencia se sitúa como el origen de la vida nacional. En ese sentido, la Independencia es vista como un hito puntual, el momento de ruptura que indica el comienzo de algo nuevo"*.²²² En función de lo mismo se evidenciaría una metamorfosis de algunos términos, como "Patria", que va desde un simple lugar de nacimiento a adquirir una connotación totalmente diferente. *"El Estado-nacional está en nacimiento, por lo que la palabra Patria difícilmente podría identificarse a cabalidad con esta idea. Sin embargo, este concepto va cambiando y comienza a hacer alusión a una comunidad más amplia que las localidades o cabildos coloniales, y más estrecha que Hispanoamérica, por lo que ponía el sentido nacional por sobre las diferencias provinciales o similitudes continentales. Además, la patria se va asociando con la idea de libertad de América respecto de España"*.²²³

La Independencia además trajo como valor al pasado indígena del país, punto en el cual converge otra de las construcciones identitarias de Chile: su supuesta tradición guerrera y/o militar. El poema "La Araucana", de Alonso de Ercilla, no solamente se constituyó en el mito literario forjador de la nación chilena, sino que además posibilitó cristalizar la identidad militarista de Chile. *"El referente indígena fue instalado por los criollos, los que se consideraron los legítimos herederos del valor araucano. El carácter heroico del mapuche otorgaba una fuerza mítica a la construcción nacional (...) Además de ser una particularidad de Chile, el referente mapuche venía a reforzar la idea de España como tirano, haciendo alusión a la guerra de Arauco, y a la constancia y audacia*

²²¹Subercaseaux, Bernardo: *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. 4. Editorial Universitaria. Santiago, 1997. p. 17.

²²² Silva, Bárbara: *Identidad y nación entre dos siglos*. p. 39.

²²³ *Ibíd.* p. 48.

con que el indígena es presentado (en especial a partir de La Araucana de Ercilla).’’²²⁴ Así se incorporó el único elemento indígena realmente hecho suyo por la élite, es decir, su capacidad militar que habría aportado a la construcción de la “chilenidad”. La Guerra del Pacífico, a nuestro entender, aprovecharía de reactualizar este mito proyectándolo hasta el día de hoy.

Es en esa oposición a lo español, según Larraín, donde se rescata el pasado y la herencia mapuche, aunque sólo desde el punto de vista militar, visión que ha permanecido hasta el día de hoy. La idealización de los araucanos, su resistencia ante el español, formó parte de los discursos y publicaciones patriotas de la época. *“Juan Egaña, Camilo Henríquez, José Miguel Carrera, José Miguel Infante y una gran variedad de escritores y periodistas ensalzaban la gesta de la resistencia araucana como una fuente originaria de la identidad que había marcado la ruta de la Independencia. La analogía entre la situación de los araucanos en el siglo XVI y la situación de los patriotas criollos en el siglo XIX se hizo común’’.*²²⁵ Pese a lo anterior, hasta el día de hoy el mapuche también ha sido parte del ‘otro’ a través del cual se ha apuntalado el ‘nosotros’ chileno. Volveremos sobre este punto.

Mario Góngora también rescata esta imagen e identidad de país guerrero, por medio de los distintos tipos de conflicto que el país vivirá durante el siglo XIX. Enumera los distintos conflictos armados vividos por el país desde entonces: la Guerra de Independencia, la Guerra a Muerte, la Expedición Libertadora del Perú, la Guerra con la Confederación, el conflicto con España, la Guerra del Pacífico (que él llama “guerra nacional”) y las constantes escaramuzas con los indígenas del sur. En resumen, Góngora escribe: *“El siglo pasado (siglo XIX) está pues marcado por la guerra, y el símbolo patriótico por excelencia es Arturo Prat, un marino caído en un combate perdido. Todavía en la primera década de este siglo subsiste en el exterior la imagen de Chile como país guerrero’’.*²²⁶

La creación de distintos medios de comunicación con nombres indígenas como “El Araucano” fue una muestra de ello, así como el simbolismo indígena plasmado entre otras

²²⁴ Ibíd. p. 50.

²²⁵ Larraín, Jorge: *Identidad chilena*. p. 86.

²²⁶ Góngora, Mario: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. p. 67.

cosas en el escudo nacional.²²⁷ Pero esto sólo en cuanto a la creación consciente de una imagen cuyo norte es la configuración de una comunidad vinculada por elementos comunes, que de todas maneras no tenía mayor relación con un cambio significativo en las estructuras sociales. *“Las condiciones de vida siguen siendo similares, y reciben el mismo trato exclusivo que el resto del pueblo, y hasta más hostil. Si se producía una inclusión, esta debía ocurrir en términos de la élite, que ocupaba tal imagen para la mentalidad colectiva que pretendía construir, pero que en ningún caso significaba integración igualitaria”*.²²⁸

El ejército fue otro vehículo de identidad. La época de la Independencia, época de guerra, necesitaba hombres y estos se encontraban en el mundo rural: peones, gañanes y algunos inquilinos (que no seguían sino a sus patrones) eran la “carne de cañón” para estos efectos. Sin embargo, estas personas no estaban imbuidas de los discursos de la élite, que consagraban o condenaban la lucha. Además, la creación del ejército en 1812 respondía a la necesidad del monopolio de la fuerza que todo Estado debe poseer. Se sostiene por la misma prensa de aquellos años que la guerra es un potente vehículo identitario: *“(…) es saludable a las repúblicas. La guerra hace pensar con virtud y cordura a los Estados Nacientes... reanimad al pueblo; esto es fácil, en dándole una influencia directa en los grandes asuntos por medio de la elección de los gobernantes”*.²²⁹

En cuanto a la religión, si bien es cierto que la Iglesia Católica ha jugado un rol fundamental en la construcción nacional, en sus vínculos con la élite y en su enorme poder, durante los tiempos de la Independencia existió una suerte de ambigüedad debido a la gran cantidad de sacerdotes patriotas (Camilo Henríquez, Antonio de Orihuela), en contraste con la alta jerarquía vaticana que apoyó sin contemplaciones a la Corona.

Además el país, inspirado en la simbología legada por la Revolución Francesa, creó una serie de símbolos que permitieran la identificación gráfica, concreta, del nuevo ideal a construir. *“Se trata de usar la imagen, inmediata y directa, como apoyo de un discurso, recurriendo a la operación de asociación de ideas.”*²³⁰ Los emblemas nacionales tenían el

²²⁷ Silva, Bárbara: *Identidad y nación entre dos siglos*. p. 51.

²²⁸ *Ibíd.* p. 51.

²²⁹ El Monitor Araucano, N 83, 21 de octubre de 1813, en Silva, Bárbara: *Identidad y nación entre dos siglos*. p. 54.

²³⁰ *Ibíd.* p. 58.

deber de “encarnar” la esencia de la nación. “*En este orden de ideas, los emblemas nacionales vienen a ser algo así como la base sapiencial de la nación expresada en formas y colores, conjunto de valores que la ética nacional, manifestada en la ley y en la política contingente, no puede vulnerar*”.²³¹

Los símbolos escogidos fueron la bandera, la escarapela y el escudo. La primera bandera se creó en 1812, compuesta de tres franjas horizontales de color azul, blanco y amarillo. Una manera de diferenciarse de los ejércitos del rey.²³² El primer escudo nacional tenía entre sus figuras a dos representantes del mundo indígena. Encima de ambos se leía la leyenda *post tenebrax lux* y en la inferior *autconsilio, autense*. Sobre las figuras indígenas se observa una estrella, símbolo de las “luces”. “*La inscripción habla por sí sola, y se refiere precisamente a la llegada de la luz de la ‘Ilustración’ luego de las tinieblas, obviamente aludiendo al sistema colonial y la supuesta liberación, por consejo o por espada*”.²³³ El Estado chileno trató así de crear una “religión civil”, con sus símbolos, ritos y ceremoniales sacros.

El Congreso Nacional, representante de la nación, y el Instituto Nacional, vinculado a la nueva enseñanza republicana fueron creados en esa misma época. El calendario sacro también hizo su debut, ya que el 18 de septiembre, que celebra la instalación de la Primera Junta de Gobierno de 1810, desde temprano se convirtió en la fecha nacional por excelencia, aunque sería por un tiempo obnubilado por el 12 de febrero, día de la firma de la Independencia en 1818. El 5 de abril, triunfo de Maipú en 1818, también entraría a la galería de fechas importantes. La festividad cívica, republicana, tiene un impacto igual o mayor que la palabra escrita. Las celebraciones estaban todas presididas por ceremonias religiosas o *Te Deum*. Otro elemento simbólico que podemos considerar es la aparición de medios de prensa escritos, en momentos en que la imprenta recién había desembarcado en el país. Periódicos como *La Aurora de Chile*, *El Monitor Araucano*, *Ilustración Araucana* o *Semanario Republicano* aluden a la Ilustración, el pasado indígena y el espíritu republicano

²³¹ Soubllette, Gastón. *La Estrella de Chile*. Ed. Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1984, P. 10 en Silba, Bárbara: *Identidad y nación entre dos siglos*. p. 58.

²³² *Ibíd.* p. 59.

²³³ *Ibíd.* p. 61.

Sin embargo, para nosotros el gran elemento, la herramienta principal en la creación de una identidad nacional en Chile fue la educación. Las ideas positivistas de fines del siglo XIX influyeron mucho en los pensadores e intelectuales chilenos, quienes enfocaron sus esfuerzos principalmente a la educación. A diferencia de las experiencias argentina o brasileña, se entendió el progreso y desarrollo no tanto en términos raciales que motivaran la inmigración masiva, sino como fomento y desarrollo a la educación. Personajes como José Victorino Lastarria, Diego Barros Arana y Valentín Letelier fueron sus principales promotores. En todo caso, fue imposible sacarse el peso de los antiguos valores y visiones. *“Para los autores liberal-positivistas del siglo XIX era claro que había que acceder a la modernidad aun a costa de destruir la identidad cultural colonial. Pero, obviamente, no era fácil eliminar tal identidad y ellos mismos compartían inconscientemente mucho de su racismo y de su elitismo. Con todo, su proyecto modernizador era, también, inevitablemente y aunque no lo reconocieran así, un proyecto de una nueva identidad cultural con características opuestas al patrón indoibérico que ellos detestaban. Ellos querían construirla con los valores de la Ilustración: libertad política y religiosa, tolerancia, ciencia y razón”*.²³⁴

El rol de la educación en la construcción de nación es de suma importancia, ya que por medio de ésta el Estado pudo orientar a los futuros ciudadanos en el norte que él designe, impregnándolos de sus propios ideales, historia y relato, con un sentido no crítico, sino de adoctrinamiento. La educación para el Estado moderno es *“una importante herramienta de transmisión de sus ideales, ya que por medio de ella se robustece la nación uniéndola por lazos intangibles capaces de llegar a los lugares más lejanos”*.²³⁵

Por lo tanto, la educación a partir del siglo XIX estuvo estrechamente vinculada a la construcción de nación. *“Fraguar la nación significaba internalizar una conciencia e identidad colectiva nacional mediante la creación de nuevos elementos simbólicos o resignificando los antiguos”*.²³⁶ Establecía su proyecto en un marco de modernización y construcción de esa “comunidad imaginada” de la que habla Benedict Anderson. *“La*

²³⁴ Larraín, Jorge: *Identidad chilena*. p. 96.

²³⁵ Iglesias, Ricardo: “El papel de la educación en la construcción del Estado nacional”. En Cid, Gabriel; San Francisco, Alejandro, editores. *Nación y nacionalismo en Chile, siglo XIX*. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, 2009. p. 43.

²³⁶ *Ibíd.* p. 49.

*educación era la expresión del Estado que deseaba reformar paulatinamente una sociedad tradicional y establecerla de acuerdo a los nuevos cánones y demandas del presente decimonónico. Perseguía darle cohesión a una nación en ciernes, generar vínculos de adhesión y lealtad en la población y formar unos sujetos nacionales que condujeran al país hacia la modernización (...) En Chile, la educación que asumía la capacidad de transformar la sociedad fue una obra principalmente estatal”.*²³⁷

Si bien todo esto es cierto hay que decir que el Estado no fue el único actor en el desarrollo y promoción de la educación. La Iglesia jugó –y juega- un rol fundamental en el desarrollo de la educación en Chile. Distintos colegios primarios y secundarios se suman a casas de estudio de prestigio, como la Pontificia Universidad Católica de Chile y otras más pequeñas, como la jesuita Universidad Alberto Hurtado, ha sido el Estado por medio de la educación pública el principal promotor de un sentido de unidad e identidad nacional.

El Estado fue visto por la élite del siglo XIX como el único ente capaz de emprender tamaña tarea. Era la única institución que tenía los recursos para hacerlo, procurando crear las condiciones para mantener el orden y superar el retraso imperante. *“Esta prioridad atribuida a la creación del Estado obligaba, por una parte, a la mencionada constitución de ejércitos nacionales frente a la influencia de caudillos locales, así como a la consolidación de los límites territoriales y, por otra, la construcción de un sistema educativo nacional y a la ratificación de la exclusión de las masas populares de las decisiones políticas”.*²³⁸

La educación tiene un rol consensual, de generar un equilibrio, con el objetivo de crear una cierta homogeneidad en los diversos sectores sociales. En definitiva se trataba de normar las culturas divergentes. La educación es el elemento principal en el afán de nacionalizar las costumbres. El positivismo de la época ejerció una poderosa influencia en los modelos educativos chilenos. En el afán diferenciador inherente a estos procesos se pretendió poner un contraste con los tiempos coloniales incentivando el trabajo. El sentido del negocio, la ocupación, la industriiosidad y la utilidad de los conocimientos es uno de sus más fuertes discursos. Para tales efectos comenzaron a impartirse clases de instrucción

²³⁷ *Ibíd.* p. 50.

²³⁸ *Ibíd.* p. 65.

moral y cívica, lengua nacional escrita y leída, aritmética, ciencias físicas y naturales, geometría, geografía, historia, dibujo, canto, gimnasia, labores manuales y otros.²³⁹

En 1813 se creó el Instituto Nacional; en 1837 el Ministerio de Justicia, Instrucción y Culto; en 1842 la Universidad de Chile y la Escuela Nacional de Preceptores. En 1852 la Escuela Nacional de Preceptoras y en 1860 se dicta la Ley de Instrucción Primaria. Durante la década de 1830 se crean planes de estudio y proyectos educativos. El sistema educacional chileno como tal, en todo caso, puede fecharse en torno a la década de 1840. La fundación de la Universidad de Chile en 1842 tendría capital importancia en esto, ya que la Casa de Bello se erigió desde el principio como el eje rector de la educación chilena. *“Esta casa de estudios superiores durante más de un siglo fue la rectora de las políticas estatales en educación superior y, al mismo tiempo, cumplía la función de superintendencia de educación secundaria, esto quiere decir, que los planes y programas de estudio y el control de su cumplimiento estaban bajo su tuición”*.²⁴⁰

La influencia del académico polaco Ignacio Domeyko puso énfasis en el carácter humanista de la educación, lo que generó problemas especialmente en provincias donde debido al avance de la modernización y las actividades productivas existía una mayor demanda de actividades prácticas y mercantiles, agrícolas, mineras y administrativas.²⁴¹

Dentro de la educación, la historiografía, con especial énfasis en el siglo XIX, jugó un papel clave en la elaboración de este discurso nacional que, como hemos dicho suficientemente, perdura hasta el día de hoy. Durante el siglo XIX, y bajo un positivismo rampante, *“la historiografía novelizó la historia llenándola de héroes y epopeyas que son el sustento de los ritos nacionales en torno a efemérides y devoción al panteón de la patria, que por cierto tienen su origen en la Independencia. La historia nacional se dedicó a exaltar las virtudes cívicas que florecieron en el naciente Chile republicano”*.²⁴² La historia, así, delimita al discurso de la nación, se vincula estrechamente con la formación de la nación.²⁴³ La historiografía liberal del siglo XIX abordó principalmente el tema de la historia política del país. A través de ella los distintos pensadores decimonónicos, con un

²³⁹ *Ibíd.* p. 57.

²⁴⁰ *Ibíd.* p. 64.

²⁴¹ *Ibíd.* p. 63.

²⁴² *Ibíd.* p. 46.

²⁴³ Silva, Bárbara: *Identidad y nación entre dos siglos*. p. 67.

énfasis mayormente liberal o conservador, comenzaron a construir la identidad nacional que se mantiene en Chile a grandes rasgos y con breves matices. *“A través del trabajo histórico, en la sociedad se va fijándola memoria y el olvido, los acontecimientos y relaciones del pasado que se rememoran y los que se sepultan”*.²⁴⁴ Por otro lado, *“en este discurso histórico hay conciencia de la necesidad de la extensión del cambio para una construcción nacional, enfatizando la labor educativa del Estado, cuestión clave para producir una revolución a nivel de ideas en el pueblo”*.²⁴⁵

De que el Estado se tomó bastante en serio el apoyo a la educación estatal lo prueban los distintos presupuestos. Mientras en 1853-1857 el Estado invirtió la suma de \$1.660.615 pesos, en el período 1878-1882 la cifra saltó a \$5.220.569. En tanto, el número de escuelas públicas pasó de 1.985 a 3.378 en el mismo período.²⁴⁶ El sistema se organizó de manera absolutamente centralizada.

Hacia 1842, la cobertura de la enseñanza primaria no alcanzaba a cubrir más de 10 mil niños, algo así como el 1% de la población. La media estaba formada por unos 2 mil alumnos, es decir, un 0,2% de la población. Para 1852, la enseñanza sumaba unos 215 mil niños en todo el país, de los cuales unos 23 mil estaban en la enseñanza primaria, unos 4 mil en la secundaria y 300 en la universidad. Para 1887 la enseñanza primaria había llegado a los 113 mil niños.²⁴⁷

En resumen, la educación constituyó uno de los elementos más potentes para la edificación del Estado-nación chileno. *“La educación fue utilizada en este caso como mecanismo de consenso y la conformación de un verdadero sistema educativo que se relaciona íntimamente con el grado de poder político y material asumido por el Estado. En países como Chile la pronta estabilidad política dio lugar a un sólido sistema educativo (...) La identidad nacional construida desde la enseñanza y el aprendizaje por medio de lo patriótico y cívico desempeñaron un papel fundamental en la legitimidad y transmisión de valores. El aprendizaje patriótico, civilizador y la idea de progreso que representaba la educación fueron los principales apoyos en la construcción del Estado nacional (...) El*

²⁴⁴ *Ibíd.* p. 67.

²⁴⁵ *Ibíd.* p. 69.

²⁴⁶ Iglesias, Ricardo: “El papel de la educación en la construcción del Estado nacional”. p. 65.

²⁴⁷ *Ibíd.* pp. 67-69.

Estado y la nación demandaban en propiedad la construcción y moldeamiento de sujetos que reconocieran en ellos los portadores de la civilización y el progreso de una racionalidad que los emancipara de otros referentes".²⁴⁸ La República de Chile comprendió muy pronto estos designios y se entregó a la tarea de crear un sistema educativo centralizado y dirigido por el Estado que se constituyera en un verdadero espacio de encuentro de los valores colectivos, las normas, los rituales, el lenguaje, la historia nacional. Definió significaciones, historias nacionales e imaginarios.

3.3 El Perú y la Guerra del Pacífico

En abril de 1879 estalló la Guerra del Pacífico.²⁴⁹ El conflicto –que hoy en día ha comenzado denominarse y conocerse como “Guerra del Salitre”- terminó con la victoria chilena y dejó una huella indeleble en la historia de los tres contendientes: Chile, Perú y Bolivia. Para Chile, en particular, significó un antes y un después en la definición propia, la autoconcepción e identidad nacional y condicionaría desde entonces la relación con peruanos y bolivianos. Una de sus primeras consecuencias fue la incorporación definitiva de los sectores populares como actores de esta construcción, aunque siempre dentro de la lógica de la elite. *“Se necesita por de pronto integrar en la idea de nación además de los sectores medios al pueblo, al “roto”, que ha sido uno de los artífices del triunfo (en la Guerra del Pacífico) (...) Todo ello conforma un clima que estimula la reelaboración de la identidad nacional en una perspectiva de cohesión e integración social. Una identidad que permite sumar aunque sea simbólicamente a los sectores medios y populares, incluso a los indígenas, y que permite también corregir el imaginario liberal de ciudadanos que no eran tales”*.²⁵⁰

Subercaseaux advierte, entonces, un cambio a consecuencia de la guerra en la percepción y **construcción** de la nación, que pasa de una integración por símbolos a una especie de “constructivismo racial”, en donde se acentúa una diferenciación en base a una

²⁴⁸ *Ibíd.*, pp. 70-71.

²⁴⁹ La Guerra del Pacífico fue un conflicto bélico que entre 1879 y 1883 enfrentó a Chile con el Perú y Bolivia a causa en primera instancia por los límites entre Chile y Bolivia; la existencia de un Tratado Secreto de Alianza entre Bolivia y el Perú y los grandes depósitos salitreros de Antofagasta y Tarapacá. El conflicto terminó con la victoria chilena, que anexó los territorios en disputa, ocupó Lima y el Perú por tres años y mantuvo bajo su soberanía a Tacna y Arica hasta 1929. Bolivia perdió Antofagasta y su salida al mar, mientras Perú cedió Tarapacá y, hasta 1929, Tacna.

²⁵⁰ Subercaseaux, Bernardo: “Raza y nación: ideas operantes y políticas públicas en Chile, 1900-1940”. En Cid, Gabriel; San Francisco, Alejandro: *Nacionalismos e identidad nacional en Chile: siglo XX*. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, 2010. p. 71.

supuesta superioridad del mestizo chileno, el “*roto*”, sobre el mestizo peruano, el “*cholo*”. Esto último fue llevado a cabo por medio de una infinidad de acciones, proceso que se acelerará en tiempos del Centenario. La integración del “*roto*”, la lucha contra el alcoholismo, el deporte, el debate sobre el derecho, la delincuencia, la higiene pública y su relación con la eugenesia, las enfermedades venéreas, la enorme mortalidad infantil, eran asuntos que se asumían como problemas de la “*raza*”. El criollismo, una vertiente literaria que marcaría a fuego el país durante todo el siglo XX, buscó la creación de tipos literarios contruidos sobre la base del determinismo étnico y geográfico como Mariano Latorre.²⁵¹ *“En todos estos órdenes, ya sea en el plano del discurso, de la construcción simbólica o de la acción pública, está presente de modo implícito o explícito la idea de la preservación y mejoramiento de la raza. Esa lucha y el combate a los factores que la amenazaban era la forma de contribuir al destino de la nación. Desde esta perspectiva raza y nación son una misma instancia”*.²⁵²

Después de la victoria en la Guerra del Pacífico surgió el “*roto*” chileno como elemento identificador de los sectores populares, al mismo tiempo que el Perú pasaba indirectamente a formar parte del imaginario como un “*otro*”, que sustituyó desde ese momento a España como la “nación enemiga” por antonomasia, y que junto al pueblo mapuche (el ‘otro’ interno) ayudó a apuntalar el diferenciador del ‘nosotros’.

En los casos de Chile y Perú ha sido la guerra, a falta de otro elemento identitario de mayor profundidad histórica y social, lo que ha contribuido a generar este espacio colectivo llamado identidad y nación. *“Para América Latina este aserto cobraría una relevancia fundamental, en la medida que ante la ausencia de un capital histórico necesario para fundar las naciones en el siglo XIX, las guerras posibilitarían precisamente una ‘solución iconográfica’ para crear un sentido de comunidad, generando un lazo de pertenencia a un cuerpo social mayor –la nación-, definida también por oposición a ese ‘otro’ que se combate”*.²⁵³

²⁵¹ *Ibíd.* p. 72.

²⁵² *Ibíd.* p. 72.

²⁵³ Cid, Gabriel: *“Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo nacional. 1870-1888.”* En Cid, Gabriel; San Francisco, Alejandro: *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX*. Vol. II. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, 2009. p. 233.

Además de la integración forzada de la nación en casos de guerra, la visión del “otro” toma una dimensión aún mayor. La nación se re unifica a sí misma, provocando o acentuando la exclusión de la “otredad”. Así llegamos a un enfrentamiento de un “nosotros” frente a un “otro”, que juegan un papel capital en la construcción de los estereotipos y sus elementos simbólicos y discursivos. La autoimagen y la imagen del otro, en un contexto bélico, son importantísimas en las representaciones nacionalistas de las guerras. El Estado socializa una serie de discursos e imágenes cuyo papel es justificar y ennoblecer las causas del conflicto, apelando a la emotividad de la sociedad.

En torno al tema de la guerra, Joaquín Fernandois y Mariana Perry destacan el hecho de que los conflictos del siglo XIX, como la Guerra de la Confederación, contribuyeron a la formación de la conciencia nacional o, al menos, de pertenencia a un Estado nacional. A pesar de eso, también coinciden en que la Guerra del Pacífico ha sido la que mayores huellas ha dejado hasta el día de hoy. *“Las consecuencias de este conflicto se niegan a borrarse incluso a comienzos del siglo XXI. En los tres países involucrados esto llevó al desarrollo de una conciencia nacional que envuelve a sectores populares. El caso más evidente es el de Chile, en donde la Guerra del Pacífico contribuyó a crear una conciencia cívica que en otra parte hemos llamado ‘Chile patriótico’ y que tiene una profunda influencia en todo el siglo XX, si bien ha tendido a borrarse en algún grado”*.²⁵⁴

Para los autores, el conflicto bélico contra peruanos y bolivianos tuvo un impacto enorme en el discurso nacional del país. *“La Guerra del Pacífico fortaleció el patriotismo en Chile de una manera tal, que se puede decir que se creía en una suerte de ‘Chile patriótico’, una suerte de credo laico, que podía también, ser religioso, que ha sido otro cimiento a la idea de muchos chilenos respecto de que viven en un país ‘excepcional’. Ha constituido un exitoso ‘cemento de la sociedad’ y todavía cumple un papel a comienzos del siglo XXI”*.²⁵⁵

Para Bernardo Subercaseaux, la Guerra del Pacífico es *“sin duda la mitología retrospectiva más importante del Chile moderno. Probablemente más significativa, incluso,*

²⁵⁴Fernandois, Joaquín; Perry, Mariana: “El factor internacional en la conciencia del Estado-nación. Chile entre Argentina y Brasil 1889-1902”. En Stuvan, Ana María; Pamplona, Marco, editores: *Estado y nación en Chile y Brasil en el siglo XIX*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, 2009. p. 210.

²⁵⁵ *Ibíd.* p. 215.

que la Independencia. Una fuente de patriotismo que nutre desde la lira popular hasta los ritos y conmemoraciones cívicas y militares. Es también el tema de uno de los mayores éxitos radiofónicos y editoriales del siglo XX: el radioteatro *Adiós al séptimo de línea*, y la novela homónima, de Jorge Inostroza. La guerra del Pacífico, ha devenido, por ende, un ícono de lo nacional-popular en sentido gramsciano, de allí que sea posible llamarla la ‘guerra de Chile’.²⁵⁶

Subercaseaux analiza al respecto la obra de Gonzalo Bulnes sobre la Guerra del Pacífico, en la que llama la atención por su afán nacionalista aristocrático. Señala que Bulnes “olvidó” algunos detalles importantes del conflicto, como el reclutamiento forzoso de niños y presos, las disputas internas en el seno de las tropas nacionales, enfermedades venéreas, desertiones y fugas, alcoholismo, los abusos varios cometidos por las tropas, el saqueo de la Biblioteca Nacional de Lima y el abandono de muchos ex combatientes. La Guerra del Pacífico es para Bulnes “una guerra de la nación en armas (lo que se ‘dice’ pero no se ‘muestra’), conducida por la elite, por miembros de las familias patricias a quienes el historiador le otorga casi todas las medallas. Ahora bien, los rasgos con que se describe a estas figuras apuntan a la sobriedad, al espíritu de trabajo y sacrificio de la antigua aristocracia del viejo Chile”.²⁵⁷ Destaca, además, que Bulnes se hizo eco de aquel mito tan dado a algunos intelectuales chilenos sobre la excepcionalidad de Chile. Haciendo uso de una visión etnocentrista, Bulnes haría homenaje a una supuesta “superioridad de la historia de Chile” respecto a peruanos y bolivianos. La *Superioridad de una raza y una historia*. Cita textualmente a Bulnes: “**Lo que venció al Perú, dice, fue la superioridad de una raza y la superioridad de una historia: el orden contra el desorden: un país sin caudillos contra otro aquejado de este terrible mal**”.²⁵⁸

La importancia de la Guerra del Pacífico es que **activa, por primera vez, una idea de una supuesta raza chilena**. “La emergencia y uso de la categoría ‘raza chilena’ en un determinado momento histórico del país puede explicarse por distintos factores. Con la

²⁵⁶Subercaseaux, Bernardo: *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. 4. p. 197.

²⁵⁷ *Ibíd.* p. 201.

²⁵⁸ *Ibíd.* p. 202.

*Guerra del Pacífico y más tarde con el Centenario, la 'emocionalidad de la patria' se reactiva y requiere de alguna instancia para productivizar una mayor cohesión social".*²⁵⁹

En este punto debemos hacer referencia a las teorías del nacionalismo étnico de Walker Connor. El politólogo estadounidense en su texto "Etnonacionalismo" hace un análisis de la identidad nacional en torno a su esencia psicológica y emocional, que según él tienen un valor fundamental en la identidad colectiva nacional. *"La esencia de una nación no es tangible –dice– sino psicológica. Es una cuestión de actitudes y no de hechos"*.²⁶⁰ Esto quiere decir que una comunidad necesita sentirse parte de un todo, necesita *creer* que forma parte de una comunidad particular y definida, diferente del resto no sólo en su tangibilidad, sino también en su esencia espiritual. *"Un requisito para la existencia de la condición de la nación es la idea o creencia popular en que el propio grupo es único, especial, en un sentido muy vital. Cuando no se da esta convicción popular, el colectivo no pasa de ser un grupo étnico (...) la nación no existirá en tanto en cuanto una proporción elevada de sus miembros no sean conscientes de su diferenciación"*.²⁶¹

La idea de la raza chilena, construida en parte en torno a la diferenciación con un *otro* como el Perú, es un elemento clave en la identidad nacional chilena, y constituye ciertamente un elemento emotivo de esta identidad y su particularidad. *"Siendo así que la esencia de la nación es una cuestión de actitudes, las manifestaciones tangibles de la diversidad cultural sólo son relevantes en la medida en que contribuyen a crear un sentimiento de particularidad (...) Así pues, el factor esencial para determinar la existencia de una nación no son las características tangibles de un grupo, sino la imagen que éste se forma de sí mismo"*.²⁶² El sentimiento de particularidad en el caso chileno tiene, pues, en el "otro", en el Perú, su definición propia. Este elemento clave, de ser realmente comprendido y asimilado, nos permitirá, según creemos, comprender gran parte de la enmarañada madeja que han sido desde entonces las relaciones chileno-peruanas. Comprender esto será trascendental para plantear a futuro nuestras relaciones con el vecino país.

²⁵⁹ *Ibíd.* p. 79.

²⁶⁰ Connor, Walker: *Etnonacionalismo*. Trama editorial. Madrid, 1998. p. 45.

²⁶¹ *Ibíd.* p. 45.

²⁶² *Ibíd.* p. 45.

La incorporación violenta de nuevos territorios al país, como las provincias del norte luego de la Guerra del Pacífico y de la Araucanía después de la intervención armada del Ejército en la zona, hicieron posible el surgimiento de una definición política de un nacionalismo y de una nación en términos geopolíticos, que hasta ese momento sólo había sido advertido por muy pocos. El territorio es la base material que distingue y separa políticamente a la nación de sus vecinos. *“El territorio tiene, por ende, un significado moral, político y hasta metafísico. En esta perspectiva hay que entender la preocupación constante por resaltar la Guerra del Pacífico y por los problemas limítrofes pendientes, o el propósito de un discurso que buscó chilenizar como ciudadanos a los mapuches (...)”*.²⁶³

La Guerra del Pacífico ratificó lo que Jorge Larraín ha llamado la “versión militar-racial” de la identidad chilena. Para nosotros es simplemente una reactualización, una re-legitimación de la supuesta identidad guerrera de Chile, país heredero de la Guerra de Arauco y que se habría formado al alero de una constante atmosfera militar.

Uno de los principales defensores de esta tesis es Mario Góngora. Esta versión militar racial *“le concede un rol central a la guerra en la formación de la identidad nacional chilena. Es a través de ella que Chile se fue construyendo, primero venciendo a los mapuches y ocupando el territorio durante la colonia, después derrotando a los españoles y obteniendo la independencia de Chile y Perú, y posteriormente venciendo a Perú y Bolivia, logrando así consolidar y estabilizar la república”*.²⁶⁴ El hecho de tratarse de guerras victoriosas hace que se genere un sentimiento de orgullo y beneficio de la victoria.

Este tipo de visión identitaria trae aparejado un importante elemento: el papel del ejército en la construcción de la nación, *“no sólo porque es el protagonista de todas las diversas guerras, sino que también porque de algún modo se le considera como una institución anterior a la propia nación”*.²⁶⁵ Las fuerzas armadas pasan a ser no sólo

²⁶³ *Ibíd.* p. 118.

²⁶⁴ Larraín, Jorge: *Identidad chilena*. p. 146.

²⁶⁵ *Ibíd.* p. 146.

progenitoras de la nacionalidad, sino las depositarias de los valores permanentes de la nación.²⁶⁶

Jorge Larraín explica que la influencia de la visión militar en la identidad chilena tiene una relación directa con la educación. Para nosotros, en el caso chileno ambas han sido las principales herramientas del Estado en esta empresa. *“La versión militar de la identidad chilena ha tenido una representación destacada en la enseñanza de la historia en las escuelas y colegios de Chile hasta muy recientemente (...) la guerra de Arauco, la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana y la guerra del Pacífico figuran como tres hitos decisivos en la formación de la identidad chilena. En especial el texto de (Francisco) Frías Valenzuela, en el que se formaron generaciones de estudiantes chilenos, reafirma la idea de que la guerra de Arauco conformó una identidad en que sobresalen los valores de resistencia, valentía y sobriedad. Las dos guerras posteriores habrían sido cruciales para consolidar nuestra unidad territorial y nacional, pero además reflejarían el triunfo de la identidad chilena sobre otras identidades. **La afirmación de la identidad chilena pasó necesariamente por la derrota del enemigo**”.*²⁶⁷

Larraín critica fuertemente esta visión de identidad, no sólo por su carácter esencialista y ahistórico, sino por su carácter excluyente y oposicional, ya que *“mucho más claramente que otras versiones requiere de un ‘otro’ al que hay que vencer o derrotar. La guerra implica un enemigo amenazante que hay que destruir. Una identidad nacional basada en la guerra, por lo tanto, se afirma en la necesidad de tener algún enemigo para destruir. Y no se trata sólo de enemigos externos”.*²⁶⁸ Este punto es muy importante de destacar, ya que siempre en la construcción de la identidad existe un ‘otro’ por medio del cual apuntalar el ‘nosotros’. Y este ‘otro’ puede ser un opuesto referencial (del que podemos aprender) o negativo (que signifique una amenaza). La identidad chilena se ha ido formando, así, a través de unos ‘otros’ que han jugado el rol de diferenciadores de lo ‘chileno’, pero también de espejos dependiendo del caso. Entre los espejos, el primero de ellos fue España, la ‘madre patria’ que *“durante más de 3 siglos fue nuestro ‘otro’ más significativo, del cual dependeríamos hasta en los más mínimos detalles, y cuyas*

²⁶⁶ Eduardo Aldunate, *Las Fuerzas Armadas de Chile, 1891-1973, en defensa del consenso nacional*. Santiago, Estado Mayor General del Ejército, 1988, Introducción. Citado en Larraín, Jorge: *Identidad chilena*. p. 147.

²⁶⁷ *Ibíd.* pp. 156-157.

²⁶⁸ *Ibíd.* p. 157.

*expectativas políticas, culturales y religiosas llegaron a ser nuestras propias autoexpectativas”.*²⁶⁹

A partir de la Independencia, el rol de referente que había hasta entonces desempeñado España fue reemplazado por Inglaterra y Francia, los promotores del liberalismo, la democracia y el nuevo orden moderno. Mientras Inglaterra pasó a ser un referente en el campo político-económico, la influencia francesa se hace sentir con más fuerza en las letras y la cultura. *“Sin embargo, Inglaterra es la que en definitiva predominó en la autoimagen de la elite chilena, al autocalificarse de los ‘ingleses de América del Sur’, expresión que cuenta con adeptos hasta el día de hoy”.*²⁷⁰ Después de la Segunda Guerra Mundial son los Estados Unidos los que relevan a ingleses y franceses en el imaginario referencial, manteniendo esa posición de privilegio hasta el día de hoy. *“Estados Unidos se ha constituido, especialmente desde 1973, en el gran modelo económico de Chile. Se imitan sus instituciones, sus políticas y sus estilos de vida”.*²⁷¹

Por otro lado, en varios periodos de la historia nacional, como en el siglo XIX con los mapuches y durante la dictadura de Pinochet con la izquierda, existieron “enemigos internos oficiales” que jugaron el rol del ‘otro’, encarnadores de la ‘antipatria’ o ‘antinación’. Son los ‘otros’ como oposición. En el caso del pueblo mapuche se desató una rivalidad profunda durante el siglo XIX que terminó con la invasión de la Araucanía por parte del ejército chileno, y que dejó para la posteridad desprecio, racismo y otros rasgos antimapuches en el pueblo chileno.

Pero son dos los elementos de oposición más destacados de Chile: Bolivia y Perú, los antiguos enemigos de la Guerra del Pacífico y que son, según Larraín, considerados desde entonces “los enemigos naturales de Chile”. El sociólogo al respecto tiene una opinión clave para nuestro estudio: ***“Frente a ellos el chileno medio tiene un sentimiento de orgullo y superioridad. Se les denomina despectivamente ‘cuicos’ (sic), y se tiene una pobre impresión capacidad y de su cultura. El hecho de ser países con grandes mayorías indígenas, con una fuerte cultura autóctona no plenamente europea, reafirma el sentido racista y antiindígena, muchas veces bien camuflado, que existe en Chile. Esta actitud se***

²⁶⁹ *Ibíd.* pp. 262-263.

²⁷⁰ *Ibíd.* p. 263.

²⁷¹ *Ibíd.* p. 264.

aprende ya en los colegios en el estudio de la historia".²⁷² El autor destaca la existencia también de un sentido de 'peligro' ante Argentina, aunque sin los componentes racistas y despectivos de los casos anteriores.

¿Es el Perú un ingrediente clave en la construcción de nuestra nacionalidad? Jorge Larraín cree que sí lo es. *"Perú es para Chile el 'otro', aquel que es distinto a mí, a un nosotros. El Perú cumple ese rol para Chile, de constituir un elemento diferenciador, en donde el chileno puede verse a sí mismo. Es algo que sucede no sólo con la nación, sino además con la religión, la política, el fútbol. Además, es visto desde Chile como inferior, Chile se ve a sí mismo como superior ante el Perú"*.²⁷³ El sociólogo hizo una interesante precisión además, que puede explicar el porqué de la tirantez del chileno –el ciudadano común o un miembro de la elite y la clase política- ante la sociedad peruana: *"En Chile hay mucho temor hacia el Perú, no por creer que ellos nos van a venir a ganar en una guerra, sino porque el 'factor Perú' hace que Chile siga teniendo algo pendiente, algo no resuelto. Además, Chile ve al Perú como un factor revanchista, como un país que aún no supera el tema de la guerra. Lo dice el propio Ollanta Humala por ejemplo"*.²⁷⁴

Por último, Larraín destaca un interesante choque de sentimientos hacia el Perú, en donde se mezclan el sentimiento de superioridad, el supuesto "revanchismo" peruano, la competitividad laboral y la rica cultura del país. *"Frente a los peruanos en Chile hay ciertas contradicciones. Por un lado está el hecho de que se piensa 'nos van a quitar el trabajo', y esas cosas, pero por otro se reconocen sus méritos, como en el caso de la gastronomía, de calidad mundial, y que es un aporte para nosotros. Perú fue el centro de una de las dos más grandes culturas de América, mientras en Chile nuestros indígenas no llegaron a esos niveles. Así como nosotros aportamos allá también."*²⁷⁵

Concuerda por su lado Bernardo Subercaseaux, quien apunta al legado de la Guerra del Pacífico. *"...de alguna manera la confrontación con el Perú en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del siglo XX ha sido un foco de nacionalismo chovinista para Chile. Y ha incidido en, por ejemplo, el fútbol, en una visión discriminadora que sigue hasta*

²⁷² *Ibíd.* p. 265.

²⁷³ Larraín, Jorge. Entrevista.

²⁷⁴ Larraín, Jorge. Entrevista.

²⁷⁵ Larraín, Jorge. Entrevista.

ahora. Hay un racismo contra los peruanos y que se construye en esos momentos. Y aparece Chile como un país de excepción en relación con el Perú. Estos problemas limítrofes con el Perú, y lo que pasó con las guerras han insuflado un ejército que se dice 'jamás vencido', y no fue verdad porque fue vencido en la época de Balmaceda donde fue derrotado por la marina y partes del ejército que se desgajaron de él. Entonces, esa idea de victoria del ejército es falsa, y viene de una construcción identitaria del ejército en base a los problemas con el Perú. El Perú ha sido un factor en el chovinismo nacionalista que de alguna manera se prolonga hasta el día de hoy. Si hablas con el diputado (Jorge) Tarud te vas a dar cuenta de que ahí existe un chovinismo nacionalista muy fuerte."²⁷⁶

Además, Subercaseaux apunta al interés de explotar esta situación de post guerra como un símbolo, utilizado como parte del disciplinamiento social. *"Hay una historia de la Guerra del Pacífico chilena y peruana, que son muy distintas. La historia peruana no está en el imaginario chileno. Cero. Entonces, hay una cosa negativa, no tiene presencia positiva el Perú en Chile, es una presencia por descarte, lo vencimos, está al lado, es el 'otro'. Pero esa visión de ese otro no está internalizada ni siquiera en la historiografía chilena. Porque cuando hay dos países en guerra, la visión del vencedor es la que prevalece, sencillamente eso. Y esas son formas de disciplinamiento social también.*"²⁷⁷

Recordemos que para el filósofo francés Michel Foucault el disciplinamiento es un medio, es la generación de un lazo social que permite el control y la sujeción funcional de ciertos sectores para el mantenimiento de un cierto orden económico, político y social. *"El momento histórico de las disciplinas es el momento en que nace un arte del cuerpo humano, que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés. Fórmase entonces una política de las coerciones que constituyen un trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos, de sus comportamientos.*"²⁷⁸

Concordamos con la visión de Foucault respecto a que el disciplinamiento social es una herramienta de los sectores más acomodados por imponer, por medio de distintos

²⁷⁶Subercaseaux, Bernardo. Entrevista.

²⁷⁷Subercaseaux, Bernardo. Entrevista.

²⁷⁸Foucault, Michel: "Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión". Siglo XXI editores. Buenos Aires, 2002. p. 126.

medios, una “anatomía política” o una “mecánica del poder”, como la define el filósofo francés, que le permitan mantener bajo su control a la sociedad. *“Una ‘anatomía política’, que es igualmente una ‘mecánica del poder’, está naciendo; define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los demás, no simplemente para que ellos hagan lo que se desea, sino para que operen como se quiere, con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determina. La disciplina fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos “dóciles”. La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia). En una palabra: disocia el poder del cuerpo; de una parte, hace de este poder una ‘aptitud’, una ‘capacidad’ que trata de aumentar, y cambia por otra parte la energía, la potencia que de ello podría resultar, y la convierte en una relación de sujeción estricta. Si la explotación económica separa la fuerza y el producto del trabajo, digamos que la coerción disciplinaria establece en el cuerpo el vínculo de coacción entre una aptitud aumentada y una dominación acrecentada.”*²⁷⁹ El discurso post Guerra del Pacífico se enmarca, para nosotros, en este ideario de “dominación acrecentada”, que a partir de entonces sirvió como discurso aglutinador y de identidad para la nación chilena, pero al costo de condicionar para siempre sus relaciones con el Perú.

Subercaseaux concuerda en que el Perú no tiene importancia en el imaginario chileno más allá de esto, un símbolo poderoso, pero sólo símbolo al fin y al cabo. Por lo tanto, su persistencia tiene explicación sólo por la perduración de ese discurso nacionalista construido entre la Independencia y la época del Centenario. *“Hay una persistencia de un discurso nacionalista añejo. No hay una puesta al día en un mundo que ha cambiado y que las cosas son diferentes, que el aquí y el allá son distintos. Y de Perú también, de América Latina prima un poco eso. El sentido de soberanía tradicional, nacionalista, estrecho. No se ve la perspectiva que desde el punto de vista económico la globalización, los mercados comunes permitan fortalecer. Cada uno trabaja por su cuenta.”*²⁸⁰

En esto último coincide el historiador Eduardo Cavieres, cuando señala que el discurso nacionalista básicamente *“ha tenido una evolución, pero a mí me parece que el gran problema histórico que tenemos, no solamente en Chile sino en América Latina, es*

²⁷⁹ Ibíd. pp. 126-127.

²⁸⁰ Subercaseaux, Bernardo. Entrevista.

que estamos utilizando estos lenguajes, símbolos y significados de estos conceptos desde el punto de vista del Estado nacional del siglo XIX, que es la gran diferencia que tenemos hoy día con la Unión Europea, que no ha perdido la soberanía que les compete a cada Estado, pero la han modificado en términos de sus aplicaciones. Los Estados hoy día ceden soberanía cuando permiten el libre tránsito de las personas, moneda común, políticas económicas de Estado. En América Latina estamos hablando de un concepto de soberanía no solamente propio del siglo XIX, sino además muy contradictorio, porque hablamos de soberanía territorial, pero en Chile nuestros puertos están privatizados. Hace 50 años eso era imposible porque los puertos son posiciones estratégicas. Entonces, aquí hay un problema de que el Estado precisamente por el desarrollo que ha tenido ha sido bastante poco tolerable a cambios profundos en términos de su propia consistencia.”²⁸¹

Eduardo Cavieres le baja un poco el perfil al factor Perú como constructor de la nación en Chile, aunque no descarta su trascendencia. Para el historiador, el país vecino no tendría mucha trascendencia “*salvo desde el punto de vista de la alteridad o construcción de alteridades diferenciadoras que se han hecho la mirada de Chile hacia el Perú. Y esto indudablemente tiene que ver con los alcances de la Guerra del Pacífico y todo el nacionalismo cultural del siglo XX, en el sentido de que para Chile ha sido bastante difícil tener los mismos problemas sociales que el Perú, pero por otro lado sentirse efectivamente victorioso en la guerra quizá más dura y de mayores proyecciones en torno al imaginario latinoamericano. El sentirse victorioso (Chile indudablemente ganó la guerra) es una especie de carga histórica al revés. Es decir, como ganamos la guerra tenemos que seguir siendo exitosos. Y eso ha significado que cuando pensamos a Perú o a Bolivia nos sentimos que no solamente hemos sido exitosos, sino que seguimos siendo más exitosos.*”²⁸² La lectura que hace Cavieres, entonces, gira más bien en torno a una condicionante interna, de una autopercepción de los chilenos que toma al Perú como un elemento de reflejo. “*Creo que la visión sobre los peruanos no afecta tanto nuestro modo de ser interno, sino que más bien afecta la autodefinición que tenemos como sociedad. Que es diferente al caso de Perú, porque allí como perdieron la guerra, la guerra es vista como parte causante de sus problemas no solucionados desde el punto*

²⁸¹Cavieres, Eduardo. Entrevista, Valparaíso, 29 de abril de 2011.

²⁸²Cavieres, Eduardo. Entrevista.

social, a pesar de que allí no siempre es culpa del gobierno chileno ni de la situación chilena.”²⁸³

Lo notable de esta situación radica en el hecho de que para nosotros, la Guerra del Pacífico –y los hechos que sucederían hasta 1929 con la situación de Tacna y Arica– refuerza la identidad nacional en el sentido de cumplir el rol de “reactualizador”, apuntalador moderno del mito militar que el país cultivó desde la Independencia hasta hoy. Desde “La Araucana”, de Alonso de Ercilla, que la cuestión militar en Chile ha sido rescatada por el poder, reprocesada y acomodada a sus intereses y presentada a los demás sectores y actores sociales como parte fundamental de la “chilenidad”. Así también lo entiende Bárbara Silva al decir que *“es significativo que la Guerra del Pacífico se comprenda como un hito en un doble sentido: para algunos como aquél que inaugura la desgracia de Chile, y para otros como un mito que contribuye a forjar, nada menos, que la nación y la identidad chilena”*.²⁸⁴ Para nuestro análisis, es la Guerra del Pacífico un torrente de símbolos que refuerzan este mito identitario militar. Más que el Perú en sí, es la guerra, el conflicto, sus hazañas y desventuras lo que quedó para siempre en el imaginario colectivo nacional. No por nada la cuenta presidencial se hace cada año los días 21 de mayo.

3.4 Consecuencias y condicionamientos en la relación chileno-peruana

La Guerra del Pacífico, la construcción de identidad a partir de ese momento histórico, la mantención a toda costa de los territorios conquistados y la nueva situación internacional condicionaron hasta el día de hoy las relaciones chileno-peruanas. El periodista y diplomático José Rodríguez Elizondo sostiene que a partir de entonces se consolidó una relación en base a las desconfianzas y prejuicios, ya que *“el periodo entre la salida de las tropas de Lima y la firma del Tratado de 1929²⁸⁵ es un periodo tan largo como la Guerra Fría, y es ahí donde Chile pierde la paz. No hubo un pensamiento geopolítico que ayudara a la diplomacia, se refugió en una ingenuidad geopolítica de*

²⁸³ Cavieres, Eduardo. Entrevista.

²⁸⁴ Silva, Bárbara: *Identidad y nación entre dos siglos*. p. 118.

²⁸⁵ El Tratado de 1929, conocido como Tratado de Lima, supuso el cierre definitivo del conflicto entre Chile y Perú. Ratificó la soberanía chilena en Arica y devolvió Tacna al Perú. Junto con esto puso sello final a la mediterraneidad boliviana al disponer que Perú debía dar su venia a cualquier acuerdo de Chile y Bolivia para una salida al mar boliviana por antiguos territorios peruanos. Para muchos analistas este es el origen de toda la problemática geopolítica entre las tres naciones.

proporciones. Cuando Chile dice que está conforme con lo que tiene, que no es un país expansionista, que no quiere más guerras, puede convencernos a nosotros mismos, pero difícilmente a los países que perdieron territorios y que están pensando cómo recuperarlos. Esta es la geopolítica clásica de Von Clausewitz: el vencedor está con las armas debajo de la almohada esperando que el vencido no se potencie, y en el otro lado la situación inversa, esperando que el vencedor se descuide. Esa es la estructura que forja la barricada de desconfianzas y antagonismos. Con eso llegamos hasta el día de hoy.”²⁸⁶

Además de la situación de indefinición de Tacna y Arica se produjo el intento de nacionalización forzada de la zona por parte de Chile, que marcó para siempre la vida de los habitantes de Tacna en particular hasta el día de hoy, contribuyendo al deterioro de la relación. “Entre 1900 y 1925, en las provincias de Tacna, Arica, Iquique y Antofagasta, se dio una nacionalización compulsiva y en ocasiones violenta, llevada a cabo por la sociedad civil al amparo y aun estimulada por el propio Estado chileno”.²⁸⁷ El proceso de “chilenización”, llevado a cabo principalmente entre 1911 y 1920 por las denominadas Ligas Patrióticas, marca para el autor el surgimiento definitivo del nacionalismo de masas, casi chauvinismo, que “llevó a exaltar rasgos xenófobos, fundamentalmente antiperuanos”.²⁸⁸ Destaca Subercaseaux que esto se vio reflejado en el asalto a la Federación de Estudiantes en 1920, durante la “Guerra de Don Ladislao”²⁸⁹, en donde los asaltantes, jóvenes de la elite, colocaron un cartel que decía: “Se arrienda, tratar en Lima”.²⁹⁰ Este hecho, además, consolidó una visión negativa de Chile en el Perú, que mutó en el famoso “revanchismo” peruano de algunos sectores, y que hasta hoy es una piedra de tope en el normal desarrollo de la relación.

La académica Paz Milet, en su artículo “Chile-Perú: las dos caras de un espejo”, llama la atención respecto que “*el periodo posterior a la guerra, fundamentalmente en relación con la división territorial, estuvo marcado por la desconfianza y el surgimiento de*

²⁸⁶ Rodríguez Elizondo, José. Entrevista, Santiago, 15 de junio de 2011.

²⁸⁷ Subercaseaux, Bernardo: *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. 4. p. 119.

²⁸⁸ *Ibíd.* p. 119.

²⁸⁹ La llamada “Guerra de Don Ladislao” fue una bochornosa situación política durante el gobierno de don Juan Luis Sanfuentes (1915-1920), en que su ministro de Guerra, Ladislao Errázuriz, ordenó la movilización de tropas al norte, en vistas de un posible conflicto con el Perú. Sin embargo, el real motivo era alejar de Santiago a la Guarnición capitalina, cercana al candidato presidencial Arturo Alessandri Palma. La prensa agitó los ánimos nacionalistas, y la Federación de Estudiantes fue la que encabezó la oposición a la farsa. De ahí la acusación de “vendido al oro peruano” a todo aquél que criticó la acción del ministro.

²⁹⁰ *Ibíd.* p. 120.

*una serie de discrepancias entre Chile y Perú. La suscripción del Tratado Rada y Gamio-Figueroa Larraín de 1929 sin duda ayudó a reducir los conflictos, al devolver Tacna al Perú; pero quedaron sin resolverse una serie de elementos. Esto ha permitido que aún hoy subsista la idea de una herencia inconclusa”.*²⁹¹

Junto con esto, la autora señala que la persistencia del discurso triunfalista de Chile ante el Perú “*condicionó y condiciona la vinculación futura con sus vecinos del norte, determinando la agenda de política exterior y de defensa a nivel gubernamental; pues la herencia histórica, a pesar de la voluntad política expresada por ambos gobiernos, resurge frente a cualquier divergencia”.*²⁹²

El resultado ha sido la perpetuación de un sinnúmero de desencuentros entre ambas naciones, que junto a la demanda permanente de gestos y de un “reconocimiento” desde el Perú para que Chile haga “gestos”, se mezcla con la visión chilena de un supuesto “revanchismo” peruano. Así, cualquier avance en mayor integración, colaboración y emprendimiento mutuo queda subyugado por estas visiones, resquemores y desconfianzas.

José Rodríguez Elizondo sostiene que Chile no fue capaz de cerrar el capítulo de la guerra con una paz consensuada, que atendiera a la realidad geopolítica y sus implicancias futuras, incorporando a Bolivia y al Perú en una nueva etapa. Al contrario, el país se embarcó en una política de mantener a toda costa lo conseguido por las armas, aferrándose a los tratados firmados como palabra sagrada e irrenunciable, haciendo perdurar las desconfianzas, el “revanchismo” y el temor peruanos. “*La guerra con Chile es la guerra infausta, y Chile es el “enemigo por antonomasia”, como dicen los libros hasta el día de hoy, porque ahí está el problema de la historia cuando se estratifica, se ‘costrifica’. Entonces, no es casual que hayamos tenido esa situación. El fenómeno de la guerra lo sintetizo en mi adhesión a ese eslogan, que no sé cuándo nació, y que dice que Chile ganó la guerra, pero no supo ganar la paz.*”²⁹³

Rodríguez Elizondo sintetiza muy bien las consecuencias que este proceso ha tenido para chilenos y peruanos, donde ambos pueblos han tenido la responsabilidad por tanta

²⁹¹ Milet, Paz: “Chile-Perú: las raíces de una difícil relación”. En *Nuestros Vecinos*. Milet, Paz y Artaza, Mario ed. Instituto Estudios Internacionales, U. de Chile, Santiago, 2007. p 433.

²⁹² *Ibíd.*, p. 432.

²⁹³ Rodríguez Elizondo, José. Entrevista.

distancia, desconfianzas y recelos. *“Hoy parece evidente que ese orgullo (chileno) mutó en arrogancia focalizada y que ésta sirvió poco al interés nacional. En contrapunto con el rencor peruano, amarró el desarrollo futuro de ambos países a una íntima enemistad, que se expresaría, para unos, en la obligación de conservar lo ganado y, para otros, en la necesidad de recuperar lo perdido. Ese amarre impediría asomarse a las posibilidades de una cooperación que los potenciara a ambos conjuntamente (...) Cualquier asociación binacional, proyectada sobre la base de ventajas mutuas, se vería lastrada por un antagonismo irreductible”*.²⁹⁴ La relación entre ambos países terminó, así, privilegiando el antagonismo, caracterizada por políticas reactivas, privilegiando la disuasión antes que la cooperación, el antagonismo antes que el entendimiento, la desconfianza antes que la confianza.

La actual demanda marítima que el Estado peruano ha puesto en la Corte Internacional de Justicia de La Haya²⁹⁵, en referencia a que supuestamente el límite marítimo entre Chile y Perú no estaría delimitado, es el último de una larga serie de desencuentros entre ambas naciones que, incluso, han involucrado a conflictos entre privados que, por las características de la histórica relación bilateral, terminan siendo “tema país”. Sucesos como el caso Luchetti, el caso Aerocontinente²⁹⁶, la guerra del pisco o los grafiteros del Cusco se mezclan casi en un mismo plano con la extradición de Fujimori, la inmigración peruana a Chile, la polémica por inversiones chilenas en Perú o las declaraciones del ex jefe del ejército peruano Edwin Donayre.²⁹⁷ Todos fomentados y condicionados por estas imágenes, visiones, desconfianzas y recelos mutuos que la guerra, la “chilenización” de Tacna y Arica y su utilización política, ideológica y nacionalista, han creado. Volvemos al constructivismo de Wendt y Adler, quienes señalaron la importancia de los discursos e imágenes en la construcción de la definición de qué son los Estados, de

²⁹⁴ Rodríguez Elizondo, José: *Chile-Perú: el siglo que vivimos en peligro*. pp. 26-27.

²⁹⁵ El gobierno del Perú presentó en enero de 2008 una demanda en la Corte Internacional de Justicia de La Haya (CIJ) en la que reclama que los límites marítimos con Chile no estarían delimitados, ya que no existe un Tratado Específico de Límites. Chile, por su parte, sostiene que los acuerdos de 1952 (Declaración de Santiago) y 1954 (Convenio sobre Zona Especial Fronteriza Marítima), que el Perú sostiene ser sólo acuerdos pesqueros, tienen carácter de Tratado limítrofe, y que además el Perú ha respetado como tal desde entonces. Estos acuerdos o tratados fueron firmados en su momento también por el Ecuador. Para más detalles del origen y desarrollo de la controversia desde el punto de vista jurídico y político ver Rodríguez Elizondo, José: *“De Charaña a La Haya”*, La Tercera Ediciones, Santiago, 2009.

²⁹⁶ Milet, Paz, “Chile-Perú: las dos caras de un espejo”. Facultad Latinoamericana de Ciencias, FLACSO Chile, Revista Ciencia Política, Vol. XXIV, n° 2, 2004. p. 7-8.

²⁹⁷ El ex general de ejército Edwin Donayre apareció en un video privado y hecho público en Youtube el 25 de noviembre de 2008, en que aparecía señalando que los chilenos que entren al Perú sólo podrían salir en cajones mortuorios o bolsas plásticas. Los dichos generaron una intensa polémica bilateral con críticas mutuas entre chilenos y peruanos.

su identidad y particularidades. Creemos que el caso de Chile y Perú es uno de los mejores reflejos de este estilo de relaciones internacionales, donde los recelos mutuos, unidos a un discurso donde el ‘otro’ juega un rol fundamental en la edificación del ‘nosotros’ ha condicionado y condiciona esta relación bilateral.

Es necesario aclarar que nuestra postura sobre el constructivismo es aplicada específicamente al caso chileno-peruano. No desconocemos otras realidades en que la contraposición entre dos Estados, naciones o pueblos contribuyen a generar una identidad propia, como sucedió durante décadas entre franceses y alemanes, o entre rusos y polacos. Sin embargo, lo que podemos subrayar del caso chileno-peruano son sus particularidades, principalmente el rol básico y central (aunque no único) de esta visión, por una parte, y en segundo término su permanencia en el tiempo de la mano de la que nosotros creemos que es una concepción de soberanía nacional decimonónica y anacrónica, de acuerdo a las actuales características de las relaciones internacionales, comercio, intercambios culturales y principios identitarios. Todos estos hechos han contribuido a perpetuar esta situación, generando un escenario particular y diferente en contraposición a lo vivido por franceses y alemanes, quienes han entrado en una fase distinta de relación en que la cooperación y el trabajo en conjunto han sustituido a la confrontación y la competencia total.

3.5 El roto chileno

Junto a la exaltación de la imagen guerrera producto de la Guerra del Pacífico, y la instalación del Perú como el “*otro*”, como el enemigo clásico, la figura popular del *roto* chileno es rescatada e integrada al imaginario nacional.

La trayectoria del roto chileno hasta bien entrado el siglo XIX no había sido bien afortunada, a diferencia de lo que comúnmente suele creerse. En efecto “*representaba al mestizo, considerado como la base étnica de la población del país. Sin embargo, hasta 1879 rara vez se consideraba al mestizaje mapuche-español como algo positivo, sino más bien como un lastre para alcanzar el progreso nacional. El singular mestizaje que se dio en Chile permitía explicar, por ejemplo desde la óptica de José Victorino Lastarria, ciertos rasgos atávicos de la sociedad chilena que impedían el desarrollo hacia la*

modernidad".²⁹⁸ La imagen del roto era asociada con borracheras, desmanes, peleas, apuestas, juegos, vagabundaje y todo lo que no se condecía con el ideal aristocrático burgués decimonónico. Así, "*si el vocablo roto estaba definido por su marginalidad social, económica y moral, también lo era por su marginalidad en la configuración del incipiente imaginario nacional chileno previo a la Guerra del Pacífico. En efecto, tal imaginario estaba conformado por 'otros' con nombre y apellido claros y reconocibles*".²⁹⁹ El roto, junto con el indígena, en este contexto hacía las veces del "otro" de la élite, que siempre lo había mirado con desprecio y sin mucho protagonismo en la vida pública.

Los *rotos* no conformaban un grupo homogéneo, sino que existían diferencias y aún jerarquías. No era lo mismo, por ejemplo, un artesano que un *roto raso* pero lo que sí había eran ciertos lugares en que convergían estos grupos sociales compartiendo gustos y tradiciones.

Hacia 1870 se produce un antes y un después en la percepción de los *rotos*. Chile era un país cada vez más modernizado y Santiago una ciudad que cada día atraía a más personas desde el campo. Las influencias francesas estaban al orden del día y el intendente Benjamín Vicuña Mackenna se hizo eco de ellas al emprender una ambiciosa remodelación de la ciudad, que no sólo incluía el heroseamiento urbano, la construcción de los jardines y paseos del cerro Santa Lucía y otras obras inspiradas en el barón Haussmann³⁰⁰, sino también en acelerar la ya importante segregación que existía. La creación del "Camino de cintura", actuales avenidas Vicuña Mackenna y Matta, tenía por misión poner de un lado al mundo decente y civilizado, y del otro, a la barbarie, a los "otros". Se prohibieron algunas chinganas, el comercio ambulante y se intentó por todos los medios alejar a los "rotos" de la nueva ciudad. Los temores a lo ocurrido durante la Comuna de París en 1871³⁰¹ estaban a la orden del día.

²⁹⁸ Cid, Gabriel: "Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo nacional. 1870-1888." p. 223.

²⁹⁹ *Ibíd.* pp. 224-225.

³⁰⁰ George-Eugene Barón Haussmann fue un político, senador y diputado francés, quien bajo el gobierno de Napoleón III (1852-1871) encabezó la más ambiciosa renovación urbana de París, que perdura hasta hoy. Esta consistió en una reforma que buscó mostrar al mundo la grandeza de la ciudad, pero además aumentar el control de los sectores populares. Bulevares, parques, barrios completos fueron construidos, dejando a París ese sello que la distingue.

³⁰¹ La Comuna de París fue un movimiento insurreccional popular que gobernó París entre marzo y mayo de 1871, que buscó instaurar un gobierno con democracia directa y estructuras económicas igualitarias. Fue cruentamente reprimido por el ejército francés recién derrotado en la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871).

Si antes el roto no había sido tomado en cuenta en el imaginario nacional, ahora esta situación se reforzaba. De hecho, para muchos, como lo refrenda la obra *Chile ilustrado*, de Recaredo Santos Tornero, el roto no era más que uno de los componentes del mundo popular.³⁰² El roto no era un bien hablado y su vestimenta era escasa, sucia y vulgar. Su higiene era, de más está decirlo, deplorable. Su aspecto era de tez más bien morena, surcado por una intrínseca “malicia”, que además estaba acompañada por su indudable fuerza física y resistencia admirables. “*Tales condiciones físicas explicaban lo bien cotizado que era el peón chileno en el extranjero para llevar a cabo faenas pesadas. Esto le permitía expresar otras características innatas del roto, como ‘su carácter vagabundo’ y su ‘ardiente sed de aventuras’.*”³⁰³ Por contrapartida resaltaba su amistad con el despilfarro, el juego y la bebida. La obra de Santos Tornero estableció un estereotipo popular en desmedro de sus otros representantes.

La fuerza física y su capacidad para la lucha fueron los únicos elementos rescatables que la élite vio en este grupo social, y supo aprovecharlo en una ola de sentimientos nacionalistas en el momento adecuado, por oposición al *cholo* peruano. Así lo resume Zorobabel Rodríguez: “*Hay, no obstante, entre las cualidades de uno y otro notables diferencias. Aquel (el cholo) es por lo general débil de complexión, flaco de piernas y abultado de panza; éste (el roto) robusto, musculoso y enjuto de carnes; aquel expansivo y casi siempre palangana; éste taciturno y reservado; aquel más artista; éste más esforzado; y aquel en fin un andaluz injerto en indio peruano; éste un vizcaíno injerto en araucano*”.³⁰⁴

Como sostiene Jocelyn-Holt, el ideario nacional chileno en el siglo XIX se fundamenta más bien en un ideario político republicano más que en vínculos de carácter étnico. Esto sólo habría perdurado hasta el estallido de la Guerra del Pacífico, momento en que se “*produjo la coyuntura precisa para la movilización por parte de la elite del roto como ícono nacional, pues propició en la sociedad chilena una etnización clara del*

³⁰² Cid, Gabriel: “Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo nacional. 1870-1888”. p. 228.

³⁰³ *Ibíd.* p. 229.

³⁰⁴ Rodríguez, Zorobabel: *Diccionario de chilenismos*. Imprenta de “El Independiente”, Santiago, 1875, p. 170 en Cid, Gabriel, “Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo nacional. 1870-1888”. p. 231.

*nacionalismo, contexto clave para levantar estereotipos sociales –como el roto- basados en una ‘racialización’ de la nación”.*³⁰⁵

La convergencia social de la guerra también se hizo sentir en el Chile de 1879. La efervescencia patriótica dio por el suelo con la crisis económica en que el país venía sumido desde 1873 y el pueblo, sin distinción de clases sociales, hizo suyo el conflicto, pese a la existencia de enrolamiento forzoso. La pasión nacionalista se desbordó por esos días.³⁰⁶ Para Gabriel Cid el momento es clave en la construcción de la nación en Chile, ya que ésta a partir de entonces empezó a verse en términos más bien étnicos en vez de su tradicional sentido político. *“La definición de la patria se desvinculaba del contenido político, pasando a reivindicar elementos como la ‘cuna, sepultura de nuestros padres, familia, orgullo, pasado’ en su resemantización. La obsesión por encontrar rasgos culturales propios de cada pueblo y contrastarlos fue una de las claves de este proceso, lo que se puede constatar transversalmente en la prensa de la época”.*³⁰⁷

Se produjo una verdadera obsesión por encontrar un lazo de continuidad entre el pasado prehispánico y las nuevas naciones. La historia cumplió por esos días un papel de constatación de continuidades y distinciones entre los países en pugna, que buscaban encontrar o crear antecedentes justificativos para el discurso nacionalista, que dejaba en claro su capacidad de adaptación a este y otras coyunturas. *“Así, la obsesión nacionalista por la historia primitiva de los países contendores fue concebida como el depósito más puro de lo que se creía eran las virtudes y esencias fundamentales y atemporales de la nación”.*³⁰⁸ Dentro de este contexto el *roto* chileno cumplió el rol de encarnar, de convertirse en el ícono que aunase tales discursos étnicos y de unidad nacional.

Para el autor, el *roto* chileno comenzó a ser glorificado y enaltecido después del asalto a Pisagua. Uno de los primeros que lo saludaron fue el propio Zorobabel Rodríguez, quien resaltó siempre las mayores atribuciones físicas y guerreras del *roto* chileno, además de su patriotismo innato, rayano en la locura, a diferencia de peruanos y bolivianos, quienes

³⁰⁵ *Ibíd.* p. 232.

³⁰⁶ *Ibíd.* pp. 234-235.

³⁰⁷ *Ibíd.* p. 235.

³⁰⁸ *Ibíd.* p. 236.

en su opinión no conocían a la patria “más que de nombre”.³⁰⁹ Julio Pinto apunta a la existencia de un patriotismo popular al comprobar la rápida y masiva movilización popular para la guerra. La imagen del *roto* fue glorificada por todas las clases sociales, tomando mano además de una serie de prácticas preexistentes que hicieron posible su mitificación como héroe colectivo.

Durante 1880 se volvió a celebrar el 20 de enero, la batalla de Yungay -bastión de la liturgia nacionalista chilena nuevamente desde entonces-, aunque el clímax de su veneración vendría después de las batallas de Chorrillos y Miraflores, en que en poemas y artículos se glorificaba su ser. No sólo comenzó a rescatarse al *roto* en su condición de innato sentimiento nacional, sino también en su condición social. Se admiraba su humildad, su nobleza, su sencillez y solidaridad. Su nacionalismo desinteresado debía ser un ejemplo para la élite.

A continuación, se dio paso a la construcción de una suerte de linaje histórico del *roto*, hasta ese momento inexistente. Por supuesto se tomaron sus virtudes guerreras, pero además “*en un contexto de proclive a la difuminación de las tensiones étnicas en pos de la unidad nacional, la figura del roto como encarnación de la nación representaba mayores potencialidades de socialización como ícono en un país cuya población era mayoritariamente mestiza*”.³¹⁰

Pero sería, por supuesto, su raigambre guerrera la que, hasta el día de hoy, generaría mayores aplausos. Gabriel Cid rescata al mismo Vicuña Mackenna, autor de la gran remodelación de Santiago que pretendió en su día aislar a los *rotos* de la “gente decente” quien, en un extenso artículo sobre la “cuna histórica” del *roto* insertaba estrofas de “La Araucana” estableciendo aquél nexo mítico entre los mapuches de la conquista y los *rotos* de la Guerra del Pacífico, siendo su verdadera cuna la Guerra de Arauco y los soldados de la frontera sus verdaderos antepasados.

La idea de Vicuña Mackenna era obviamente asociar a los *rotos* antiguos y modernos con el soldado. Así, el *roto* no fue él mismo sino hasta cuando volvió a tomar las

³⁰⁹ Rodríguez, Zorobabel: “En Pisagua como siempre”, diario “El Independiente”. Santiago, 13 de noviembre de 1879. En Cid, Gabriel: “Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo nacional. 1870-1888”. p. 238.

³¹⁰ *Ibíd.* p. 245.

armas. *“Vicuña Mackenna formuló la propuesta esencial de su argumento: para que el roto contemporáneo fuese verdaderamente el roto histórico, debía tomar las armas, pues ‘el verdadero, el único roto genuino es el roto armado, el roto de guerra’. En definitiva, y en palabras que ejemplifican muy bien el carácter de ícono funcional que asumió el roto guerrero ‘es el único tipo que acepta la historia como emblema nacional’”*.³¹¹

El autor, así, cree que para la década de 1880 ya estaba definido el carácter racialmente singular de Chile, cuyas potencialidades –sobre todo bélicas- las encarnaba el “roto”.

En la inmediata postguerra se dio la discusión sobre la retribución real y concreta al roto chileno en pago a sus servicios en el reciente conflicto. La actuación del Estado con muchos de ellos, en especial con los veteranos más desvalidos, mutilados o discapacitados, fue triste y dio pie a un cúmulo de críticas en la época. Así, *“la fama, junto con la lana, se la llevarían los encopetados”*,³¹² como rezaba un folleto de la época. Juan Rafael Allende, uno de los más críticos con la actuación del gobierno de la época frente a estas personas parodió al propio presidente Santa María:

“Dulce patria, recibe a esos rotos/Cual merecen, con pompa y honor.

De laurel coronados y libres/A su rancho se vuelva y ¡adiós!

(...) El rotito no tiene otro halago/Que cumplir su sagrado deber:

*El o triunfa o perece ¡y el pago!/ ¡Se da al rico, a ese vil mercader!”*³¹³

Entonces, surgió la idea de una conmemoración física en su homenaje, un monumento en su honor. Así, en 1888 se levantó el monumento al *roto* chileno en la Plaza Yungay, en Santiago. La obra escogida fue *“Un héroe del Pacífico”*, de Virginio Arias, mención honrosa en el Salón de París de 1882 y medalla de oro en la Exposición Nacional de Santiago en 1884.³¹⁴ Fue inaugurado el 7 de octubre de 1888 con presencia del Presidente Balmaceda. En aquella oportunidad sucedió un hecho muy significativo, y es

³¹¹ *Ibíd.* p. 246.

³¹² *Ibíd.* pp. 248-249.

³¹³ Allende, Juan Rafael: “Gratitud gubernativa”, En el periódico satírico *El Padre Cobos*. Santiago, 6 de mayo de 1884.

En Cid, Gabriel: “Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo nacional. 1870-1888”. p. 249.

³¹⁴ *Ibíd.* p. 250.

que el entonces intendente de Santiago, Prudencio Lazcano, hizo un llamado a los trabajadores a “desechar las falsas teorías” que se estaban difundiendo ya en el mundo obrero. La cuestión social y la organización obrera al amparo del marxismo y el anarquismo estaban a la vuelta de la esquina.

Sergio Grez sostuvo que tras la Guerra del Pacífico “*se produjo una revalorización de la autoimagen de los trabajadores, una ‘revolución psicológica del roto chileno’ que fue un factor importante para comprender la rápida progresión de los movimientos reivindicativos y de protesta social de los artesanos, obreros y mineros*”.³¹⁵ Lo relevante de la inauguración del monumento al roto chileno en 1888 es que la élite buscó darle un sustrato de profundidad histórica al *roto* como ícono nacional. De hecho, para el acto se modificó la letra del Himno de Yungay, creado por Rengifo y Zapiola en 1839.

“Cantad ciudadanos/Hermanos cantad,

Que hoy Chile al soldado/Levanta su altar.

(...) El deja los goces/La tierra y hogar,

Por irse a los campos/De guerra a pelear

Manejando el arma/Con brío y soltura,

*Como la herramienta/De su agricultura”.*³¹⁶

, en p. 252

La comprensión de estos hechos, documentados en la obra de Gabriel Cid que hemos citado, nos permite derribar también uno de los más grandes y perdurables mitos de la historia nacional: el de la supuesta canonización del roto chileno en 1839, algo que en su momento también había sido advertido por Bernardo Subercaseaux. Así, queda mucho más clara la enorme importancia del Perú y la Guerra del Pacífico en la construcción de nuestra nación. “*La elección de la plaza de Yungay para erigir el monumento del roto, las*

³¹⁵Grez, Sergio: *De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* RIL, 2ª edición, Santiago, 2007, 2ª edición, p. 579, Citado en Cid, Gabriel: “Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo nacional. 1870-1888”. p. 251.

³¹⁶“Al soldado chileno o hijo del pueblo”. Publicado en *El Ferrocarril*, Santiago, 7 de octubre de 1888, En Cid, Gabriel: “Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo nacional. 1870-1888”. p. 252.

*referencias históricas en el discurso de Prudencio Lazcano y la adecuación de la letra al Himno compuesto en 1839 por Rengifo y Zapiola son fenómenos que tienen poco de azaroso. En efecto, lo que se buscaba conscientemente era vincular al ícono heroificado en la Guerra del Pacífico con la victoria de Yungay, en un ejercicio premeditado de otorgarle un mayor espesor histórico a una figura claramente funcional y contingente. Se producía así ‘la invención de la tradición’ del roto vinculado a Yungay, a través de una escenificación mítica y que a partir de 1889 dio paso a la ‘fiesta del roto chileno’ conmemorada cada 20 de enero. Es importante recalcar que en la Guerra contra la Confederación nunca se mencionó siquiera al roto en documento alguno respectivo a la victoria de Yungay, ni durante ni mucho menos después de la guerra. A pesar de esto, uno de los mitos más difundidos por la historiografía nacional, y sobre todo por obras de divulgación, es afirmar que el roto chileno tuvo su origen en los campos de Yungay, lo que no tiene ningún apoyo documental, más allá de una lectura nacionalista retrospectiva’.*³¹⁷

El rescate del *roto* chileno vino acompañando y consolidando el nuevo proceso de actualización del discurso nacional, que veremos a continuación. Luego de la victoria chilena en la Guerra del Pacífico, la imagen del *roto*, que también había combatido en la guerra de 1839, aunque sin la misma mitificación, llegó a convertirse en el alma nacional. De ahí la condena total de la novela de Joaquín Edwards Bello, “*El Roto*”, una sátira a este mito fundador de la nación chilena y a sus supuestas virtudes. Más que razas, en Chile lo que hay son castas sociales, decía el célebre novelista y cronista.

3.6 De la “raza” chilena a la identidad empresarial

El rescate del *roto* chileno a fines del siglo XIX estaba dentro de una lógica que para Bernardo Subercaseaux constituye el segundo *tiempo* de construcción nacional en el país, que él ha denominado “tiempo de integración”.³¹⁸ Esta segunda etapa constructora de la identidad nacional, y para nosotros la última y definitiva que desde entonces sólo se ha maquillado y actualizado, “*incorpora discursivamente a los nuevos sectores sociales y étnicos que se han hecho visibles, reformulando la idea de nación hacia un mestizaje de connotaciones biológicas o culturales y confiriéndole al Estado un rol preponderante como*

³¹⁷ *Ibíd.* p. 252.

³¹⁸ Subercaseaux, Bernardo: *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. 4. p. 17.

agente de integración".³¹⁹ Se concibe a la nación como entidad corpórea, intentando por todos los medios mantener la cohesión social.

En tiempos del Centenario se hace una descarnada evaluación que lo condena, pasándose a un nuevo modelo de nación. *"(...) el nacionalismo se convierte en un rescate de aquello que es más particular de un pueblo: las costumbres, la lengua, los refranes, los modos de ser, la tradición. Lo cultural se convierte en criterio central de existencia de la nación. La base de la nación pasa a ser, así, no tanto una frontera geográfico-política, sino una frontera cultural, espiritual, de idiosincrasia, a la que a menudo (...) se le adjudican rasgos psicológicos y un soporte étnico o racial"*.³²⁰

Los intelectuales nuevos de la época hacen un diagnóstico nada de positivo sobre la realidad del país. El juicio de estos pensadores, de distinto cariz, matices y perspectivas, apunta sin embargo a dos cosas bien claras: la decadencia de la elite, su fracaso en el desarrollo del país y una insoportable actitud extranjerizante. Dentro del más activo proceso de construcción de la identidad nacional que se da en Chile, al igual que en toda Latinoamérica, entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, el país debe actualizar su discurso de cohesión nacional debido a diversos factores. *"Chile es un país que debido a triunfos militares aumentó el territorio, necesita por ende –cuando todavía hay problemas de límites pendientes- consolidar un sentido de cohesión y poderío nacional"*.³²¹ Los nuevos intelectuales críticos de la aristocracia parsimoniosa, afrancesada y decadente; y *"parapetados en un nacionalismo cultural de nuevo cuño – un nacionalismo mesocrático y étnico que amplía el concepto tradicional de nación- elaboraron un pensamiento sensible a la 'cuestión social', proteccionista en lo económico, favorable al espíritu práctico, a una moral de esfuerzo y del trabajo y a una educación más ligada a la industria que a las letras"*.³²²

En esta misma época comienza a discutirse el rol de la educación. Se proponen reformas a una educación que hasta ese momento había sido exageradamente intelectual, abstracta y extranjerizante, sugiriéndose su cambio por una más a tono con las tradiciones

³¹⁹ *Ibíd.* p. 17.

³²⁰ *Ibíd.* p. 117.

³²¹ *Ibíd.* p. 26.

³²² *Ibíd.* p. 27.

chilenas. Además, debía ampliar su cobertura e integrar a sectores obreros, mujeres y estudiantes de provincia. Esta educación, por otro lado, debía incorporar el sentimiento de nacionalidad. Comenzó el fomento al deporte y la gimnasia, la higiene social y la lucha contra el alcoholismo, basadas todas en las ideas eugenésicas y la psicología de las masas de la época, principalmente las de Gustavo Le Bon. Subyace la idea de que la nación es la instancia que legitima el tipo de educación que se postula.³²³

Junto a la educación, amplios sectores sociales, entre ellos muchos empresarios, pujaron por una independencia industrial en el país, que sacara a Chile de la dependencia extranjera y posibilitara así una ampliación de la identidad nacional por medio de una industria nacional.³²⁴

De la mano de estos análisis, exigencias y conclusiones se logra una apertura identitaria –los momentos de crisis hacen revivir las tendencias identitarias- hacia los sectores populares, con cuyo concurso se entiende que se puede construir una verdadera nación. *“La existencia de la ‘cuestión social’, así como los discursos de denuncia que ella inspira, generan una tensión entre esta realidad popular y la opulencia del Centenario con que la oligarquía celebra su proyecto nacional. Esta tensión posibilita un intento de redefinición de nación, o al menos, una alternativa al discurso desde el poder”*.³²⁵

Los discursos de denuncia van a incidir determinantemente en el futuro de la autoconcepción de Chile, pero sin modificar –insistimos- el tronco fundamental de la idea de nación e identidad que el país ha mantenido sin grandes cambios hasta el día de hoy. Uno de los primeros fue el líder radical Enrique Mac Iver, autor en 1900 de un artículo titulado “La crisis moral de la República”, en que diagnostica fuertes males al interior de la nación, denunciando la obsesión política y el partidismo paralizante. Crítica a la oligarquía dominante por haber olvidado el sentido del bien común. Además, Mac Iver nos entrega un interesante análisis al respecto de la conflagración chileno-peruana. *“Esta crisis tendría un fundamento moral, más profundo que la crisis económica de la que se hablaba en esos años, y por lo tanto más peligrosa para el progreso de Chile. El punto de quiebre sería la*

³²³ Ibíd. p. 52.

³²⁴ Ibíd. pp. 31-32.

³²⁵ Silva, Bárbara: *Identidad y nación entre dos siglos*. p. 106.

Guerra del Pacífico, cuestión interesante, ya que varios de los ensayistas del centenario explicarán el cambio de rumbo en el proyecto nacional a partir de este hito”.³²⁶

Más certero para nosotros es la apreciación del futuro líder comunista Luis Emilio Recabarren, para quien la nación no sería más que una ficción tras la cual se parapetan los intereses de la élite sin ningún interés de integración de los sectores populares más allá, como hemos dicho, del simbolismo identitario con visión legitimadora. Luis Emilio Recabarren se pregunta en su célebre obra “Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana”: “*Y si a los cien años de vida republicana, democrática y progresista como se le quiere llamar, existen estos antros de degeneración, ¿cómo se pretende asociar al pueblo a los regocijos del primer centenario?*”. La culpa es directa hacia esa misma élite que hizo la Independencia –o más bien la dirigió–, y que reivindica su conducción de la nación, que a su vez refuta Recabarren: *¡La burguesía de este país ha sido la que ha creado la prostitución política, la trata de blancos! Para ella toda la responsabilidad. Para ella toda la condenación. ¿Acaso alguno se atrevería a condenar al pueblo que, miserable, andrajoso y hambriento y vicioso acepte una moneda en cambio de esa soberanía que él no comprende, ni sabe para qué le sirve?*”.³²⁷ Para Recabarren, la república y su sistema sólo sirven de sustento para mantener los privilegios de la élite.

Una opinión similar es la del doctor Julio Valdés Canje, en su seudónimo de Alejandro Venegas y su obra “Sinceridad, Chile íntimo en 1910”, donde achaca a la élite la responsabilidad del atraso de los sectores marginales, cuyo orden tan apreciado no sería más que una fábula para preservar el poder justificándose en el discurso de la anarquía. “*Todos los oligarcas, todos los explotadores tiemblan al solo nombre del anarquismo, y sin embargo no solo no se piensa en prevenirlo, sino que se le busca y se le provoca. El anarquismo es el fruto del hambre, del frío, de la miseria, de la ignorancia y de la abyección que ya tiene desesperado a los más, a causa de la codicia, la rapiña y la inhumanidad de los menos...*”³²⁸

³²⁶ Ibíd. p. 113.

³²⁷ Recabarren, Luis Emilio: *Ricos y pobres*. Citado en Silva, Bárbara. *Identidad y nación entre dos siglos*. P. 114

³²⁸ Venegas, Alejandro (Dr. Julio Valdés Canje), *Sinceridad, Chile íntimo en 1910*. Santiago, Ed CESOC, 1998. P. 257, en Silva, Bárbara., *Identidad y nación entre dos siglos*. p. 115.

Por otro lado, Francisco Encina plantea un decaimiento moral de la sociedad y un afán de rescate de lo propio, lo chileno, pero de una manera distinta: apelando al contacto con las clases elevadas. La raza original chilena *“sería un obstáculo para el progreso, situación que se agrava con el deficiente sistema educacional y la fuerte penetración extranjera. Como corolario, la presencia de doctrinas sociológicas y socialistas es un factor que habría contribuido en la decadencia del espíritu de nacionalidad”*.³²⁹ Para Alejandro Venegas, el tema de la excesiva admiración por lo extranjero sería uno de los componentes negativos del carácter nacional: *“Nuestro país, que con tanta nimiedad imita lo extranjero en todo lo que es lujo, ostentación, formas externas, refinamientos vicioso, no ha sabido seguir los pasos de las naciones viejas y experimentadas, en lo tocante a preparar la resolución de los problemas sociales”*.³³⁰

Sin embargo, uno de los más polémicos y notables temas de la época tuvo que ver con la supuesta “raza chilena”. El primero en advertir sobre este tópico fue el doctor Nicolás Palacios, quien escribió su célebre obra “Raza chilena”, que pasó a la historia más que por sus argumentos por el impacto que provocó su discurso racial de la identidad chilena. La obra de este autor, para Bernardo Subercaseaux, *“es un rescate del roto como base étnica de la nación, y como fenotipo de la raza chilena. Por pertenecer a los sectores populares el roto es también quien mejor conserva el alma nacional sin perversiones foráneas, incontaminada”*.³³¹ El roto sería para Palacios una raza mestiza privilegiada producto del cruce de dos razas biológicamente puras de sicología patriarcal o guerrera: los godos y los araucanos, que entre ambos forman una raza homogénea.

Subercaseaux dice sobre texto de Palacios: *“Las ideas de Palacios, aunque estrafalarias desde el punto de vista de la etnohistoria, resultaban funcionales a un proceso de mitificación del roto chileno, que databa desde la Guerra del Pacífico. Coincidían además con un proceso que se daba en otros países del continente: la incorporación del ‘otro’, del bárbaro, de la alteridad al imaginario republicano de la nación, a un nuevo ‘nosotros’, ya fuera a través de la ideología del mestizaje, como ocurrió en México, o a través de un ‘otro’ que se reconocía como parte de la nación: como*

³²⁹ *Ibíd.* p. 122.

³³⁰ *Ibíd.* p. 122.

³³¹ Subercaseaux, Bernardo: *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. 4. p. 33.

ocurrió con el gaucho en el Río de la Plata y con el cholo en los países andinos".³³² Así, se produjo un ensanchamiento del imaginario nacional, y un nuevo 'nosotros' vino a afianzar el mito de la homogeneidad de la nación. El propio Ejército de Chile se hace uno de los más acérrimos defensores de esta idea, según la historia publicada por el Estado Mayor General entre 1980 y 1985, donde se valora la supuesta homogeneidad de la raza, la mezcla de sangre araucana y española y la amalgama de sus virtudes durante la Guerra de Arauco. *"En el siglo XVII, entre el Aconcagua y el Maule, casi no existían habitantes de pura raza indígena. Todos eran mestizos. El soldado español y el encomendero criollo empiezan a mezclar su sangre con jóvenes mestizas, lo que produjo un tipo mestizo muy blanqueado, muy cargado de sangre blanca europea"*.³³³

Sobre una supuesta raza chilena, Bernardo Subercaseaux lo descarta de plano: *"La categoría de 'raza chilena', como base étnica de la nación, es, por lo tanto, una invención intelectual, una representación que carece de fundamento objetivo. Se trata de un significativo vacío que puede ser llenado con distintos rasgos, sean estos biológicos, psíquicos, culturales o sociales. Precisamente esto es lo que ocurre –de modo casi impresionista- en la mayoría de los ensayos que se refieren a la raza chilena"*.³³⁴

Para el autor, lo que se ha hecho en Chile no es más que una representatividad. La "raza chilena" cumpliría así un papel representativo que se construye sobre la realidad, carente de un correlato real, aun cuando puede poseer elementos de percepción, identificación, reconocimiento, identificación y exclusión. Son portadoras de lo simbólico. *"'Raza chilena' le da un sustento a la idea de homogeneidad. Las representaciones corrigen sentidos ocultos que contruidos social e históricamente se internalizan en el inconsciente colectivo o se representan como naturales, dispensando la reflexión. Desde este punto de vista, la fuerza de las representaciones se da no por su valor de verdad, o de correspondencia discursiva con lo real, sino por su capacidad de movilizar acciones y de producir reconocimiento y legitimidad social. 'Raza chilena', como*

³³² *Ibíd.* p. 33.

³³³ *Ibíd.* p. 35.

³³⁴ Subercaseaux, Bernardo: "Raza y nación: ideas operantes y políticas públicas en Chile, 1900-1940". p. 70.

*representación, se inserta en un régimen de verosimilitud y credibilidad, y no en uno de veracidad”.*³³⁵

Además, estos constructos están íntimamente ligados con las estructuras sociales y de poder, quienes son las que al final del día les dan su sello e impronta definitiva. *“Los imaginarios están sujetos a disputas y aquellos que se imponen expresan una supremacía lograda en una relación sociohistórica de fuerzas. El poder simbólico de hacer creer algo sobre el mundo y de utilizar un régimen de representaciones implica un cierto control de la vida social, expresa por lo tanto una hegemonía”.*³³⁶

Subercaseaux advierte, entonces, un cambio en la percepción y **construcción** de la nación, que pasa de una integración por símbolos a una estrategia de constructivismo racial, por medio de una infinidad de acciones. La integración del *roto*, la lucha contra el alcoholismo, el deporte, el debate sobre el derecho, la delincuencia, la higiene pública y su relación con la eugenesia, las enfermedades venéreas, la enorme mortalidad infantil, eran asuntos que se asumían como problemas de la “raza”. El criollismo, una vertiente literaria que marcaría a fuego el país durante todo el siglo XX, buscó la creación de tipos literarios contruidos sobre la base del determinismo étnico y geográfico como Mariano Latorre.³³⁷ *“En todos estos órdenes, ya sea en el plano del discurso, de la construcción simbólica o de la acción pública, está presente de modo implícito o explícito la idea de la preservación y mejoramiento de la raza. Esa lucha y el combate a los factores que la amenazaban era la forma de contribuir al destino de la nación. Desde esta perspectiva raza y nación son una misma instancia”.*³³⁸

La crítica de esta nueva intelectualidad y el surgimiento de este nuevo nacionalismo de carácter eminentemente científicista, criollista y racial, tiende a asociar lo aristocrático con lo femenino; y lo criollo y popular con lo varonil. Los comportamientos refinados, *afrancesados* de la élite, su elegancia, lujo, derroche, ocio, parlamentarismo, políticos pusilánimes, degeneración y decadencia son contrastados con la “nación patriarcal”, la que correspondería a la *“industria, al espíritu emprendedor y guerrero, al roto, al régimen*

³³⁵ *Ibíd.* p. 70.

³³⁶ *Ibíd.* p. 71.

³³⁷ *Ibíd.* p. 72.

³³⁸ *Ibíd.* p. 72.

presidencial, a las figuras de Portales y Prat, al orden, a la raza gótico araucana, a una literatura que no debía ser escapista y que debía rescatar las tradiciones vernáculas.”³³⁹ Se masculiniza la imagen de nación y se proclama como un proyecto de futuro, de transformación del país. *“Un nacionalismo nuevo, de cuño integrador y mesocrático”*.³⁴⁰

Para Jorge Larraín, el debate de la identidad chilena entre 1930 y 1950 *“va acompañado de nuevas formas de conciencia social de carácter antioligárquico que han abandonado las certezas positivistas decimonónicas, y que intentan afirmar una identidad chilena contra la modernidad y el mercado. Sin embargo, el empuje de la industrialización conducida por el estado y la ampliación de la participación política y los derechos sociales, se constituyó en el gran centro alrededor del cual continuó el debate nacional y contribuyó sin duda a la formación de nuevos elementos en la identidad nacional”*.³⁴¹

Entre las décadas de 1940 y 1960 en Chile se constituye una cultura de masas en atención a los nuevos medios de comunicación, como la radio y posteriormente la televisión. Los medios de comunicación moldean la manera en cómo las formas culturales se establecen, facilitando la construcción de nuevas formas de autorreconocimiento y lucha para las masas.

Al mismo tiempo, el país comenzaba a debatir sus propuestas de desarrollo futuras. El paradigma de la modernización, las teorías de la dependencia y el pensamiento de la CEPAL se instalaron fuertemente en el debate. Estos nuevos debates abrieron la puerta a la discusión sobre el desarrollo y la modernización, únicos caminos para derrotar la pobreza. Para Jorge Larraín, este hecho marca el surgimiento de una nueva identidad en Chile, una identidad de carácter desarrollista con el objetivo de alcanzar el desarrollo económico industrial, con el Estado como principal protagonista. *“La lucha política en esta época giraba alrededor de cómo lograr desarrollo y bienestar para todos. Era indispensable concientizar al pueblo, abandonar el derroche populista y adoptar una nueva ética de trabajo. El sistema económico capitalista debía ser cambiado o, si se le mantenía, había que humanizarlo y, siguiendo políticas intervencionistas, proteger a los trabajadores y redistribuir el ingreso nacional a su favor. La nueva identidad tenía, por lo tanto, una*

³³⁹ *Ibíd.* p. 85.

³⁴⁰ *Ibíd.* p. 85.

³⁴¹ Larraín, Jorge: *Identidad chilena*. pp.107-108.

*matriz igualitaria y desarrollista que combinaba desarrollo industrial con apoyo estatal y con ampliación de los derechos de los trabajadores”.*³⁴²

El punto culmine de la época de las grandes planificaciones fue el gobierno de la Unidad Popular, cuyas características y desarrollo son tema de otro estudio, pero que acabó abruptamente con el golpe de Estado de 1973. La dictadura de Pinochet, junto a su sistemática y masiva política de violaciones a los derechos humanos, abrió el país a la inversión extranjera y la importación de bienes de consumo, abriendo el camino al neoliberalismo que rige hasta el día de hoy, con varios matices, la economía nacional. Luego de un despertar económico que hizo a muchos pensar en que por fin Chile estaba en la senda del desarrollo, el colapso de 1982 no hizo sino confirmar que el mercado no es capaz de solucionar todas las demandas de una sociedad.

Muchos entonces se volvieron, como en toda crisis, a la búsqueda de la identidad como una manera de buscar las respuestas ante tantas complejidades. *“Las dudas sobre la modernidad, exacerbadas por las políticas económicas de ‘shock’, se viven también como una crisis de identidad. Esta crisis no es sólo propia de la identidad chilena sino también de la identidad latinoamericana, que los chilenos comparten. En esta época resurge el interés por estudiar temas identitarios”.*³⁴³ La discusión en estos años girará en torno a que todos los grandes proyectos de desarrollo desde los años '30 han fracasado o fracasarán porque no habrían respetado la supuesta identidad chilena. Se acusa una vez más, algo recurrente en la historia de nuestro país, al afán extranjerizante de todas las propuestas de desarrollo, con especial énfasis en lo europeo o estadounidense. Sin embargo, la dictadura no se embarcó, a nuestro juicio, en un reposicionamiento de lo nacional, más allá de los énfasis puestos en las celebraciones de efemérides militares en los colegios y un discurso nacionalista anti-marxista. Ni siquiera los festejos del Centenario de la Guerra del Pacífico provocaron en Chile una revisión de la identidad en referencia al Perú. Lo cual demuestra, a nuestro entender, que el discurso nacional sólo ha sido reforzado en dosis mínimas, siendo prácticamente el mismo desde hace casi un siglo.

³⁴² *Ibíd.* p. 123.

³⁴³ *Ibíd.* p. 125.

Quizá el único gran aporte de la dictadura a la construcción de la identidad nacional haya venido por el lado del surgimiento de una identidad empresarial postmoderna. Esta se basaría en una propuesta de tres instancias tomadas de los análisis de Bernardo Subercaseaux: Chile país diferente, Chile país ganador y Chile país moderno. Un intento diferenciador de Chile respecto a América Latina (país frío, de rasgos europeos); una actitud dinámica y triunfalista con base en el despegue económico y; un país eficiente que crece y se desarrolla aceleradamente.³⁴⁴ Estas ideas-fuerza privilegian las dimensiones económicas y tecnocráticas de la modernización. Destaca el empuje, el dinamismo, el éxito y la ganancia.

Esta nueva postura incluye también una interpretación propia del postmodernismo, como apoyo a la modernidad reemplazando la identidad por una nueva o simplemente sustituyéndola por una “no-identidad”.³⁴⁵ *“Sus contornos son más difusos que otras versiones, pero sus proyecciones son profundas. Se le podría acusar de reduccionismo esencialista en cuanto privilegia la figura del empresario como modelo identitario (...) Es una visión que intenta seducir también a las masas mediante el acceso al consumo y la promesa del fin de la pobreza”*.³⁴⁶

Luego del retorno a la democracia en 1990, la economía chilena logra avances espectaculares, destacándose el descenso del desempleo, un crecimiento de un 7% en promedio y la desaparición de la inflación como problema crónico. La pobreza, pese a seguir existiendo, retrocede dramáticamente durante los años '90 y 2000, pese al mantenimiento de la desigualdad estructural del país. Durante estos años se abre otro debate, aquél que dice en relación con la democratización real de la nación. La Concertación, que gobernó al país entre 1990 y 2010 no quiso, de todas maneras, embarcarse en una aventura de grandes modificaciones en este ámbito, contentándose sólo con cambios a nuestro juicio cosméticos, que no desdibujaran el ensamblaje de la constitución de 1980 y el carácter de “garantes” de la misma por parte de las FF.AA. y caminando de la mano con el neoliberalismo reinante.

³⁴⁴ *Ibíd.* p. 163.

³⁴⁵ *Ibíd.* p. 170.

³⁴⁶ *Ibíd.* p. 172.

En estos momentos surgen una vez más quienes pretendieron que Chile y América Latina debían abandonar su vieja identidad para entrar al club de la modernidad. Así, por ejemplo, Claudio Véliz sostiene que el problema de la modernización en América Latina es la resistencia cultural que la propia identidad latinoamericana le habría opuesto. El fracaso latinoamericano no se debía, así, a la dependencia, a las estructuras deficientes, o a las políticas económicas socialistas, sino más bien *“a su propia identidad cultural, a su aversión al riesgo y al cambio, a su desconfianza de lo nuevo, a su preferencia por la estabilidad y el control central, a su respeto por el ‘status quo’ y las viejas lealtades”*.³⁴⁷ Para Larraín, la postura de Véliz -admiradora del legado cultural inglés-estadounidense- recuerda las viejas teorías liberales y positivistas del siglo XIX y también las teorías de la modernización de los años '40-'70.

³⁴⁷ *Ibíd.* p. 134.

CONCLUSIÓN

Después de examinar con detenimiento el proceso de construcción de la nación en Chile y el Perú, y de detenernos en el rol jugado por uno y otro en la respectiva construcción nacional podemos comenzar a desarrollar las conclusiones.

En el caso del Perú notamos que el papel de nuestro país ha sido más relevante en su proceso de autopercepción, aunque sin constituir su elemento principal. Después de examinar lo que ha sido la Guerra del Pacífico para el Perú -un verdadero cataclismo que sacudió las estructuras más profundas del país, provocando un colapso total del Estado- comprendemos que Chile se ha transformado en un polo de atención para el Perú en dos sentidos. En el primero, y a causa de la derrota en la guerra, la anexión de territorios, la larga discusión sobre Tacna y Arica, el asunto de Bolivia, las compras de armamentos y otros hechos, Chile ha pasado a ser visto como una amenaza para el Perú, país que aún no logra superar totalmente el trauma de la guerra. El “revanchismo” peruano es algo presente en la vida cotidiana de algunas personas, y es un elemento para algunos grupos de poder al interior del país, aunque no ciertamente de una mayoría, pero se trata de grupos con notable influencia en los medios y en la política.

Chile fue el protagonista de la mayor tragedia en la historia del Perú, que no sólo provocó en el país del norte un trauma profundo, sino además le otorgó el relato épico y heroico que toda nación necesita y que la Independencia, debido a ser más impuesta que buscada, no pudo darle. El máximo héroe nacional y encarnación del ideal naval del Perú es Miguel Grau, almirante y jefe del Huáscar, muerto trágicamente en el combate de Angamos. Andrés Avelino Cáceres fue el jefe de la resistencia en la sierra contra la invasión chilena, rescatando la dignidad mancillada de la nación peruana. Alfonso Ugarte fue el símbolo de la resistencia civil ante el enemigo, mientras que Nicolás de Piérola, Francisco Bolognesi o Francisco García Calderón son héroes que contribuyeron a la lucha por su país. Por el contrario, el hombre que firmó la paz con Chile, Miguel Iglesias, sigue siendo hasta hoy una figura que genera celos y controversias.

El simbolismo de la guerra está presente en el país en todos sus rincones. Y por cierto, eso terminó formando parte de la construcción de una religión civil. El día de la

bandera es el 7 de junio, el aniversario de la derrota en el Morro de Arica en 1880, mientras que el 8 de octubre, combate en Angamos, es un día feriado en el Perú. Si bien es cierto que Chile es un país donde la derrota es fuente de memoria histórica emotiva, creemos que la carga de simbolismo es mayor en el Perú, ya que a diferencia de Chile el efecto de la derrota le da a estas celebraciones en el Perú un aire de rescate de la dignidad, antes que resaltar un heroísmo épico en una gesta que terminó en victoria, como el caso chileno.

Por otro lado, Chile se ha convertido en un referente para el Perú. Como señalaba Julio Cotler, Chile encarna lo que Perú “siempre ha querido ser”. La admiración sincera por la institucionalidad chilena; la añoranza de una figura como Diego Portales, a quien en el Perú se lo ve como enemigo, pero también como “organizador” de Chile; el paso de la antigua Capitanía General pobre, lejana y olvidada a ser un interesante, pero imperfecto, modelo de desarrollo han hecho que los peruanos no puedan dejar de mirar al sur. La cita del presidente Alan García de “superar a Chile” es toda una biografía de la realidad del país desde la Guerra del Pacífico hasta hoy.

El papel de Chile, más que simbólico, ha terminado siendo así referencial. Un rol referencial que evoca lo peor de la historia peruana, pero al mismo tiempo una suerte de ejemplo de lo que el país es capaz de hacer. Alberto Adrianzén lo resumía muy bien cuando decía que si el Perú tenía muchos más recursos que Chile, entonces el futuro estaba al alcance. *“Perú tiene más tierras cultivables que Chile, más riquezas minerales. Y si tú lo echas a andar bien... ¡Carajo! ¡Es un paisote! (sic). Y con una gran cultura.”*³⁴⁸

La imagen de Chile en el Perú, por lo tanto, sufre de una contradicción o de una bipolaridad. Rechazo y desconfianza, por una parte; admiración y modelo a seguir, por otra.

En cuanto al rol del Perú como constructor de la nación chilena debemos concluir que su papel ha sido importante, pero no decisivo. En efecto, pudimos comprobar que el Perú ha estado presente en la construcción de nuestra nacionalidad, pero no tanto como agente o actor, sino más bien como símbolo. El Perú, en primer lugar simboliza, como contrapunto, el ocaso de una gran civilización frente a un Chile que, otrora pobre y despreciado, ha llegado a ser un país relativamente desarrollado, políticamente estable y

³⁴⁸Adrianzén, Alberto. Entrevista.

cohesionado. Sin embargo, el más importante punto en el que se convierte en símbolo es en el terreno emotivo, épico, que representa la Guerra del Pacífico.

El gran conflicto bélico del siglo XIX no dejó en Chile los grandes traumas que dejó en el Perú. Además, fue un conflicto lejano, vivido a muchos kilómetros del centro del país, lo que privó al gran público de conocer sus vicisitudes más crudas y negativas. Y además terminó en un triunfo total de las armas chilenas sobre dos países, con la ocupación de una ciudad que en esos años aún conservaba gran parte de su antigua magia y esplendor. Así, el tema de la guerra se unió al discurso militar del cual hablaba Jorge Larraín, actualizándolo, reinventándolo y dándole un cariz diferente. El antiguo mito del chileno hijo del español y mapuche, en medio de la Guerra de Arauco, que legó la virilidad, entrega, sacrificio y esfuerzo por un ideal mayor (en este caso la Patria) quedó de manifiesto en la conflagración de 1879.

La Guerra del Pacífico, así, apuntaló el discurso nacional militar de Chile, que había estado presente a través de La Araucana por medio de la educación y la transmisión de los medios. El roto chileno fue ensalzado, a contrapunto del cholo y el indio peruano, y el Perú pasó a ser a ojos de los chilenos el otro débil, cobarde, derrotado, incapaz de defender su rica tierra ante las implacables armas de un pueblo pobre, pero joven y aguerrido, destinado a ser un actor de primera plana en la historia de América. La larga duración del asunto Tacna y Arica dilató el fin del conflicto por décadas, arrastrando esa visión por años debido a la necesidad de mantener el país cohesionado en previsión de un nuevo conflicto con el Perú. La carga emotiva, emocional y propagandística de ese hecho, en momentos en que la intelectualidad chilena reevaluaba la idea de nación, incorporando un discurso étnico o de raza terminó por consagrar esa visión del Perú y otorgarle un papel especial en la idea de nación que tenemos los chilenos.

Esa idea mutó en un sentimiento, para los peruanos, de arrogancia. Se trató de una autopercepción de máximo orgullo que, combinada con las necesidades de mantener lo recientemente ganado por las armas, fue reforzado por el Estado chileno. Para nosotros esa es la razón de que el Perú, país que no juega un rol de referente para Chile, sí hace el papel del símbolo. Además, el mismo derrotero histórico de Chile hace que mantenga una postura reactiva frente al Perú, que al mismo tiempo –como señaló también Jorge Larraín- tiene

mucho de temor, temor a reevaluar lo ganado, a perderlo. De ahí se explica la forma más bien defensiva como las autoridades chilenas reaccionan ante cualquier polémica con el Perú.

El hecho de seguir sintiéndose “ganadores” de la guerra, como dice Joseph Dager, es un hecho que provoca rechazo en el Perú. Y refleja no solamente, a mi juicio y a modo de conclusión, la intención de mantener lo ganado a toda costa, sino el simbolismo que la guerra le ha dado a la autoimagen de Chile. Como vimos en el capítulo dedicado a la construcción de la nación en nuestro país, la imagen, el *mito* de un país construido a la sombra de un supuestamente permanente estado de guerra fue reactualizado después de la Guerra del Pacífico incluso con mayor énfasis que la Independencia. La explicación de lo anterior es que mientras el conflicto bélico con peruanos y bolivianos fue un éxito exclusivamente chileno, el conflicto independentista fue un fracaso, y sólo alcanzó su objetivo gracias a la ayuda de las tropas del general José de San Martín. El panteón de los héroes de la Independencia no estuvo aderezado de grandes victorias, a diferencia de lo sucedido con la Guerra del Pacífico, por más que la intelectualidad, la clase política y la gente común se esfuercen llamativamente por resaltar más las derrotas que los triunfos, algo que da para un estudio político, histórico y sociológico de proporciones.

El fenómeno ha sido ampliamente destacado por importantes intelectuales e investigadores de Chile y el Perú. La académica Paz Milet, una de las más importantes intelectuales que ha investigado las relaciones entre Chile y el Perú, destaca al respecto que el triunfo chileno en la guerra “*permitió la persistencia de la noción de unas fuerzas armadas ‘jamás humilladas y jamás vencidas’ y generó un sentimiento de excesivo orgullo nacional, que condicionó y condiciona la vinculación futura con sus vecinos del norte, determinando la agenda de política exterior y de defensa a nivel gubernamental*”.³⁴⁹

La construcción de la nación en Chile, por lo tanto, llevada a cabo por las elites por medio del Estado, tuvo en el Perú, y particularmente en el episodio de la Guerra del Pacífico y sus consecuencias, un importante apuntalador de la identidad, orgullo y autopercepción nacional, frente a un ‘otro’ que encarnaba (y para muchos encarna) lo que Chile supuestamente no es: un país desorganizado, con una clase política irresponsable, con

³⁴⁹Milet, Paz: “Chile-Perú: las dos caras de un espejo”. En *Nuestros vecinos*, p. 228.

un grupo popular (cholo) débil, pusilánime, físicamente menos dotado que el “roto” chileno y con una historia que insiste en ser llamada ‘superior’.

En cuanto al proceso más global de la construcción nacional en Chile y el Perú podemos concluir que está claro que ha sido edificado y conducido desde las elites, por medio del Estado, desde la Independencia, manteniéndolo -con matices más o matices menos- hasta hoy. Para Chile, sin embargo, ha sido un proceso menos complejo y más exitoso que para el Perú. Nuestro país, por razones tan diversas como la mayor homogeneidad racial, una elite más pequeña y cohesionada, la ventaja del territorio más fácil de manejar, entre otras, pudo llegar a la meta de manera más rápida.

Un pequeño alcance sobre la homogeneidad chilena. Hay que hacer la aclaración que hablar de “mayor homogeneidad” no quiere decir de ninguna manera que los chilenos seamos un pueblo único racialmente, sino simplemente que las diferencias étnicas en Chile son sensiblemente menores que en otros países de América Latina (como el Perú), donde la diversidad cultural del país ha sido suprimida sistemáticamente por el Estado y que la autonomía política de las regiones no ha tenido un espacio significativo para expresarse. Sin embargo las diferencias existen, y a mi juicio la mayor diferenciación interna que caracteriza a Chile no es étnica, sino social. La enorme desigualdad del país se traduce, para mi percepción, en la existencia de una gran heterogeneidad social, con grandes diferencias de clases que constituyen abismos de pensamiento, cultura, vivencia y objetivos distintos entre ellos y que podemos apreciar incluso en una misma ciudad. Pero a comparación con el Perú, y para efectos de nuestro estudio, resulta absolutamente certero decir que Chile es un país mayormente homogéneo racialmente, siendo la gran mayoría de su población de origen mestizo.

Al momento de obtener la Independencia, Chile abarcaba efectivamente más o menos desde Copiapó hasta el río BíoBío. Desde ahí pudo expandirse hacia Chiloé y Magallanes; más tarde hacia las zonas interiores de Valdivia y Llanquihue, y en el último cuarto del siglo XIX a las actuales regiones de Arica-Parinacota, Tarapacá, Antofagasta y, en la zona, sur, La Araucanía. A diferencia de otros países de la región, el poblamiento chileno partió desde un lugar focalizado (el centro del país) hacia los extremos, apartando y marginando a la población nativa. Esto explica, en mis términos, el porqué de la

homogeneidad de Chile que se ve incluso reflejada en una cierta manera uniforme de hablar.

Sobre esa base se asentó el proceso de construcción nacional, que por medio del Estado divulgó una historia común, una cierta comunidad de hechos, vínculos, intereses y destinos que unían a todos los chilenos. Este discurso al ser meramente identitario, no incluyente, careció de la demanda de democracia interna. Los discursos nacionales no tienen necesidad de ser democráticos, ya que no buscan como objetivo la creación de igualdad, sino meramente la construcción de un espacio identitario común, la “comunidad imaginada” de la que nos hablaba Benedict Anderson. Nación y democracia no son lo mismo y Chile no fue la excepción. Esto explica por qué la población de nuestro país se siente absolutamente chilena y, al mismo tiempo, ha vivido en permanente demanda de mayores grados de inclusión y equidad.

Los elementos simbólicos que han logrado identificar a los chilenos han sido también promovidos por el Estado. Es decir, temas como la educación, la identificación popular a través de la figura del “roto” chileno o discursos épico-memorales como “La Araucana” de Alonso de Ercilla, la supuesta tradición guerrera plasmada en la Guerra del Pacífico y la supuesta superioridad de una historia como decía Gonzalo Bulnes son construcciones fabricadas o apropiadas por el Estado, recicladas y presentadas al gran público por medio de la educación, la prensa u otros medios.

Por otro lado, para el Perú el proceso de construcción de la nación ha tenido también en las elites, por medio del Estado, su principal articulador. Sin embargo, a diferencia de Chile el proceso ha tenido muchos más problemas para lograr su objetivo final: una “comunidad imaginada” como dice Benedict Anderson.

En primer lugar, el Estado peruano ha sido incapaz de abarcar a todo el país. Esto se puede entender por dos grandes razones: la impresionante diversidad y complejidad geográfica que dificulta las comunicaciones, y principalmente la enorme heterogeneidad étnica y cultural del país, en donde las diferencias lingüísticas y de cultura juegan un rol determinante. Gran parte de la población peruana es de origen indígena, y vastas

comunidades mantienen al quechua y aimara como idiomas principales. No ha sido, por lo tanto, muy fácil la integración en estas condiciones.

Si a eso le agregamos que en el Perú, al igual que en Chile, la construcción de la nación ha sido un proceso impuesto, no consensuado, ya podemos aventurar ciertas conclusiones. En Chile la incorporación, pese a su carácter no democrático, fue más fluida ya que apuntaba a un conjunto social más o menos homogéneo, que compartían elementos culturales y que permitió el surgimiento de un sentimiento de pertenencia, más no democrático, como vimos. En el Perú, en tanto, había que convencer a un sector social perteneciente a un pensamiento y cultura absolutamente diferente, que lejos de sentirse integrado se sintió avasallado por un pensamiento y una cultura distinta y extraña.

Miguel de Althaus hace una conclusión que, en cierto grado, nos permitimos compartir: *“el Perú es una nación en formación y que el principal agente de su formación ha sido el Estado, con éxito muy distinto según las épocas. Es que el Estado no es un ente abstracto, sino que sus acciones y su fuerza dependerán de los grupos, capas sociales o clases que dominen el aparato estatal. En el siglo pasado había una suerte de vacío en ese dominio por ausencia de una burguesía, o de una aristocracia terrateniente orgánica al contrario de lo que ocurrió en Chile. Alternaban en el dominio del aparato estatal los caudillos militares, los ideólogos individualistas y poco representativos”*.³⁵⁰ El fortalecimiento en el siglo XX del Estado por parte de una burguesía agroexportadora, que gobernó con el Partido Civil y otras veces en alianza con los militares, no se pudo constituir en burguesía nacional.³⁵¹

Perú intentó crear, como vimos en la introducción al capítulo dedicado a su experiencia, una autoimagen con raíces en el remoto pasado incaico. Esta autoimagen intentó crear un discurso simbólico que remitía al incario, pero que en la práctica no significó una real integración de los indígenas. Más bien lo contrario, sólo se trató con el elemento del incario simbolizar el rechazo al inmediato pasado español, pero sin que los indígenas se convirtieran en un actor de la construcción del nuevo país. Además, la falta de real integración, los problemas de cobertura estatal y la marginación indígena hicieron

³⁵⁰ De Althaus, Miguel: *“Identidad nacional y Estado en el Perú”*. p. 229.

³⁵¹ Cotler, Julio: *Clases, estado y nación en el Perú*. pp. 388-389.

imposible el logro de esta meta. En ese momento surge el tema de Chile como actor en la construcción nacional peruana.

Como resultado de este proceso, la relación bilateral ha sido dependiente de estos discursos, imágenes y de un pasado manoseado, lleno de desconfianzas y carente de gestos mutuos de reconocimiento o desagravio. Ambos Estados han intentado construirse edificando imágenes propias y antagonistas que refuerzan el ‘nosotros’. Como dice la académica Paz Milet “*la relación entre Chile y Perú aún está fuertemente condicionada por la herencia histórica que se evidencia, principalmente, en la existencia de una serie de imágenes antagónicas. Estas se identifican fundamentalmente con la noción de dos países rivales, para los que la Guerra del Pacífico fue y es un elemento primordial en la generación de una identidad nacional. En el caso de Perú, es una herida siempre abierta, que implicó la pérdida de la continuidad Tacna-Arica y que condicionó su vinculación con la antigua Capitanía. En el caso de Chile, supuso la incorporación de nuevos territorios y la formación de una identidad orgullosa de los triunfos frente al antiguo virreinato poderoso*”.³⁵²

El discurso patriótico, o incluso patriotero y chovinista, difundido por la educación, libros, proclamas y medios masivos de comunicación, que los reiteran y repiten como credo sagrado, verdad absoluta o antropomorfización caricaturesca se han encargado de construir una idea e imagen del otro funcional a ciertos intereses. José Rodríguez Elizondo habla de ciertos autores que crean el mito, lo funden, lo condensan y moldean el imaginario de sus pueblos. Cita a Manuel González Prada, de quien dice que “*quien mejor supo fundir el sentimiento autoflagelatorio con el rencor*” cuando señala que “*la mano brutal de Chile despedazó nuestra carne y machacó nuestros huesos*”.³⁵³ Por otro lado, Chile vivió un “cambio de pelo”³⁵⁴, dejando atrás el pasado de sumisión y subordinación al Perú. Se terminó subestimando al derrotado, algo muy curioso si la tarea era justamente resaltar las virtudes propias, y la elite terminó felicitándose de que el modelo chileno haya podido conseguir tamaña proeza sin ver a su sistema político enfrentado a una crisis. En fin, Chile habría podido vencer su apocamiento y alimentar un ego ávido de méritos.

³⁵² Milet, Paz: “Chile-Perú: las dos caras de un espejo”. p. 8.

³⁵³ Rodríguez Elizondo, José. *Chile-Perú. El siglo que vivimos en peligro*. p. 25.

³⁵⁴ *Ibíd.* p. 25.

Nosotros pensamos que esta situación es fruto de muchos factores históricos, educacionales, discursivos y de carencias en la relación diplomática. Sin embargo, y como nos aclaró el profesor Eduardo Cavieres refleja también el mantenimiento de la idea de nación, o de Estado-nación, sobre la base de una noción de soberanía no actualizada, propia del siglo XIX, y que se ha mantenido no tanto por inercia, sino por la propia política de ambos Estados. No han existido, a juicio nuestro, iniciativas tendientes a superar esta idea sustentada en una noción de suma cero, en donde cualquier iniciativa tendiente a reconocimiento mutuo es inmediatamente vista como claudicación, debilidad o sometimiento ante el vecino o rival. Se ha llegado a un nivel tal que cualquier atisbo de diálogo, negociación, entendimiento entre ambos países es visto como debilidad, acompañado por declaraciones rimbombantes de políticos, pensadores y otros actores que ayudan a profundizar la desconfianza mutua. Esto se puede ver en la antesala de una justa futbolística, por ejemplo, pero también se experimenta al más mínimo roce diplomático, económico o cultural. La noción de soberanía basada en una relación de rivalidad permanente, competitividad total y desconfianzas crónicas ha impedido a ambas naciones tender puentes de conocimiento mutuo, ya sea con base en las relaciones diplomáticas, intercambios comerciales, culturales, artísticos, deportivos, etc. Esta situación ha alimentado los resentimientos mutuos, que indudablemente existen.

El resultado es la falta de conocimiento mutuo, comprensión, entendimiento entre ambas naciones, que ha derivado en reiterados desencuentros, desconfianzas y animadversiones. La demanda marítima en La Haya es solamente el último capítulo de una larga bitácora de hechos, a los que se suman las críticas por las grandes inversiones chilenas en el Perú, la guerra gastronómica entre ambos países y hechos más bien anecdóticos como el caso de los dos *grafiteros* chilenos que rayaron un muro histórico en Cusco hace algunos años, y que derivó en una ácida polémica. Si los chicos hubieran sido de otra nacionalidad tal vez el asunto no hubiera pasado a mayores.

A causa de esta situación el balance es más bien negativo, aunque hemos podido observar un ánimo de superación de estos esquemas, un cierto consenso en aumentar los contactos y, utilizando el ya clásico paradigma de la Unión Europea, la ambición de superar la noción de Estado-nación y soberanía a nuestro juicio añejo que sigue prevaleciendo en

Perú y Chile, cambiarlo por un concepto de soberanía que no niegue la negociación, el intercambio y el entendimiento mutuo.

Sin embargo, los resquemores son muchos y muy profundos. Ambos países pueden comenzar después del tema de la demanda marítima en La Haya a construir una nueva etapa en su relación, con la integración de Bolivia como tercer actor, superar los discursos, imágenes, desconfianzas propios de la larga y pesada herencia de la Guerra del Pacífico, reconocer la mutua diversidad y complejidad del 'otro' y desde ese punto construir un camino nuevo y de colaboración. Pero para eso falta mucho. Se debe concientizar no sólo a la población de superar estos viejos y añejos paradigmas y percepciones, sino también a los sectores más influyentes y a quienes manejan la difusión de estos discursos. De lo contrario, chilenos y peruanos seguiremos siendo unos desconocidos, viviendo en medio de una desconfianza y resquemor que lamentablemente ha sido un sello en esta relación.

BIBLIOGRAFÍA

I. ARTÍCULOS:

-Allan, Pierre: “Ontologías y explicaciones en la Teoría de las Relaciones Internacionales”. “Revista Ciencia Política”, Vol. XXI, Número 1, Santiago, 2001.

-Adler, Emanuel: “Constructivism and international relations”. En Handbook of international relations. W. Carlsnaes ed. London: ThousandsOaks. 2006.

Aranda, Gilberto; Salinas, Sergio: “Cronotopos y parusia: las identidades míticas como proyecto político”. Polis. Revista de la Universidad Bolivariana. Vol. 9, n° 27, 2010, pp. 15-43.

-Aranda, Gilberto. “Etnocacerismo o el moderno retorno a la tradición”. Temas de historia argentina y americana. Pontificia Universidad Católica Argentina, Fac. Filosofía y Letras. Instituto de Historia Argentina y Americana, Buenos Aires, 2006.

-Artaza, Mario: “Las relaciones entre Chile y Perú: una vecindad difícil”. En Artaza, Mario; Milet, Paz, editores: *Nuestros vecinos*. RIL editores: Universidad de Chile, Instituto de Estudios Internacionales. Santiago, 2007.

-Bonilla, Heraclio; Spalding, Karen: “La independencia en el Perú: las palabras y los hechos”. En serie Perú problema. Instituto de Estudios Peruanos IEP, Campodónico ediciones, Lima, 1972.

-Bonilla, Heraclio: “Perú y Bolivia”. En Bethell, Leslie: *Historia de América Latina*. Vol. VI. Cambridge University Press. Editorial Crítica, Barcelona, 1991.

-Cid, Gabriel: “Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo nacional. 1870-1888.” En Cid, Gabriel; San Francisco, Alejandro: *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX*. Vol. II. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, 2009

-Cotler, Julio. “Crisis política, ‘outsiders’ y democraduras: el ‘fujimorismo’”. En Perelli, Carina; Picado, Sonia; Zovatto, Daniel compiladores. *Partidos y clase política en América*

Latina en los 90. Instituto Interamericano de Derechos Humanos, San José, Costa Rica, 1995.

-De Althaus, Miguel: “Identidad nacional y Estado en el Perú”. En *Perú: identidad nacional*. CEDEP, Lima, 1979.

-Fermendois, Joaquín; Perry, Mariana: “El factor internacional en la conciencia del Estado-nación. Chile entre Argentina y Brasil 1889-1902” En Stuvén, Ana María; Pamplona, Marco, editores: *Estado y nación en Chile y Brasil en el siglo XIX*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, 2009.

-Florez, José Miguel: “El viaje interior: la dinámica social peruana y el ‘problema chileno’”. En -Artaza, Mario; Milet, Paz, editores: *Nuestros vecinos*. RIL editores: Universidad de Chile, Instituto de Estudios Internacionales. Santiago, 2007.

-Iglesias, Ricardo: “El papel de la educación en la construcción del Estado nacional”. En Cid, Gabriel; San Francisco, Alejandro, editores. *Nación y nacionalismo en Chile, siglo XIX*. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, 2009.

-Iturra Gamarra, Alejandro Pablo: “1883-1929: una mirada crítica a la actuación de Chile en los años de postguerra”. En: Artaza, Mario; Milet, Paz, editores: *Nuestros vecinos*. RIL editores: Universidad de Chile, Instituto de Estudios Internacionales. Santiago, 2007.

-Milet, Paz: “Chile-Perú: las dos caras de un espejo” En: *Revista de Ciencia Política*. Vol. XXIV, n° 2, Santiago, 2004.

-Milet, Paz: “Chile-Perú: las raíces de una difícil relación”. En: Artaza, Mario; Milet, Paz, editores: *Nuestros vecinos*. RIL editores: Universidad de Chile, Instituto de Estudios Internacionales. Santiago, 2007.

-Möller, Francisca: “Los acuerdos del Pacífico Sur y el límite marítimo entre Chile y Perú” En: Artaza, Mario; Milet, Paz, editores: *Nuestros vecinos*. RIL editores: Universidad de Chile, Instituto de Estudios Internacionales. Santiago, 2007.

-Rodríguez Elizondo, José: “El ayer y el mañana de la relación con Perú y Bolivia”. En: Artaza, Mario; Milet, Paz, editores: *Nuestros vecinos*. RIL editores: Universidad de Chile, Instituto de Estudios Internacionales. Santiago, 2007.

-Stefoni, Carolina: “La migración en la agenda chileno-peruana. Un camino por construir”. En: Artaza, Mario; Milet, Paz, editores: *Nuestros vecinos*. RIL editores: Universidad de Chile, Instituto de Estudios Internacionales. Santiago, 2007.

-Subercaseaux, Bernardo: “Raza y nación: ideas operantes y políticas públicas en Chile, 1900-1940” En Cid, Gabriel; San Francisco, Alejandro: *Nacionalismos e identidad nacional en Chile: siglo XX*. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, 2010.

-Tugendhat, Ernest: “Identidad personal, nacional y universal”. En revista “Ideas y Valores. Revista Colombiana de Filosofía”. , N° 100. Bogotá, Colombia, abril 1996.

II. LIBROS:

-Adrianzén, Alberto: *Estado y sociedad*. Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, DESCO. Lima, 1990.

-Alegría, Cirio. *El mundo es ancho y ajeno*. Lima: OrbisVentures S.A.C., 2005.

-Aljovín de Losada, Cristóbal: *Visión del Perú: historia y perspectivas*. Agenda: Perú. Lima, 1999.

-Aljovín de Losada, Cristóbal: *Caudillos y constituciones: Perú, 1821-1845*. Instituto Riva Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2000.

-Anderson, Benedict: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica México D.F., 1993

-Aranda, Gilberto; López, Miguel Ángel; Salinas, Sergio: *Del regreso del inca a Sendero Luminoso: violencia y política mesiánica en Perú*. Ril Editores, Santiago, 2009.

-Aranda, Gilberto. *Mesías andinos: continuidad y discontinuidad entre Velasco Alvarado, Fujimori y Ollanta Humala*. Editorial Universitaria, Santiago, 2010

- Arróspide, César y otros. *Perú: identidad nacional*. CEDEP, Lima, 1979.
- Artaza, Mario; Milet, Paz, editores: *Nuestros vecinos*. RIL editores: Universidad de Chile, Instituto de Estudios Internacionales. Santiago, 2007.
- Bákula, Juan Miguel: *El Perú en el reino ajeno*. Universidad de Lima, Fondo de Desarrollo Editorial. Lima, 2006.
- Bákula, Juan Miguel: *Perú: entre la realidad y la utopía*. Fondo de Cultura Económica. Lima, 2002.
- Basadre, Jorge: *Índices de introducción a las bases documentales para la historia de la república del Perú con algunas reflexiones*.
- Basadre, Jorge: *Historia de la República del Perú. 1822-1933*. Vol. VI-VII-VIII-IX-X-XI. Universitaria. Editorial Brasa. Lima, 1983.
- Basadre, Jorge: *La iniciación de la República*. F. y E. Rosay. Lima, 1929-1930.
- Basadre, Jorge: *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú*. Lima: Ediciones COPE, Editado por el Departamento de Relaciones Públicas de PetroPerú. Lima, 2007 (Lima: Gráfica Técnica SRL).
- Basadre, Jorge: *Memoria y destino del Perú*. Fondo Editorial del Congreso. Lima, 2003.
- Basadre, Jorge. *Perú: problema y posibilidad: ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú*. F. y E. Rosay, Lima, 1931.
- Belaúnde, Víctor: *Peruanidad*. Eds. Libr. Studium. Lima, 1957.
- Belaúnde, Víctor: *Peruanidad, contorno y confín*. Fondo Editorial del Congreso. Lima, 2007.
- Benavides, Alfonso: *Una difícil vecindad. Los irrenunciables derechos del Perú en Arica y los recusables acuerdos Peruano-Chilenos de 1985*. Editorial de la Universidad, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. . Lima, 1988.

- Bengoa, José: *La Comunidad Fragmentada: nación y desigualdad en Chile*. Catalonia. Santiago, 2009.
- Bengoa, José: *La Comunidad Perdida: ensayos sobre identidad y cultura: Los desafíos de la modernización en Chile*. Catalonia. Santiago, 2009.
- Bethell, Leslie: *Historia de América Latina*. Volúmenes VI, X, XV y XVI. Ed. Crítica. Barcelona, 1990.
- Bonilla, Heraclio: *Un siglo a la deriva: ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP, Lima, 1980.
- Búlnes, Gonzalo: *La Guerra del Pacífico*. Tres volúmenes. Sociedad Imprenta y Litografía Universo. Valparaíso, 1911.
- Cavieres, Eduardo: *Chile-Perú, la historia y la escuela. Conflictos nacionales, percepciones sociales*. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 2006.
- Cavieres, Eduardo; Aljovín de Losada, Cristóbal compiladores: *Chile-Perú; Perú-Chile en siglo XIX: la formación del Estado, la economía y la sociedad*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 2005.
- Cid, Gabriel; San Francisco, Alejandro, editores. *Nación y nacionalismo en Chile, siglo XIX*. Vols. I y II. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, 2009.
- Cid, Gabriel; San Francisco, Alejandro: *Nacionalismos e identidad nacional en Chile: siglo XX*. Vols. I y II. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, 2010.
- Connor, Walker: *Etnonacionalismo*. Trama editorial. Madrid, 1998.
- Contreras, Carlos; Cueto, Marcos: *Historia del Perú contemporáneo: desde las luchas por la Independencia hasta el presente*. Pontificia Universidad Católica del Perú: Universidad del Pacífico, Centro de Investigación: Instituto de Estudios Peruanos, San Miguel, Lima, 2000.

- Cotler, Julio. *Clases, estado y nación en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos IEP, Lima, 2005
- Cotler, Julio: *Democracia e integración nacional*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP, Lima, 1980.
- Cotler, Julio: *Descomposición política y autoritarismo*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP. Lima, 1993.
- Cotler, Julio: *El fujimorismo*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP. Lima, 2000.
- Cotler, Julio. (Et al.) *El Gobierno Militar, una experiencia peruana, 1968-1980*. Compiladores McClintock, Cynthia, Lowenthal, Abraham F. Instituto de Estudios Peruanos, IEP, Lima, 1985.
- Cotler, Julio: *Política y sociedad en el Perú. Cambios y continuaciones*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP. Lima, 1994.
- De Soto, Hernando: *El otro sendero: la revolución informal*. Instituto Libertad y Democracia. Lima, 1986.
- Degregori, Carlos: *Indigenismo, clases sociales y problema nacional: la discusión sobre el "problema indígena" en el Perú*. Ediciones Centro Latinoamericano de Trabajo Social, CELATS, Lima, 1978
- Degregori, Carlos: *La Década de la antipolítica: auge y huida de Aberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2001.
- Degregori, Carlos: *No hay país más diverso: compendio de antropología peruana / Carlos Iván Degregori, editor: Carlos Iván Degregori [et al.]*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima. 2000.
- Ferrero Costa, Eduardo: *Relaciones del Perú con Chile y Bolivia*. Centro Peruano de Estudios Internacionales, CEPEI, Lima, 1989.
- Flores Galindo, Alberto: *Aristocracia y plebe*. Mosca azul. Lima, 1984.

- Flores Galindo, Alberto: *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes*. Editorial Horizonte. Lima, 1988.
- Flores Galindo, Alberto: *La tradición autoritaria*: APRODEH: Sur, Casa de Estudios del Socialismo. Lima, 1999.
- Flores Galindo, Alberto: *Obras completas. Vol. V*. Agencia Sueca de Cooperación Científica con los Países en Desarrollo, SAREC. Lima, 1997.
- Flores Galindo, Alberto: *Violencia y campesinado*. Instituto de Apoyo Agrario. Lima, 1985.
- Foucault, Michel: "Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión". Siglo XXI editores. Buenos Aires, 2002.
- Gellner, Ernest: *Naciones y nacionalismo*. Alianza Editorial, Madrid, 2001.
- Glave, Luis Miguel: *La república instalada*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP. Lima, 2004.
- Godoy, Hernán: *El Carácter chileno*. Editorial Universitaria. Santiago, 1991.
- Góngora, Mario: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria. Santiago, 2010.
- González Prada, Manuel: *Páginas libres/Horas de lucha*. Prólogo y notas: Luís Alberto Sánchez. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976.
- González, Sergio: *La llave y el candado: el conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)*. LOM Ediciones, Universidad de Santiago de Chile, 2008.
- Grompone, Romeo: *La escisión inevitable*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP. Lima, 2005.
- Grompone, Romeo: *Las nuevas reglas del juego*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP. Lima, 2005.

- Grompone, Romeo; Mejía, Carlos: *Nuevos tiempos, nueva política: el fin de un ciclo partidario*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP, Lima, 1995.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl. *El Antiimperialismo y el Apra*, Ed. Ercilla, 2ª edición, Santiago, 1936.
- Hernández, Max: *¿Es otro el rostro del Perú?* Agenda: Perú. Lima, 2000.
- Hobsbawm, Eric: *Naciones y nacionalismo*, Ed. Crítica, Barcelona, 1997.
- Iwasaki, Fernando: *Nación peruana: entelequia o utopía: trayectoria de una falacia*. Centro Regional de Estudios Socio-Económicos, Lima, 1988.
- Jocelyn-Holt, Alfredo: *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Editorial Espasa Calpe. Buenos Aires, 1997.
- Klarén, Peter: *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP, Lima, 2004.
- Krebs, Ricardo: *Identidad chilena*. Eds. Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, 2008.
- Larraín, Jorge: *Identidad chilena*. LOM ediciones. Santiago, 2001.
- Larraín, Jorge: *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1996.
- Leyton, Cristián: *Amigos y vecinos en la costa del Pacífico. Luces y sombras de una relación*. Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos, ANEPE. Santiago, 2007.
- López, Sinesio: *Ciudadanos reales e imaginarios: concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*. Instituto de Diálogo y Propuestas, Lima, Perú, 1997.
- López, Sinesio: *Democracia y corrientes de pensamiento*. Movimiento Manuela Ramos, Lima, 2002.
- Macera, Pablo: *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional*. Fanal. Lima, 1956.

- Macera, Pablo. *Visión histórica del Perú. Del paleolítico al proceso de 1968*. Editorial Milla Batres, Lima, 1978.
- Manrique, Nelson: *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*. Centro de Investigación y Capacitación: Editora Ital Perú. Lima, 1981.
- Manrique, Nelson: *La sociedad virtual y otros ensayos*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial. Lima, 1997.
- Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Empresa editora El Comercio S.A. Lima, 2005
- Mc Evoy, Carmen: *Forjando la nación: ensayos sobre historia republicana*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú. Instituto Riva Agüero. Sewanee, TN: TheUniversity of the South. Lima, 1999.
- Mc Evoy, Carmen: *La utopía republicana: ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Lima, 1997.
- Mc Evoy, Carmen: *Un proyecto nacional en el siglo XIX*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial. Lima, 1994.
- Méndez, Cecilia: *El Poder del nombre, o la construcción de identidades étnicas y nacionales en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP. Lima, 2002.
- Méndez, Cecilia: *Indios si, indios no*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP. Lima, 2000.
- Miranda, Enrique: *La nacionalidad*. Lima (s. n.) 2004.
- Morgenthau, Hans: *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*. Grupo Editor Latinoamericano, GEL. Buenos Aires, 1986.
- Ordóñez, Juvenal, compilador. : *De la Concordia a La Haya: hitos y relaciones entre Perú y Chile: una visión nacionalista*. Ediciones Historia Presente. Lima, 2008.

- Ortiz Sotelo, Jorge; López Urrutia, Carlos: *Monitor Huáscar: una historia compartida (1865-2005)*. Asociación de Historia Marítima y Naval Iberoamericana. Lima, 2005.
- Palma, Ricardo: *Tradiciones peruanas*. Seis volúmenes. Editorial Espasa Calpe. Madrid, 1930.
- Quijano, Aníbal. *Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*. Mosca azul editores, Lima, 1980.
- Quijano, Aníbal: *Imperialismo, clases sociales y estado en el Perú: 1890-1930; El Perú en la crisis de los años 30*. Mosca Azul Editores. Lima, 1985.
- Quijano, Aníbal: *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*. Ediciones Periferia. Buenos Aires, 1971.
- Quijano, Aníbal. *Problema agrario y movimientos campesinos*. Mosca azul editores, Lima, 1979
- Quijano, Aníbal. *Redefinición de la dependencia y marginalización en América Latina*. Santiago (s.n.) 1970
- Quiroz Paz Soldán, Eusebio: *Cien años después. 1879-1979: reflexiones sobre la Guerra del Pacífico*. Fundación M. J. Bustamante de la Fuente. Arequipa, 1984.
- Pinto, Julio; Valdivia, Verónica: *¿Chilenos todos?: la construcción social de la nación (1810-1840)*. LOM Ediciones. Santiago, 2009.
- Rodríguez Cuadros, Manuel: *Delimitación marítima con equidad*, Editorial PEISA, Lima 1997.
- Rodríguez Cuadros, Manuel: *La soberanía marítima del Perú: la controversia entre el Perú y Chile*. Derrama magisterial, Lima, 2010.
- Rodríguez Elizondo, José: *Chile-Perú: el siglo que vivimos en peligro*. La Tercera Mondadori, Santiago, 2004.

- Rodríguez Elizondo, José: *De Charaña a La Haya. Chile, entre la aspiración marítima de Bolivia y la demanda marítima del Perú*. La Tercera Mondadori. Santiago, 2009.
- Rojas Oviedo, Roberto: *Perú: país sin identidad cultural*. Impr. Edmundo Pantigozo. Cusco, 2001.
- Sábato, Hilda: *Ciudadanía política y formación de las naciones*. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1999.
- Salazar, Gabriel: *Construcción de estado en Chile (1800-1837): democracia de los "pueblos" militarismo ciudadano golpismo oligárquico*. Editorial Sudamericana. Santiago, 2011.
- Salazar, Gabriel; Pinto, Julio: *Historia Contemporánea de Chile*. Volúmenes I y II. LOM ediciones. Santiago, 1999.
- Sanders, Karen: *Nación y tradición*. Instituto Riva Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 1997.
- Silva, Bárbara: *Identidad y nación entre dos siglos: patria vieja, centenario y bicentenario*. LOM Ediciones. Santiago, 2008.
- Smith, Anthony: *La identidad nacional*. Trama editorial, Madrid, 1997.
- Smith, Anthony: *Nacionalismo: teoría, ideología, historia*. Alianza Editorial. Madrid, 2004.
- Stefoni, Carolina: *Inmigración peruana en Chile. Una oportunidad a la integración*. Editorial Universitaria. FLACSO Chile. Santiago, 2003.
- Stuven, Ana María; Pamplona, Marco, editores: *Estado y nación en Chile y Brasil en el siglo XIX*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, 2009.
- Subercaseaux, Bernardo: *Chile o una loca historia*. LOM Ediciones. Santiago, 1999.
- Subercaseaux, Bernardo: *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. 4. Editorial Universitaria. Santiago, 1997.

-Tanaka, Martín: *Cultura política democrática en el Perú*. Jurado Nacional de Elecciones. Lima, 2007.

-Tanaka, Martín: *La Situación de la democracia en Bolivia, Chile y Ecuador a inicios de siglo*. Comisión Andina de Juristas, CAJ. Lima, 2003.

-Tanaka, Martín: *Los partidos políticos en el Perú. 1992-1999: estatalidad, sobrevivencia y política mediática*. Instituto de Estudios Peruanos, IEP. Lima, 1999.

-Toche, Eduardo: *Guerra y democracia: los militares peruanos y la construcción nacional*. Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, DESCO. Lima, 2008.

-Todorov, Tzvetan: *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*. Siglo veintiuno editores. México D.F., 1991.

-Valcárcel, Luis: *Tempestad en los Andes*. Edit. Minerva, Lima, 1927.

-Véliz, Claudio: *Nacionalismo, globalizaciones y la sociedad chilena*. Fundación Universidad Diego Portales. Santiago, 1999.

-Villalobos, Sergio: *Chile y Perú: la historia que nos une y nos separa, 1535-1883*. Editorial Universitaria. Santiago, 2002.

-Ward, Thomas: *La resistencia cultural: la nación en el ensayo de las Américas*. Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma, Lima, 2004.

-Wendt, Alexander: *Social theory and international politics*. Cambridge, United Kingdom: Cambridge University Press, 2000.

III. TESIS:

-Chávez, Juan Miguel: *La Idea de nación en La Guerra del Pacífico (Lima, 1880)* de Ramón Rojas y Cañas. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 2008.

-Cortés Beltrán, Sergio: *Relaciones chileno-peruanas: una perspectiva cultural*. Departamento de Derecho Internacional, Universidad de Chile. 2004.

-López, Diego: El Reconocimiento de la nacionalidad en el Perú. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1995.

IV. ENCUESTAS:

-Encuesta Instituto de Investigación de Ciencias Sociales, Universidad Diego Portales - Instituto de Opinión Pública Pontificia Universidad Católica del Perú, junio 2010

-Encuesta Grupo Apoyo, diario La Tercera, 30 de abril de 2006.

V. DIARIOS:

Perú:

-El Comercio

-La Razón.

-La República

-Hildebrandt en sus trece

Chile:

-La Tercera

-El Mercurio

-La Nación

VI. REVISTAS:

Perú:

-Caretas

Chile:

TheClinic.

